

PATRICIA HERVÍAS

ME PROMETISTE  
EL CIELO PERO  
YO QUERÍA  
VOLVER



# ÍNDICE

PORTADA  
SINOPSIS  
DEDICATORIA  
CAPÍTULO 1  
CAPÍTULO 2  
CAPÍTULO 3  
CAPÍTULO 4  
CAPÍTULO 5  
CAPÍTULO 6  
CAPÍTULO 7  
CAPÍTULO 8  
CAPÍTULO 9  
CAPÍTULO 10  
CAPÍTULO 11  
CAPÍTULO 12  
CAPÍTULO 13  
CAPÍTULO 14  
CAPÍTULO 15  
CAPÍTULO 16  
CAPÍTULO 17  
CAPÍTULO 18  
CAPÍTULO 19  
CAPÍTULO 20  
CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22  
CAPÍTULO 23  
CAPÍTULO 24  
CAPÍTULO 25  
EPÍLOGO 1  
EPÍLOGO 2  
BIOGRAFÍA  
CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Lorena vive tan ajetreada que el día que tiene un accidente de coche y pasa al «otro lado» se da cuenta de que le queda mucho por vivir. No ha conocido al hombre de sus sueños, no se ha enamorado y no ha podido cumplir muchos de los deseos que tenía.

Lo que no espera es que vaya a tener una segunda oportunidad en forma de prueba.

Pero ¿cómo va a saber si ha encontrado el amor? Lo sabrá y lo sentirá en cuanto sus ojos se posen en Mark, y tendrá que hacer un millón de cosas para que la locura en la que se ha convertido su vida llegue a buen puerto y... ¿regrese del otro lado?

Diversión, amor, sexo y mucho cariño son los ingredientes principales de esta adorable historia repleta de romanticismo.

*A Daniel, el perfecto punto de locura en mi vida*

# 1

Iba caminando a paso rápido, aunque no tenía mucha prisa, pero la costumbre de ir corriendo de un lado a otro se había apoderado sin querer de mi forma de caminar. En ese instante hablaba por teléfono, no sé qué de una entrega que no había llegado para una celebración a mediodía.

Como cada mañana, pasé por aquella tienda de dulces, bizcochos y panes de la que salía un aroma más que embriagador y ante la que siempre me decía: «Algún día pararé y me compraré un cruasán». Pero allí estaba de nuevo, pasando de largo dada la velocidad que imprimía a mis pasos. Después venía aquella extraña, y cara, tienda de iluminación, donde los antiguos quinqués habían mutado en modernas versiones que dolían en el bolsillo. Antes, justo antes y casi como si de un Pepito Grillo se tratara, un gimnasio de esos modernos donde te mueves poco y los electrodos hacen el trabajo.

Sí, éste era el camino que día tras día, después de dejar el coche en el aparcamiento, hacía casi sin prestarle atención, antes de entrar en la oficina.

Respiré un par de veces y con el teléfono de nuevo en el oído por no sé qué problema, ahora de logística, me vi sentada a mi mesa casi sin darme cuenta.

A veces, cuando consigo centrarme, me apena pensar que hago la mitad de las cosas de mi vida casi sin reparar en ellas. Sé que eso hace que en la mayoría de las ocasiones olvide disfrutarlas, pero desgraciadamente es lo que me ha tocado. O eso intento decirme para justificarme.

—Lorena —oí que me llamaba Bea, mientras se asomaba por encima de la separación entre mesas—, ¿pudiste ir a comprar aquello? —Miró a un lado y a otro, vigilando que no la escucharan.

—¡Mierda! —susurré al recordar lo que me había pedido.

—Me dijiste que te ocuparías tú —se quejó ella por lo bajo—. Sabía que no era una buena idea que te encargaras de hacerlo.

—Lo siento, Bea —dije excusándome y mirándola a los ojos—. Aún tenemos tiempo. En vez de ir a desayunar, me acerco y lo compro.

—¿Y si no hay?

—Prometo encargarme de todo y verás como esta tarde Andrea tendrá su tarta.

—Seré una mala madre si no llevo tarta.

—Prometo que mi ahijada tendrá la mejor para su cumpleaños —sonreí.

—Menos mal que te acuerdas de que tienes una ahijada. —Bea me guiñó un ojo y desapareció de nuevo al otro lado de la mampara.

«¡Joder! —pensé—, tengo la vida tan cuadrículada que cuando no apunto algo y voy de “improvisadora” al final la lío parda.»

Encendí el ordenador y me dispuse a cerrar un par de tratos, antes de buscar una pastelería donde pudieran hacerme un pastel exprés con la figura de Frozen encima. No tardé mucho en encontrar una donde me prometieron que antes de las cinco de la tarde lo tendrían listo, con los muñequitos de la película de Disney y toda la parafernalia. Me iba a costar una fortuna, pero ¿para qué es si no el dinero?

Pasé la mañana y la mitad de la tarde abstraída con los problemas diarios. Trabajaba en una empresa de eventos y yo me encargaba de los *caterings*, de ahí que, sin pensar, me hubiese responsabilizado de la tarta de mi ahijada. Pero no de evitar que mi cabeza olvidara lo que debía hacer.

—Me voy. —Miré el reloj sabiendo que me marchaba antes de tiempo—. Si no, no llego a tiempo de recoger la tarta y luego ir a la fiesta. —Le guiñé un ojo a Bea.

—Perfecto, si el ogro pregunta por ti, te cubro.

Como ya era habitual en mí, salí corriendo para coger el coche y poner rumbo a la pastelería donde me habían jurado que tendrían preparado el pastel. Nos acercábamos a las Navidades y las calles estaban atestadas de gente caminando con bolsas de manera casi atropellada y abarrotadas de coches intentando ir de un lado a otro y, para mezclar bien el cóctel, comenzaba a caer una ligera lluvia que me temía que iba a convertirse en nieve en unas horas.

Suspiré con el volante entre las manos, mientras esperaba que el semáforo se

pusiera en verde y que me diera tiempo a pasarlo para llegar a mi destino. Sólo estaba a dos calles y encima tenían aparcamiento propio. MA-RA-VI-LLO-SO.

El semáforo cambió de color, embragué para poner primera, aceleré y mi móvil comenzó a sonar. Me extrañó que no saltara la conexión por los altavoces del vehículo, así que bajé la vista para ver quién llamaba y todo pareció suceder a cámara lenta. Oí el ruido, un chirrido estruendoso que se me metió bajo la piel, un golpe que movió mi cabeza como una maraca, un grito (creo que era mío), el calor de algo líquido cayendo en mi cara y... una luz.

—Bienvenida. —Una suave voz penetró en mi cerebro mientras abría los ojos.

—¿Qué ha pasado? —murmuré.

—Has tenido un accidente de coche; no ha sido culpa tuya. Otro coche se ha saltado un semáforo en rojo y te ha embestido —me dijo la voz.

—Estoy en el hospital, ¿verdad? —Me puse nerviosa.

—No exactamente. Estás...

—¡Muerta! —casi grité, abriendo de par en par los ojos y dándome cuenta de que llevaba la misma ropa de la mañana, el mismo abrigo, los mismos zapatos... —. ¿Dónde estoy? ¿Esto es el cielo? ¿Y la tarta? ¿Y mi coche? ¿Y mi familia? ¿Estoy muerta?

«Estoy muerta.»

Ya no me deslumbraba aquella luz blanca y mis ojos comenzaron a ajustarse mejor. Miré a mi alrededor para saber dónde estaba y pude ver que me hallaba en algo parecido a una habitación, o más bien un despacho, ya que estaba sentada en un sillón y tenía frente a mí a la mujer más bonita que quepa imaginar. Su rostro era casi como el de una diosa griega y tenía una mirada compasiva que me atravesaba de lado a lado, a la par me tranquilizaba. Y eso que no tenía nada por lo que estar tranquila.

—Lorena —suspiró—, cálmate. Aún no estás muerta, pero lo estarás pronto.

—¡No! —grité sin entenderla y me levanté del sillón—. No puede ser, tengo que hacer un millón de cosas antes de morir. Quiero enamorarme, quiero tener hijos, quiero poder disfrutar...

—Siéntate —me dijo la mujer autoritariamente—. Has tenido tiempo para hacer muchas de esas cosas que dices y no has querido hacerlas. Siempre has puesto alguna excusa para posponerlo todo. Ahora ya no queda tiempo.

—¿Cómo que no queda tiempo? No puede ser, no... —Comencé a llorar desconsoladamente.

—Tienes más o menos un mes antes de pasar por esa puerta —señaló una detrás de ella— y entrar en un lugar donde nada importa. Donde formarás parte de un gran todo y donde no sufrirás por nada ni por nadie. Donde no tendrás preocupaciones. Donde serás feliz.

—No quiero, quiero volver. —Mis lágrimas y mi llanto se convirtieron en un grito desesperado—. Mis padres, mis hermanos...

—Antes de ir al otro lado —siguió hablando ella como si nada—, has de regresar.

—Sí, quiero volver —supliqué.

—Pero no de la manera que piensas. Regresarás y nadie te reconocerá, tendrás una misión y después de eso podrás entrar. Si no consigues solucionar esa situación, regresarás de nuevo y tendrás otra misión.

—¿Seré como un ángel?

—Serás un ángel.

—¿Podré quedarme para siempre? —Yo intentaba buscar alguna triquiñuela para no morir.

—No, te traeré aquí las veces que sea necesario.

—No quiero morir —me quejé.

—Nunca se muere. Sólo cambiarás de estado. —Sonrió ligeramente.

—Te he dicho que...

—Sí, que tienes muchas cosas por hacer. Pero eso debías haberlo pensado antes de posponer todo lo que soñabas que te haría feliz.

—No hay remedio, ¿verdad?

Vi que negaba con la cabeza.

—Vas a ir a trabajar como camarera en un café. Allí te darás cuenta de cuál es tu misión.

—¿No me vas a dar instrucciones?

—Adiós. —Sonrió de medio lado y cerró los ojos. Yo también.

## 2

Cuando volví a abrirlos estaba en lo que parecía un almacén. Me miré; mi ropa no era la misma con la que «morí». Llevaba vaqueros, una camiseta de manga larga y un mandil verde. ¿Verde? ¿Con una sirena estampada en él? ¿En serio? Me reí sin ganas.

Soy una camarera del Starbucks... Si Dios existe, y creo que visto lo visto es así, es un jodido cachondo, porque yo odio el café.

—Lorena. —Un chico había entrado en el almacén a buscarme—. ¿Has encontrado el jarabe de vainilla?

—Sí —dije sin pensar al notar que tenía algo entre las manos. Miré y de pura chiripa había acertado.

—Tráelo por favor. Lo necesito. —Sonrió al decírmelo.

Yo trabajando en un Starbucks. Aquello sí que era una broma del destino. Muerta y entre café.

Parecía que hubiese vivido toda la vida entre tazas, mezclas de café, bollos y sonrisas. Yo, con lo poco que antes solía sonreír, ahora tenía la sonrisa todo el día en la boca. Que si un «café con bla, bla, bla», que si una «infusión con bli, bli, bli», que si «tenga un buen día», que si «espero que su madre esté mejor». (¿Cómo sabía yo esas cosas?)

—Miguel —llamé a mi compañero—, ¿cuánto tiempo llevo trabajando aquí?

—¿No te acuerdas? —se rio él.

—Mañana va a hacer cuatro meses que estás haciendo «cafeletes» —contestó Rocío, otra compañera.

—No sé, es que tengo la sensación de haber trabajado aquí toda la vida —salí del paso.

—Anda, ve a la barra, que te toca.

—Bienvenido a Starbucks, ¿en qué puedo ayudarle?

—A mí en nada, pero ponme un café.

Lo miré con intensidad y sentí un escalofrío por todo el cuerpo. Era «él».

—¿Lo quiere...? —y solté toda la parrafada de turno, sonriendo como una idiota.

—Sólo un café con leche. —Lo oí suspirar—. ¿Es que nadie me puede preparar un simple café? —terminó por lo bajo.

No había mucha gente en el establecimiento, estábamos a punto de cerrar, así que le preparé yo misma el café y se lo di después de cobrarle.

—Aquí está. Y que tenga una noche fantástica.

Soltó un gruñido antes de sentarse a una mesa y sacar un ordenador.

Lo observé detenidamente desde donde estaba, mientras disimulaba haciendo como que limpiaba la barra. Tenía una mirada penetrante, los ojos verdes, nariz y mentón prominentes y unos labios muy «besables». Y yo, muerta (o casi). «¡Qué cabrón el de arribaaaa!», pensé.

Él no tardó mucho en tomarse el café, cerrar el portátil, con más fuerza de la necesaria, y salir por la puerta.

Aquella noche me despedí de mis compañeros y caminé sin rumbo. En realidad, no sabía adónde ir. ¿A mi casa? ¿Para qué, si no tenía llaves? ¿A la casa de mis padres? Los podría matar del susto. ¿Al hospital, a verme en coma? No, eso sí que sería muy gore.

Me paré en una plaza, mientras a mi alrededor la gente caminaba con destino a sus casas. Suspiré y cerré los ojos un momento, disfrutando de uno de los pocos ratos que me quedaban en la Tierra...

Al abrirlos tuve que volver a ajustar la vista. Estaba de nuevo en aquel lugar brillante y aséptico, el lugar que acababa de bautizar como mi limbo particular. Aunque, por lo que yo sabía, según palabras del papa Benedicto XVI el limbo ya no existía.

—Efectivamente el limbo nunca ha existido. —Aquella mujer respondió a mi pensamiento—. ¿Qué tal, Lorena?

—Hola, ¿tenía que ser un Starbucks? —pregunté, a la par que levantaba una ceja preguntándome cómo podía saber lo que pensaba y ella se encogía de hombros.

—Es donde tenía que ser —respondió escueta.

—Aún no estoy muerta, ¿verdad? —dije, mientras me sentaba en un sillón que había frente a ella.

—No, aún no lo estás. Estás en coma en el hospital. Y no te recomendaría ir allí.

Me vio abrir mucho los ojos, asombrada porque de nuevo me había leído la mente.

—Sí, puedo ver todos tus pensamientos. No sirve de nada que veas cómo quedaste después del accidente, y además nadie te reconocerá. Eres tú, tienes tu mismo rostro, pero nadie te ve como la Lorena de antes del accidente, sino como una persona diferente. Es como si ahora tuvieras una vida nueva. Y cuando te marches definitivamente, nadie te recordará.

—¿Nadie? —No podía asimilar todo lo que estaba pasando por mi cabeza.

—Te recordarán como la Lorena del accidente. Esta otra Lorena sólo ha «nacido» para ayudar a alguien. Así es como la gente conoce a sus ángeles de la guarda.

—No existo. —Me aferré al sillón.

—No, no es exactamente eso. Ahora existes, eres. Pero antes no existías y después no existirás.

—Pero...

—Tranquila. Sabrás todo lo que necesites sin preguntar. Simplemente lo sabrás.

—¿Y dónde voy a vivir? ¿Qué es lo que voy a hacer cuando...?

—No te preocupes por eso. —Hizo un movimiento con la mano y se abrió una puerta tras la que apareció lo que parecía un piso—. Ésta es tu casa hasta que vayas al otro lado.

Me levanté y fui en dirección a aquella puerta que se abría frente a mí. Traspasé el umbral y me llevé la mayor sorpresa de mi vida. Estaba entrando en la casa de mis sueños, decorada como siempre había imaginado y con la distribución exacta. Me tapé la boca con la mano, a punto de llorar. Volví la cara para mirar a mi «guía», si podíamos llamarla así, que con una media sonrisa estaba cerrando la puerta.

Las lágrimas asomaban a mis ojos, pero no quería llorar. Todos los rincones de aquella casa estaban tal como yo los había imaginado. Los cajones tenían

cada una de las cosas que alguna vez puse en una lista de sueños. Las dos habitaciones que la componían eran perfectas. Un dormitorio precioso y un pequeño despacho con una mesa, silla, una estantería llena de libros y cuanto siempre había deseado, sólo para mí.

Abrí un cajón del dormitorio al azar y encontré pijamas de mi talla.

«Mi talla», me dije.

«¿Quién soy ahora? Me han dicho que soy yo, pero que no soy yo.» Sin embargo, más allá de ese diálogo existencialista conmigo misma, lo que necesitaba por encima de todo era un espejo. Para poder recorrer mi nuevo cuerpo, el de esa que me habían dicho que era y no era yo.

Caminé por la casa buscando algo lo bastante grande como para poder verme por completo y, quizá, reconocirme.

En el pasillo lo encontré. Me acerqué con miedo. Quizá sólo viera reflejado a un bicho de esos de *The Walking Dead*.

—Venga, Lorena, tú no has sido cobarde en tu vida —me dije en voz alta, tratando de animarme un poco.

«¿A quién voy a convencer? Si yo, la única con la que estoy hablando, está cagada.

»Venga, a la de tres, me miro.

»Uno.

»Dos.

»Tres.»

De un ridículo salto me puse delante del espejo. Y sí, allí estaba yo.

La que vi reflejada era yo. La chica de pelo y ojos oscuros y labios apetecibles. Fui girando para mirarme desde todos lados y sí, allí estaban mis pechos, agradables, para qué negarlo, y mi culo respingón. Lo dicho, mi cuerpo de chica normal no había cambiado, hasta la peca que tenía en el hombro izquierdo estaba en su sitio.

Lorena, la de un metro sesenta, cuerpo bien torneado y facciones agradables.

Seguía estando allí y, si aquella era mi última oportunidad, iba a disfrutarla como nunca. Y aunque me hubiesen dicho que en el otro lado eso se olvidaría, que lo que en ese momento estaba sintiendo, el dolor, la pérdida y el arrepentimiento por el tiempo perdido, no tendría sentido y todo sería luz, lo iba a aprovechar como nunca.

Caminé de nuevo hacia la habitación y acaricié la mullida cama, mientras me metía entre sus suaves sábanas. Dormiría, con los ojos llenos de lágrimas que pugnaban por salir. Pero dormiría.

Dirigí mis pasos, esta vez más lentos, hacia la puerta trasera. Mis compañeros ya habían llegado y estaban a punto de abrir la cafetería. Miré y vi que el hombre de la noche anterior estaba esperando fuera.

—Dejad, chicos —me apresuré a decir—, ya abro yo.

—Perfecto, así me pongo yo con la cafetera —contestó Rocío.

—Y yo saco el pedido de leche —añadió Miguel.

Me dirigí con premura a activar la apertura de la puerta automática y, con una sonrisa de oreja a oreja, le di la bienvenida al desconocido.

—¡Buenos días! Me alegra volver a verle.

Su mirada se cruzó con la mía. Tuve la sensación de que iba a soltarme alguna burrada, pero algo lo detuvo. Me miró intensamente y luego farfulló un casi inaudible «buenos días».

Sin perder un segundo, se dirigió directo a la barra para pedir un café con leche y, después de que se lo sirvieran, se sentó a la misma mesa de la noche anterior, abrió el ordenador y se puso a trabajar en lo que fuera que estuviera haciendo.

Al cabo de un rato, pasado el estrés de la primera hora, con los clientes apresurados, pidiendo su café para llevárselo, mi cuerpo pidió un mini-descanso para poder visitar el excusado. Me hacía pis y no había más remedio que darle gusto al cuerpo, así que caminé con mi aún terrenal organismo hacia el servicio e introduje la clave para poder abrir la puerta. Cuando lo hizo, sentí que entraba en la mismísima cámara del tesoro. Acerqué una mano al pomo de la puerta del servicio de chicas y, al hacerlo, posé un pie justo encima de un charco de lo que fuera y enseguida sentí que perdía el equilibrio y me iba hacia el suelo. «Mierda de ángel de la guarda que estoy hecha», pensé, cerrando los ojos mientras esperaba una caída que nunca llegó.

Me di cuenta de que unas manos me estaban sujetando por la cintura. Abrí los ojos y me encontré con él, con aquellos preciosos ojos suyos de color verde enfrente. Como buenamente pude, recuperé el equilibrio sujetándome a sus brazos y sonriéndole tontamente.

—Gracias —susurré sin apartarle la mirada.

—Deberías mirar por dónde pisas —me respondió serio—. Si yo no hubiera estado aquí, podrías haberte dado un golpe fuerte o tal vez matarte.

—Si tú supieras! —susurré.

—¿Perdona? —Aún me sujetaba por la cintura.

—No, nada. —Carraspeé—. Que gracias por la ayuda, me habría dado un buen golpe.

—No hay de qué. —Sus manos se separaron de mi cintura, dejándome un frío extraño en el cuerpo—. Creo que esto se merece que me invites a un café.

—¡Claro! —Sonreí—. Es lo menos que puedo hacer, dile a Rocío...

—No, no me refiero aquí. Este café ya me lo conozco, en otro sitio. —Acercó su cara a la mía y susurró—: Te he salvado la vida.

—Pero...

No supe qué decir ni qué hacer. Sólo pude mirar cómo se marchaba. Justo antes de salir por la puerta, se volvió y me guiñó un ojo con aquella extraña mirada.

Después de recuperarme de la «no caída», de sus manos y de su mirada (y de hacer pis), regresé arriba y vi que ya no estaba en la cafetería. Me planteé si en mi nueva corta vida aquel tipo era el que me habían «asignado para mi misión», o bien me habían puesto delante de las narices un hombre de bandera para que me diera un meneíto antes de irme al otro lado.

En serio, aquello era de locos. Todo lo que estaba viviendo en ese momento era jodidamente real, pero en mi mente sólo aparecía un mantra: «Esto no es verdad y estoy en el hospital a la espera de despertarme, porque todo es producto de un traumatismo. Muy a *Los Serrano*». Lo malo es que cada vez que me pellizcaba me dolía como el demonio, así que dudaba por completo de lo que era real y lo que no.

Dejé el mandil detrás de la puerta, después de cambiarme el uniforme por la ropa que me había puesto por la mañana. Y lo que me había puesto era un atuendo de ensueño, ya que al abrir el armario me enamoré de un vestido precioso, vaporoso, que no era muy de invierno, pero con unas buenas medias y unas botas que estaban entre mis pertenencias, conjuntaban de fábula y también con el abrigo que cogí. No sabía, ya lo he dicho, si podrían ser dos o diez días, pero los iba a disfrutar.

Salí un poco antes; los turnos se iban cambiando y yo, al parecer, trabajaba

todas las horas del mundo. La verdad es que no me sentía para nada cansada, ni hambrienta... ¡No había comido nada desde la fatídica noticia de mi coma! Y lo peor era que no tenía nada de hambre.

—Me pasaré por alguna pastelería y me compraré tres donuts y dos cruasanes. Para lo que me queda de estar en el convento —me dije en voz alta.

—Pues si quieres te acompaño y así me pagas el café que me debes —dijo una profunda y sensual voz a mi lado.

Me llevé las manos al pecho por el susto.

—Perdona, te he dado un susto de muerte.

Lo miré con una ceja levantada. Una mala elección de palabras, querido.

—Pues la verdad es que muerta, lo que se dice muerta... —Me mordí la lengua.

—He pensado que tal vez te apetecería salir a tomar ese café. —Aunque sus palabras eran amables, su mirada seguía siendo lejana y preocupada.

—No estoy acostumbrada a que me asalten de esta manera para tomar café. En general me gusta saber el nombre de las personas con las que hablo. — Esboqué mi mejor sonrisa—. Y la verdad es que el tuyo nunca lo hemos sabido.

—Eso es verdad. —Me tendió una mano para estrechar la mía—. Me llamo Mark, Mark Wedder.

—¡Leche! Casi como el de los coches. —Se la estreché a modo de saludo.

—Sí —ladeó la cara—, y además los dos somos australianos.

—¡No lo pareces! —Me sorprendió que no tuviera nada de acento.

—Lo sé, lo único que tengo de allí es mi nacionalidad —sonrió.

—Pues yo me llamo Lorena y soy de aquí de toda la vida —sonreí yo también ante la visión de semejante hombre.

—No creas que siempre me acerco a las mujeres de esta manera. Más bien no suelo acercarme mucho.

—¿No te gustan? —Ahí estaba mi misión: tenía que ayudar a un gay a salir del armario.

—Sí, me gustan —carraspeó un poco—. Me gustáis. Pero no estoy en mi mejor momento. Dejémoslo ahí. —Se puso colorado como un tomate.

—Mark, me estoy helando de frío. —Quise despejar un poco el ambiente y me cerré el abrigo resoplando, para disimular mi mal radar—. Y además no he comido nada en todo el día.

Me miró muy serio y pensativo y acabó diciendo:

—Pues ¿por qué no te vienes conmigo? —Señaló su coche—. Te invito a cenar a un sitio espectacular.

—¿Así, a lo loco, sin conocerte de nada?

—Tienes razón, será mejor que me vaya. —De repente su rostro mudó en decepción—. Creo que me he precipitado.

—¿Puedo fiarme de ti? —intenté salvar la situación.

—Creo que sí —sonrió ligeramente.

—Pues, y te lo digo en serio, no tengo nada que perder. —Ya estaba muerta.

—¿Y piensas ganar algo? —Me hizo un guiño mientras me acompañaba a su coche.

Después de callejear un rato por la ciudad adornada con las luces de Navidad, acabó dejando el vehículo en el aparcamiento de un pequeño edificio en un barrio bohemio.

—Anda, esto es un hotel —me sorprendí—. ¿No crees que estás corriendo mucho?

—¡No por Dios! —El color carmesí volvió a apoderarse de su rostro—. El hotel es mío y me gustaría invitarte a cenar aquí.

Me eché a reír por la confusión y, para quitarle hierro al asunto, solté:

—Y yo que me había hecho ilusiones...

Reímos los dos.

—Hoy es un día flojo y quizá podamos cenar tranquilos.

—¿Día flojo? —me sorprendí—. ¿Casi en Navidades y en este barrio?

—Digamos que las cosas no me van tan bien como esperaba.

¡Bingo! Seguro que era en eso en lo que tenía que ayudarle. Si no era gay, no me echaba la caña, o por lo menos no descaradamente, y me acababa de decir que su negocio iba mal, estaba claro qué era lo que tenía que hacer...

—Es una lástima oír eso, el sitio es precioso.

Y de verdad lo era. Una entrada pequeña pero coqueta, decoración chic y, como el sitio requería, bohemia, con cuadros muy bien elegidos en las paredes y unos techos hermosísimos.

—Sí que lo es, pero no sé qué está fallando. —Se encogió de hombros. Después de saludar a la chica que había en recepción, me condujo por un pequeño pasillo hasta un gran salón en el que casi veinte mesas estaban vacías

—. Siéntate donde quieras y en un momento te traeré...

—¿Vas a cocinar tú? —pregunté curiosa.

—Claro —contestó quitándose el abrigo y dejándolo en un armario a la entrada.

—Pues te acompaño. Te advierto que no soy buena cocinando, pero no me apetece quedarme sola esperando.

Lo que él no sabía era que lo hacía sólo y exclusivamente para no perderme ni un gesto de aquel ejemplar tan espectacular cocinando. No lo iba a dejar pasar por nada en el mundo, ni siquiera parpadearía. No, no, no.

Si lo que tenía que hacer era ayudar a aquel chico tan guapo, lo haría de mil amores. Si tenía que dedicarme a ayudar al prójimo, mientras me daría un buen homenaje visual.

Al adentrarnos en la cocina me deprimí un poco. No por el aspecto, sino porque no había nadie.

Las luces estaban apagadas hasta que Mark pulsó el interruptor y, delante de mis narices, apareció lo que podría considerarse una de esas cocinas que siempre salen en las revistas de decoración o en los mejores y más modernos hoteles. Por un segundo me sentí fuera de lugar.

—¡Leche! —logré decir asombrada—. Aquí hay un dineral en todos estos electrodomésticos.

—Sí, pero si no logro remontar esto... —Y lo oí suspirar de nuevo.

—A ver —me acerqué intentando olvidar mi lado «humano» para empezar a indagar sobre mi «misión»—, te noto muy apesadumbrado. Por no hablar de que, hasta el día de hoy, en la cafetería no has sido muy amable con nadie.

—Lo siento. —Apoyó las manos en la pulcra encimera de acero inoxidable que presidía la cocina—, pero como te he dicho, no estoy pasando por uno de mis mejores momentos. Esto se hunde y no sé qué hacer.

—¿Cómo que no sabes qué hacer? —Me apoyé en la pared, mientras él me daba la espalda—. Tienes un hotel precioso, con un restaurante fantástico, por lo menos la decoración lo es, y esta cocina tan alucinante ¿y me dices eso?

—Sí. Te lo digo. —Se dio la vuelta apoyando su trasero en el acero y cruzando los brazos de cara a mí.

—A ver. —Respiré un par de veces y sonreí. Mi trabajo terrenal me ayudaría a salvar a aquel bomboncito y después...—. Vamos a comer algo y me cuentas.

Estoy desfallecida.

Nos sentamos en la propia cocina, con un par de platos de pasta fresca y una copa de vino. Sencillo pero delicioso, aunque realmente no tenía ni pizca de hambre, la verdad fuera dicha.

—Y ahora que ya hemos olvidado el agujero que teníamos en el estómago, cuéntame un poco más sobre esto y qué es lo que ocurre.

—Nada que no puedas imaginar. —Tomó un sorbo de vino.

—Puedo imaginar muchas cosas y pocas de ellas son buenas. —Lo miré levantando una ceja, a lo que él respondió haciendo un gesto para que me lanzara a la piscina—. Bueno, tú lo has querido. Puedo imaginar que eres un rico heredero que ha montado este negocio pensando que se mantendría solo y que te lo has gastado todo en lujos innecesarios. También puedo imaginar que lo has montado para blanquear pasta, pero por tu preocupación no lo creo. Quizá pensaste que esto podría servir de tapadera para un putic...

—Para por Dios. —Por primera vez lo vi sonreír divertido—. Tienes una gran imaginación.

—Ya te lo he dicho.

—Pero no has dado ni una. —Lo insté a que siguiera—. Bueno, ni una no, una a medias. Heredé unas propiedades de un abuelo mío en Australia y las vendí, no las quería para nada, yo soy más de aquí que australiano. Así que, pensando a lo grande, creí que montar un hotel con restaurante sería un buen negocio. Pero haga lo que haga no soy capaz de remontarlo. —Suspiró, mirando su plato vacío—. Y la verdad es que quedarme sin trabajo me da igual, pero no quiero echar a las diez personas que trabajan conmigo. Son gente especial.

—¿Cómo de especial? —pregunté, bebiendo un sorbo de aquel delicioso vino y, aunque no lo fuera, yo estaba disfrutando como nunca.

—Pues tengo dividida la plantilla entre chicos jóvenes sacados de malos ambientes y mujeres en riesgo de exclusión social. —Vi la preocupación en sus ojos.

—Siempre se me han dado bien los números y alguna que otra cosilla, ¿quieres dejarme echar un vistazo? —Y la verdad es que no mentía; estudié Económicas, aunque mi profesión actual fuera coordinar eventos.

—¿Por qué no? —Se bajó del taburete y me llevó por un pasillo hacia un pequeño despacho, en el que me ofreció que me sentara en la silla que había tras

una mesa llena de papeles.

—¿Y así te enteras de algo? —le pregunté incrédula, al ver toda aquella marabunta de documentación sin sentido encima de la mesa.

—Lo que no sé es qué estoy haciendo enseñándote todo esto. Nuestro café se ha convertido en una velada rara.

—Bueno —me encogí de hombros—, ¿quién sabe si el destino me ha puesto en tu camino para ayudarte? —Y sonreí para mis adentros.

—No lo sé, pero la verdad es que me siento bastante cómodo dejando que quieras ayudarme. ¿Café? —Rio a mandíbula batiente cuando vio la cara que puse.

—¿Una infusión? —le pregunté en respuesta.

—Veo que estás un poco cansada de café.

—Más que cansada, no me gusta. —Me encogí de nuevo de hombros, a la par que me ponía a mirar un libro de contabilidad que me había dejado y él se marchaba por la puerta riendo.

—Pues no veo nada raro, más allá de una entrada de mercancía a la que no se le da salida y sueldos que no pueden ser cubiertos por la falta de huéspedes —me dije a mí misma en voz alta.

El hotel era precioso y la zona donde estaba, perfecta. Me temo que el problema tenía que ver más con la falta de publicidad o con hacer alguna buena oferta que con el hecho de que se estuviera despilfarrando dinero. Pero si lo que no quería Mark era gastar más, o por lo menos eso era lo que yo pensaba, teníamos que pensar en otro tipo de estrategia para que la gente supier...

—¡Ya lo tengo! —dije en voz alta.

—¿Qué es lo que tienes? ¿Has encontrado algo que falla? —me preguntó él, entrando en el despacho y acercándose a la mesa para dejar una taza de café y otra con una infusión.

—A ver... —Traté de ordenar mis pensamientos e ir desgranándolos uno a uno para poder hacer las preguntas adecuadas y llegar al meollo de la cuestión.

Pasamos más de media hora hablando de cómo estaba organizado el hotel, el restaurante, de cómo había hecho publicidad y de la manera en que la estaba enfocando, de lo que le gustaría hacer y de lo que podía hacer en esos momentos desesperados en los que las cuentas no le salían.

Mientras él hablaba y hablaba, yo tenía la idea cada vez más clara en mi

cabeza. Poco a poco tomaban forma una serie de acciones que, como mínimo, podrían dar a conocer el hotel sin que tuviera que gastar un montón de pasta. Miré el calendario y quedaba casi un mes para que fuera Navidad, simplemente perfecto.

—Vale, vas a hacer una cosa...

Le dije que cogiera papel y bolígrafo para apuntar punto por punto lo que debía hacer. Le advertí que tendría que trabajar un poco si quería que le saliera más barato, pero era la única forma de darle algo de visibilidad al hotel. Yo, al llegar a mi casa, le pasaría una lista de los blogueros, revistas y periodistas de la ciudad a los que tendría que invitar a pasar una noche con cena en su hotel. Ésa sería la acción: una estancia de la prensa simulando la cena de Nochebuena. Tendría que ser una invitación relativamente rápida, en menos de cinco días y con compromiso de publicación, si no inmediata, lo más pronto posible, ya que ellos iban a tener el «honor» de ser los degustadores de la fantástica cena de Nochebuena y recibirían el mismo trato VIP que se les daría a todos los clientes que se alojaban allí esa noche.

Miré el reloj y me di cuenta de lo tarde que era. Realmente estaba cansada y, aunque no me hubiera importado quedarme más tiempo con Mark, debía marcharme. Al día siguiente trabajaba.

—Gracias —me dijo al acompañarme a la puerta del hotel—, no entiendo por qué no quieres que te lleve a casa. No es un problema, al contrario.

—De verdad, no hace falta. —Me abroché el abrigo y levanté una mano para parar un taxi—. Tienes un montón de deberes para mañana.

—Cierto —levantó la libreta que tenía en la mano—, pero no pasa nada. Te llevo en un momento.

—Voy a tener que ceder, ¿no?

Se encogió de hombros con una gran sonrisa.

Tardé menos que otras veces en llegar a casa, gracias a los atajos que conocía Mark. Tenía muchas ganas de relajarme.

—¿Nos vemos mañana y seguimos trabajando? —Lo di por hecho.

—Claro. —Me acompañó hasta la puerta y acercó su rostro al mío para despedirse con dos besos, para mi disgusto demasiado alejados de mi boca. Es que estaba tan bueno.

—Hasta mañana —dije, al entrar en el portal y cerrar la puerta antes de

alejarne.

### 3

Abrí la puerta de mi nueva casa y no la encontré como esperaba. Allí estaba otra vez aquella habitación aséptica, en la que me esperaba sentada en un sofá la mujer que me dijo que estaba en coma y que me iba a morir. Y lo que no sé es cómo no me lo tomé peor. Tal vez es que aún no me lo creía del...

—Créetelo, Lorena —me dijo, indicándome que me sentara.

La tía lo sabía todo.

—¿Puedo llamarte de alguna manera? —pregunté.

—Sí, Marisa.

—¿Marisa? —Pues vaya, yo pensaba que iba a tener un nombre a lo élfico, tipo Señor de los Anillos.

—¿Te he decepcionado? —Se levantó por primera vez del sofá y se acercó a donde yo estaba.

—Pues no te voy a mentir, creía que tendrías un nombre de esos impronunciables o quizá más majestuoso.

—Me parece que me ves más importante de lo que soy.

—Bueno, más que yo sí. Sabes lo que pienso y además también cuándo me voy a morir.

—Aún no te crees que estés a punto de hacerlo, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

Ven.

Alargó una mano para que se la cogiera y, cuando lo hice, un flash iluminó la estancia, tras lo cual nos encontramos en otro sitio. Un hospital.

—Sígueme —dijo Marisa, a la par que se alisaba ¡la bata de médico! Me miré y yo iba de enfermera—. Tranquila, ya te dije que nadie te reconocería.

—Pero... —Me quedé muda al ver a mis padres. Él estaba sentado en una silla, leyendo un libro y mi madre junto a mí en la cama, hablando conmigo. No sé cómo describir lo que vi en la cama.

Respiré un par de veces al darme cuenta de que mi cara estaba morada y desfigurada por el golpe y tenía la cabeza vendada. Mi pelo daba pena, rapado por un lado y pegado por otro y un respirador me entraba directamente en la tráquea. En la habitación sólo se oía el susurro de mi madre y el constante «bip» de los aparatos eléctricos que me mantenían con vida.

Vi que mi padre levantaba la vista de la lectura y nos veía a nosotras, que estábamos en la puerta.

—Remedios, vámonos que vienen a visitarla.

—No, tranquilos —dijo Marisa—. Pueden quedarse, sólo vamos a mirar los datos de...

Me tocó la mano, consciente de que iba a echarme en brazos de mi madre. Recurrí a toda mi fuerza de voluntad y obligué a mi cuerpo a moverse para acercarme a todos aquellos aparatos y fingir que estaba tomando nota de los datos.

—Disculpe —dijo mi madre.

—Dígame —contesté presta.

—¿Sabe?, me resulta usted familiar. —Me miró levantando una ceja, tal como yo solía hacer—. ¿Nos hemos visto antes?

—Es posible —respondí, sabiendo que no era yo la que hablaba en ese momento—, el mundo es muy pequeño.

—Muchas gracias, que pasen buena noche —dijo Marisa.

A lo que mi padre respondió:

—Disculpe, doctora, ¿puede decirnos algo sobre su estado?

—Sí, tranquilo. Todo sigue estable.

Sonrió al irse, mientras yo caminaba a su lado gritando mentalmente: «¡No va bien! ¡No va bien! Voy a morir en unas semanas ¡No va bieeeeeeeen!».

—¡Noooooooooooooooooo! —me vi gritando de nuevo en mi flamante nueva casa.

—Tranquila, Lorena. —Marisa se volvió hacia mí con su atuendo habitual.

—¿Cómo voy a estar tranquila? ¿Cómo? —Di un golpe sobre la mesa con la mano izquierda, lo que hizo que me doliera horrores.

—Cuidado —me advirtió ella.

—Ni cuidado ni nada. ¿No te das cuenta? Eran mis padres, estaban allí y no he podido decirles nada.

—La vida es así de dura. —Volvió a mirarme con condescendencia—. A la gente a la que amas siempre hay que decirles un «te quiero» a tiempo.

—Pero si no voy a poder remediar eso, ¿de qué me sirve lo que estoy haciendo?

—Vete a dormir, Lorena. —Me acarició la cara, haciendo que un sopor incontenible se apoderara de mí—. Descansa.

\* \* \*

Cuando a la mañana siguiente abrí los ojos, me di cuenta de que la mano me dolía horrores y que casi no podía moverla. Estaba segura de que no tenía nada roto. Sería una incongruencia que una casi muerta se rompiera algo, ¿no?, pero cuando la levanté vi que la tenía morada. ¿De qué me servían esos arranques?

No había pensado más en Mark y que no le había dado la oportunidad de poder comunicarnos, a no ser que él viniera a verme a la cafetería o a casa.

«Pero ¿acaso tengo mail?», me pregunté. Pues no sólo tenía mail, sino también un teléfono móvil que apareció en el cajón de mi mesilla al abrirlo. Vamos, no es que fuera un visto y no visto, sino que al abrir el cajón ahí estaba. ¿Cosas de magia? No lo sabía, pero por si acaso, moví la nariz como en *Embrujada*, la antigua serie, para ver si aparecía el desayuno en mi cama. Pero no. Todo aquello era raro, raro, raro.

En el instante en que puse los pies en el suelo y me di cuenta de que tenía calefacción radial (nota mental: si logro sobrevivir, ja, ja y ja, quiero esta casa), el teléfono comenzó a sonar.

—¿Lorena? —oí la voz de un hombre al otro lado.

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Soy Gabriel.

«¿El arcángel?», me pregunté, para inmediatamente darme cuenta de que era el jefe de la franquicia de la cafetería. Si es que se me iba la cabeza, estaba claro.

—Dime, ¿pasa algo? ¿Tengo que ir para allá?

—No, tranquila. Ha habido un problema y ni hoy ni mañana vamos a poder

abrir.

—¿Qué ha pasado? —pregunté inquieta.

—Pues que ha explotado una tubería de arriba y nos han inundado por completo. He pasado toda la noche allí con los bomberos.

—Si me necesitas...

—Tranquila, ya te llamo cuando abramos, ¿de acuerdo?

—Perfecto.

¿Y ahora cómo iba a localizar a Mark? Bueno, a ver, yendo al hotel, estaba claro, pero ¿debía ir?

Me estiré antes de ir a la cocina para intentar despejarme un poco el cerebro y ver si encontraba algo para calmarme el dolor de la mano morada.

—¡Claro! —exclamé antes de encender el ordenador. Buscaría el hotel por internet y mandaría un mail para poder ponerme en contacto con Mark y enviarle la documentación. Así sería todo más «normal».

Y eso fue lo que hice, después de pasarme un par de horas buscando información sobre lo que le había dicho y haciendo una lista de medios y periodistas con sus respectivos mails, después de buscar y llamar a cada uno de ellos de parte de una «agencia de comunicación», diciéndoles que se trataba de una invitación para la reinauguración navideña de un hotel *boutique* en la zona bohemia de la ciudad. Con ambientación de la época y cena de Nochebuena.

A la gente a la que llamaba parecía que la idea le entusiasmaba, así que cuando ya tuve una buena lista, dado que el hotel contaba sólo con 20 habitaciones, me dispuse a escribir un mail a la recepción del mismo para que le pasaran mi número de teléfono a Mark y así vernos de nuevo para poder comenzar con el plan de acción.

No pasó ni media hora cuando el teléfono sonó:

—¿Dígame? —respondí, sabiendo exactamente quién era.

—Hola, Lorena, soy Mark —oí por el auricular.

—Hola. —Sonreí—. Veo que has recibido mi mail. Ya habrás visto que lo tengo todo preparado para empezar a trabajar con lo de la reinauguración. Y un millón de ideas para ese día y, lógicamente, para la oferta de la noche del veinticuatro de diciembre.

—¡Perfecto! Me acerco a la cafetería y...

—No, no —lo paré.

—Bueno, si prefieres enviarme un mail y...

—A ver, no es eso. —Me movía nerviosa por la habitación y no sabía bien por qué—. Es que la cafetería se ha inundado y allí no hay más que el jefe. ¿Por qué no me acerco yo al hotel?

—Me da no sé qué, si quieres voy yo a tu casa. O no. —Sonó como si se hubiera precipitado demasiado en su ofrecimiento. Se notaba que estaba muy ilusionado.

—Tranquilo, de verdad. Creo que lo mejor será que vaya yo al hotel, para que así, *in situ*, podamos enviar el mail de invitación, ver cómo distribuimos las habitaciones, la decoración y, lo más importante, confeccionar un buen menú.

—Tienes razón. ¿A qué hora te espero?

Miré mi reloj.

—¿Te parece que nos veamos en una hora y me invitas a comer en tu fantástica cocina? —Sonreí al recordar la encimera de aluminio.

—Perfecto, prepararé algo especial —carraspeó— para celebrar el trabajo juntos.

—Nos vemos en un rato. Adiós.

## 4

No tardé mucho en llegar al hotel. Mark parecía nervioso y se movía de un lado a otro del vestíbulo. En realidad no es que lo pareciera, lo estaba, tanto que casi, bueno, casi no, se abalanzó corriendo hacia mí.

—Ya estás aquí —dijo cortado.

—Sí, ya he llegado.

Lo miré a los ojos. Parecía que aquella oscuridad que se los cubría no estaba. Le brillaban. Con delicadeza, posó una mano en mi espalda para que lo acompañara.

—Vamos a mi despacho y empezamos.

—Casi será mejor que vayamos a la sala de reuniones. —Lo miré—. Es que voy a necesitar espacio y será mejor que estemos sentados juntos para que te indique cosas. —Me encogí de hombros como pidiendo disculpas—. ¿Puedes ir a por tu portátil y folios?

Transcurrieron dos horas en las que el entusiasmo de Mark me contagié. Le pasé todas las direcciones y la carta de presentación que había escrito, junto con la invitación para que la semana siguiente vinieran a pasar la noche del jueves y pudieran ver la Nochebuena que le venderíamos al público en general.

Comenzaríamos con los preparativos de la habitación, en la que los esperaba un pequeño refrigerio, así como una botella de cava y agua, después la recepción de los invitados. Más tarde se les ofrecería la posibilidad de acordarles citas en peluquerías, *spas* o cualquier otra cosa que necesitaran para ir perfectos a la cena, como si fueran clientes normales. Sobre las ocho de la noche habría un cóctel con música de fondo, para después pasar a la cena y más tarde al baile.

Aún había que pulir muchos detalles, pero la idea estaba convirtiéndose en

realidad.

Mark no tardó mucho en comenzar a recibir algunos mails contestando que sí a la invitación, algunos de ellos de periodistas con mucha influencia, cosa que nos puso algo más nerviosos. Sí, tal vez yo no tuviese mucho que perder, porque ya lo había perdido todo, pero el entusiasmo de Mark me estaba contagiando a pasos agigantados. Lo cierto es que me sentía feliz, más feliz de lo que nunca lo había estado, tan contenta de poder ayudar a alguien desinteresadamente que me hacía pensar lo idiota que había sido durante toda mi vida. Aquel hombre sonreía lleno de alegría al vislumbrar un futuro más positivo para su vida.

Me estiré en la silla, algo entumecida:

—¿Estás cansada? —me preguntó Mark, apartando por un momento la mirada de la pantalla del portátil.

—Sí, un poco. Esta noche no he dormido muy bien. —Dejé caer las dos manos sobre la mesa sin pensar—. ¡Ay!

—¿Qué ocurre? —Mark se dio la vuelta preocupado y vio cómo me sujetaba la mano dolorida.

—Nada, en serio. No me pasa nada.

—¿Cómo que no? —Me cogió la mano y su expresión cambió por completo—. ¿Cómo te has hecho esto?

—En realidad soy muy torpe y ayer me di un golpe muy fuerte cambiando un mueble de sitio.

—No me gustaría que me mintieras. —Hizo que girara la cara para mirarlo fijamente—. Tengo un par de empleadas que siempre venían con ese tipo de excusas, hasta que un día se derrumbaron frente a mí. Las maltrataban.

—No, Mark —sonreí condescendiente—. Nadie puede maltratarme más que yo, no tengo a nadie más que a mí misma. —Le guiñé un ojo—. Hay formas mejores de preguntar si tengo pareja.

—Lo siento. —Me soltó la mano como si quemara—. No pretendía...

—Tranquilo, de verdad que me hice daño cuando se me cayó un mueble del baño. Pero no tengo nada roto, sólo es el morado y el golpe.

—Por favor —se levantó de la silla y añadió—, la próxima vez llámame y te ayudaré.

—Sí, mi caballero andante. —Le saqué la lengua—. Anda que te voy a llamar por eso, como si necesitara a un hombre que me salve.

—A ver —echó mi silla hacia atrás, indicando que me levantara—, no soy el tipo de hombre que piensas. Pero visto lo visto, tal vez...

—Anda —me levanté—, déjate de tonterías e invítame a una copa de vino y a comer algo, que tenemos mucho trabajo por delante.

Durante la comida, supe mucho más de Mark y me enteré de por qué nació en Australia. Me contó que su padre era de allí y su madre española, pero que se separaron y, en plena adolescencia de él, se vino con su madre a vivir a España. También me habló de sus estudios, de sus sueños y de todo el empeño que había puesto para poder sacar adelante aquel proyecto del hotel.

Yo, por mi parte, lo escuchaba atentamente, casi sin interrumpirlo y no contándole mucho sobre mí.

¿Qué iba a decirle? ¿La verdad? ¿Una mentira? Casi prefería no contar más que lo básico. ¿Cómo explicarle a un tipo al que había conocido hacía tres días que tenía una licenciatura, un máster y trabajaba en un café? Y si no se lo contaba, ¿cómo explicarle que tuviese tantos contactos y conocimientos? No me quedaba más remedio que improvisar...

—¿Y tú? —se lanzó él y me imaginé que llegaba la batería de preguntas.

—¿Yo? —Cogí una cucharada de postre.

—Sí. ¿Cómo sabes tanto de este tipo de cosas? ¿Y de números? ¿Y cómo es que trabajas en un Starbucks?

—Estoy en un momento complicado de mi vida —contesté—. En un *impasse*.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Tuve un pequeño accidente laboral que me hizo pensar que era lo que realmente quería en la vida. Dejé mi anterior puesto en una empresa de eventos y me tomé un tiempo de descanso para ver hacia dónde iba a dirigir mi camino. — Bueno, más o menos había salido bien librada. Casi estuve a punto de darme un fuerte aplauso.

—Ahora lo entiendo todo —sonrió—. Pero si quieres —añadió entusiasmado—, puedo contratarte para que te encargues de todo lo que son eventos y...

—Para el carro. —Levanté una mano y la puse entre nuestros rostros, haciendo aspavientos—. Déjate de contratar a nadie y primero intenta salvar esto. ¡Vamos a seguir trabajando, anda!

No recordaba la sensación tan intensa de disfrutar de un trabajo que sabes

que te llena. No sé si era la adrenalina por realizar algo nuevo, por hacer algo que me encantaba o tal vez la suma de estas cosas intentando olvidar el «estoy pero no estoy» o el «no soy pero estoy» o el «*bonus track*» que me habían dado. No sé qué era exactamente, pero me sentía feliz.

Desgraciadamente, cuando todas estas ideas pasaron por mi cabeza, me di cuenta de la extraña realidad en la que estaba viviendo, o en la que me habían dejado vivir: estaba disfrutando de algo que sabía que tenía fecha de caducidad, casi como si lo que estaba haciendo con toda mi buena fe fuese a coincidir con mi «marcha».

Puñeteras montañas rusas de emociones.

Pasamos la tarde trabajando sin descanso para dejarlo todo cerrado y que al día siguiente sólo nos quedara enviar los encargos para los pedidos.

Llegué a casa cansada y, aunque no lo esperaba, nadie vino a molestar el «descanso del guerrero». Dormí toda la noche.

\* \* \*

A la mañana siguiente, un leve golpe en la puerta me despertó. Cogí la bata que tenía a los pies de la cama y me la puse. Mi sorpresa fue mayúscula al mirar por la mirilla y ver que era Mark el que estaba en el rellano.

—Buenos días. —Abrí la puerta.

—Buenos días, siento presentarme así, pero te necesito desesperadamente.

—¿Cómo? —Me tapé con la bata.

—¡Oh! —De nuevo se puso rojo—. No, es que quiero que vengas conmigo al mercado a comprar algunas cosas, necesito tu consejo.

—Pero si son —miré mi reloj— ¡las siete de la mañana!

—Lo sé, pero —me ofreció una taza de papel junto con un cruasán—, te he traído el desayuno.

—Anda, espera ahí —le señalé el sofá del salón—. Ahora mismo salgo.

Con el vaso de té me monté en su coche, y fuimos a un lugar repleto de mercancías de todo tipo. Caminamos de acá para allá mientras él compraba, con una lista en la mano, todo lo necesario para la cena. Daba órdenes, pagaba, pasaba tarjetas, pedía lo que precisaba y les daba la dirección de envío. Se lo veía desenvuelto en ese tipo de situaciones, no sabía para qué me necesitaba.

—Te veo muy suelto en estas lides —comenté.

—Sí, siempre he trabajado en restauración y se me da bien.

—Pero si me dijiste que...

—Sólo te conté por qué decidí abrir el hotel. Nada de a lo que me dedicaba anteriormente.

—Tienes razón —tuve que rendirme a la evidencia—. ¿Y a qué te dedicabas?

—Trabajaba para una franquicia de restaurantes. Yo era quien se encargaba de hacer los pedidos y de que llegaran a su destino sin problemas —respondió, a la vez que «robaba» una fresa de una caja y me la acercaba a la boca sin él soltarla.

—Hummm —me deleité en su sabor—, está deliciosa.

—Un kilo de éstas —le indicó al vendedor—. Nos las llevamos.

—¿Las vas a necesitar? —le pregunté, sabiendo que no había nada en el menú con esa fruta.

—No, las vamos a necesitar tú y yo para comérmolas. ¿Te apetece?

Asentí como una tonta cuando volvió a darme lo que quedaba de la fresa que aún sostenía entre sus manos.

—Están fabulosas —dije con la boca llena de aquella delicia.

—Pues no hay nada más que hablar. —Recogió la bolsa y proseguimos nuestro camino.

Dos horas más tarde, estábamos sentados a una mesa dentro de aquel mismo recinto, comiendo las fresas junto con dos tazas de chocolate caliente.

—Esto sí que está delicioso —se relamió Mark.

—La verdad es que no voy a quitarte la razón. —Cogí otra fresa y la mojé en el chocolate—. ¡Buenísimo!

—No lo había pensado. —Alargó una mano y metió una fresa en mi chocolate.

—¡Eh! Éste es mío, usa el tuyo para tus marranadas.

—Pensaba que tu taza era para eso y la mía para beber.

—Eres tonto, ¿no te lo han dicho nunca?

—Con esa sonrisa en la cara —se rio—, no.

—Ja, ja —contesté sarcásticamente, metiendo el trozo de fruta que me quedaba en su taza—. Esto es lo que se llama intercambio...

—Si tú lo dices. —Mordió su fresa de un modo que me encogió el estómago.

—¿No es tarde? —Intenté romper un poco el momento, a la vez que Mark miraba el reloj.

—Aún tenemos tiempo. —Tomó un poco de chocolate y luego se pasó la lengua por los labios.

—¿Para qué?

—Para que me cuentes algo más sobre ti.

—¿Qué quieres saber? —Casi me atraganté al ver que tendría que pensar rápido mis posibles respuestas.

—Algo de tu familia, tu infancia o por qué no tienes novio.

—De dardo directo, ¿no?

Me llevé una mano a los ojos para ocultar lo que estaba empezando a notar. Mis lágrimas pugnaban por salir lentamente, sin prisa en dejarse ver. ¡Joder! Parecía que estuviese en un puñetero baile de hormonas locas.

—¿Te pasa algo? —Noté que Mark se ponía a mi lado y me apartaba la mano de la cara.

—Mierda —dije, al ver su expresión preocupada; había visto que estaban a punto de saltárseme en lágrimas.

—¿Lorena? —Me acarició la mejilla suavemente—. Ya sé que ni siquiera nos conocemos, pero tengo la sensación que no me has contado toda la verdad.

—¿La verdad? —Levanté la mirada y lo enfrenté—. ¿La verdad sobre qué?

—Sobre todo esto que está pasando. —Apartó la mano de mi cara—. No logro entender por qué me estás ayudando. Hay algo raro, muy raro.

—Ya te dije que estoy pasando por un momento muy extraño en mi vida. Pensemos que estoy intentando remediar algunas cosas de mí.

—¿Puedes hablar de ello?

—En realidad prefiero no hacerlo... —Me dio un arrebato de extraña dignidad que me hizo coger mis cosas y poner rumbo a la salida.

Y en ese momento, debido a mis extraños cambios de humor, pensé que si yo era un «ángel», podía entender por qué las cosas nunca salían como uno deseaba, cuando se suponía que lo estaban protegiendo; tenemos problemas con la bipolaridad. ¡Dios que difícil era todo!

Caminé con rapidez por el pasillo que conducía a la salida, cuando una mano me sujetó el brazo con fuerza y me paró en seco.

—Lorena.

No quería darme la vuelta, porque si lo hacía me iba a lanzar a sus brazos llorando como una idiota y encima sin poder contarle la verdad sin parecer una auténtica demente. No.

—Por favor, Mark, deja que me marche. En estos momentos no soy la mejor compañía —respondí, intentando zafarme de su agarre para continuar la marcha.

No tuve mucha suerte, ya que, sin soltarme, me hizo girar hasta quedar frente a él. Levanté la vista y, sin querer, creo que fue instintivo, me mordí el labio inferior tratando de no llorar. Me temo que Mark, tal como yo deseaba, lo leyó como una invitación a bajar su rostro y posar la mano que tenía libre en mi cintura y la que estaba en mi brazo subirla hasta mi cara. Me acarició suavemente el labio inferior y, con delicadeza, posó sus labios en los míos. Relajé los brazos por un momento, dejando caer el bolso y el abrigo, que agarraba con fuerza en mi fallido intento de huida.

Me estaba besando; no lo hacía posesivamente, no lo convertía en una exigencia. Parecía que intentase que fuera yo quien continuara, dándole de alguna manera alguna señal positiva para que pudiera avanzar. Fue automático, levanté de manera instintiva los brazos y me aferré a su cintura. No necesitó mucho más para acercarme a su cuerpo y abrir sus labios para profundizar aquel asalto sin aviso.

Sabía a gloria. Sus labios eran suaves, delicados, su aliento cálido, yo casi tocaba las nubes. Bueno, vaaaale, intentaré no hablar más de cielo, de nubes...

Se separó y apoyó su frente en la mía. Me noté la boca vacía, solitaria, lo quería de nuevo.

—Deseaba hacer esto desde el primer día que te vi en la cafetería —confesó azorado.

—Tus ojos y tus modales no decían lo mismo —le recordé sus malhumoradas contestaciones.

—No suelo ser muy bueno controlando mis sentimientos. —Se apartó sin dejar de mirarme a los ojos.

—Lo acabo de ver —sonreí de medio lado.

—Quédate conmigo. —Me cogió la mano.

—Todo el trabajo de hoy ya está hecho. —Pensaba que me pedía que me quedase a trabajar.

—El trabajo del que hablas creo que está más que bien hecho. —Me acarició

la mano con el pulgar a modo de invitación—. Me gustaría que te quedaras esta noche, ven conmigo al hotel. —Y en ese instante, su cara pasó del color carne normal al rojo carmesí.

«Qué mono está», pensé, pero debía pensar en dos cosas a la vez y deprisa. En tomar decisiones suelo ser rápida, y aunque ésa la tenía más que tomada, debía prever las consecuencias que se podían derivar de ese acto.

—Yo es que... —empecé a balbucir. No sabía qué camino tomar.

Podía darlo todo por perdido, bueno, en realidad ya lo estaba, y lanzarme al abismo sin paracaídas. O tal vez ser honesta conmigo misma y con él y no hacer el imbécil para luego dejarlo tirado como una colilla. También estaba la opción «echa un casquete y santas pascuas». No me implico emocionalmente, no creo ningún lazo y paso la mejor de las noches en lo que me queda en la Tierra.

Mientras sus manos intentaban escalar por debajo de mi vestido, un golpe de racionalidad llegó directamente a mi cabeza e hizo que le pusiera las manos en el pecho y me separara de él inmediatamente. No podía, no debía, me iría.

Me acaricié los labios para no olvidar su tacto.

—Lorena... —Me sujetó por la cintura.

—Lo siento, Mark, me voy. Me tengo que ir. Yo...

Salí corriendo de nuevo y esta vez sin mirar atrás. Sabía que no me seguía. Se había quedado de pie, mirándome; yo no quería que tuviera siquiera derecho a réplica. Toda la culpa era mía y si me pedía explicaciones le mentiría, no podía decirle la verdad, tendría que inventar una sarta de tonterías que justificaran mis lágrimas.

No, no se merecía enamorarse de una persona que iba a desaparecer de su vida. No se merecía amar a alguien que le estaba mintiendo y que le mentiría durante lo mucho o poco que durara nuestra historia.

Pero ¿y yo? ¿Merecía sentir lo que yo misma me estaba negando? ¿Merecía no sentir algo que me había negado durante años? ¿Y si fuera la última vez? ¿Y si fuera mi última oportunidad? ¿Debía ser egoísta? ¿Debía pensar en no hacer daño?

De repente noté que mis piernas se paraban en una plaza, no sabía exactamente dónde estaba. Miré de un lado a otro, azorada, con la respiración acelerada y llorando. Hacía frío, pero algunos transeúntes paseaban tranquilos, otros iban en pareja de la mano, acariciándose, riendo. Me senté en un banco:

—Un minuto —me dije.

—Hace frío, ¿verdad? —Un señor mayor se sentó a mi lado.

—¿Perdón? —Lo miré sin entender.

—Digo que hace frío para estar aquí sentado, ¿verdad? —Se colocó bien el abrigo y la bufanda.

—¡Ah! —Me pasé una mano por los ojos llorosos—. Sí, siempre decimos lo mismo en invierno, pero parece que este año hace algo más de frío.

—No se crea, yo he vivido inviernos en los que había semanas que no paraba de nevar. Todo ha cambiado mucho —suspiró.

—La verdad es que sí, todo ha cambiado mucho —dije casi para mí misma.

—¿Quién es el caballero que la hace llorar? —soltó él de golpe—. Aunque si la hace llorar, poco caballero es.

Sonreí de medio lado.

—Si le contara una cosa no me creería.

—A estas alturas de mi vida, me lo creo casi todo —sonrió.

—No ha sido él quien me ha hecho llorar.

—Entonces no me he confundido, hay un «él».

—Sí, pero —suspiré—, lloro porque soy yo quien le va a hacer daño. Porque lo que fuera que pudiéramos tener se va a acabar.

—Todo se acaba antes o después.

—Ya, pero yo sé cuándo va a ser. Y lo que me pregunto es si es justo comenzar una relación que él no sabe que tiene que acabar.

—La vida es injusta, es rara, es así... —Me miró cariñoso—. Todas las tardes bajo a sentarme en este banco, como mi mujer y yo hacíamos cuando no llovía. Nos sentábamos aquí y charlábamos de lo divino y de lo humano. Hace ya quince años que se marchó y aún sigo hablando con ella. Fíjese que sabía que se iba y no me lo dijo, quiso que fuera feliz hasta el final. Y aquí estoy, haciendo lo mismo que hacíamos siempre juntos. ¿Acaso fue peor mujer por no contármelo?

—No lo sé, creo que...

—No crea nada. La vida está para vivirla, para disfrutarla, para pasar cada segundo que estamos en ella lo mejor posible, y si tenemos la oportunidad de amar, amemos. —Se levantó y me ofreció su mano para que me levantara—. Vamos, querida, no lo pienses más. Vete a casa, que hace frío y, recuerda que no

hay nada mejor que el amor.

—Gracias —sonreí.

Y eché a andar con destino a mi casa. Me fui para descubrir si merecía la pena dar rienda suelta a la montaña rusa de sentimientos que Mark estaba provocando en mi interior.

## 5

No había apartado la vista del suelo en todo el trayecto que separaba aquella plaza de mi «casa». No tenía claro lo que iba a hacer, pero no me apetecía pensar. Me dolía la cabeza cada vez que me debatía entre lanzarme al abismo o no hacerle daño a una persona por partida doble. Una por romperle el corazón si le decía que no y otra al dejarlo solo si le decía que sí.

Metí la mano en el bolso para sacar las llaves y al levantar los ojos lo vi apoyado junto al portal. Tenía una pierna flexionada, con la planta del pie en la pared, los brazos cruzados sobre su pecho y la mirada clavada en el suelo. Nunca nadie me había parecido tan desvalido ni me había hecho sentir las ganas que él me provocaba de abrazarlo. Nunca nadie había hecho que con sólo verlo de lejos mi corazón latiera tanto que pareciera a punto de salirse por la boca ni me había despertado ese tipo de sentimientos en tan poco tiempo.

«Se acabó —me dije, convenciéndome—, si no es ahora no será nunca. La vida está hecha de momentos y, aunque mi tiempo tenga fecha de caducidad, quiero que algo de mí quede en él, aunque no sea capaz de recordarme.»

Me puse frente a Mark. Él levantó la mirada y abrió los labios para decir algo, pero yo le puse una mano sobre la boca y negué con la cabeza. Cogí sus brazos y se los abrí y puse cada una de sus manos en mis caderas. Mark se irguió, apoyando ahora los dos pies en el suelo. Yo subí las manos hasta su nuca, donde le nacía el pelo, y lo acaricié. Su mirada era indescifrable, pero las pequeñas arrugas que se formaban en sus ojos delataban miedo, incertidumbre. Sentí cómo una de sus manos apretaba con fuerza contenida mi cadera. Esperaba. Esperaba a que yo diera el primer paso. Me pasé la lengua por los labios, anticipando lo que sabía que pasaría inmediatamente y pude ver cómo su

mirada bajaba hacia mi boca. Con las manos en su nuca, lo acerqué, lo arrimé tanto a mí que nuestras respiraciones se convirtieron en un compás de anticipación de lo que iba a llegar. Y fui yo quien moví los labios para morderle el labio inferior con dulzura, tirando un poco de él. Sólo sentía sus manos sujetándome con fuerza, con necesidad de hacer algo más, pero sin querer ser él quien comenzara lo inevitable. Yo quería lo mismo que él. Le solté el labio y le acaricié la nariz con la mía.

—Lorena —balbució.

—No digas nada ahora, no. Ya tendremos tiempo. —Apoyé mi frente en la suya.

—No quiero que esto sea algo que se interponga entre...

No quería que siguiera hablando, así que hice lo único que en ese momento había que hacer: lo besé. Mis labios se hicieron con el control. Ellos dijeron lo que mi mente no era capaz de pronunciar en voz alta. Se movieron ligeros junto con los suyos, húmedos, buscando su lengua, que apareció al rescate para unirse con la mía en un baile loco entre dos cuerpos que se anhelaban en ese instante.

—Sube conmigo —le dije instintivamente, casi sin separar nuestras bocas.

Y no hubo necesidad de repetirlo ni una vez. Mark me cogió la mano y se dejó llevar hasta dentro.

Yo tenía un miedo atroz a traspasar el umbral de aquella casa que se había convertido en mi hogar, porque eso significaba que habría dado un paso sin marcha atrás.

Las manos de él pasaron a sujetarme por la cintura y pegó su cuerpo a mi espalda. Me sentía nerviosa como una chiquilla el día de Reyes. Pero Mark no dejó que mi mente se escapara sola por mucho tiempo. En cuanto la puerta se abrió, el tímido hombre que me acompañaba se convirtió en un experto.

—¿La habitación? —lo oí preguntar, con sus manos metiéndose por debajo de mi falda, para agarrarme del culo e izarme hasta colocarme en su cintura.

Con las piernas alrededor de su cuerpo, sentía su miembro duro contra mi sexo. La ropa nos comenzaba a sobrar y le indiqué sin más premura la dirección de mi cama.

Sus labios buscaban mi ansiosa boca. Mi lengua jugaba, reclamando atención. Sus grandes manos apretaban mis nalgas casi con posesión animal, hasta que sus piernas se encontraron con el duro somier. No me soltó,

simplemente dejó que nuestros cuerpos cayeran sobre el colchón. Mark apartó las manos de mi culo y las subió a mis caderas, para luego dar un empujón simulando sin ningún tipo de reparo la penetración.

No me había pasado nunca antes, pero tenía ganas de que me arrancara la ropa interior y me penetrara inmediatamente. Lo quería dentro de mi cuerpo con ansia. Pero después de ese descarado movimiento, se separó y se irguió a los pies de la cama.

Cogí aire, bueno, en realidad sólo jadeaba. Debía tomar conciencia de la locura que iba a cometer, pero me era imposible. Mark se quitó el abrigo y se desabrochó la camisa, para dar paso a una visión increíble. Era guapo y tenía un cuerpo de escándalo.

No podía pedir más.

Luego se desabrochó el pantalón, que dejó caer junto con los calzoncillos. Estaba desnudo y se lanzó de nuevo entre mis piernas.

—Demasiada ropa —me dijo, ahora tumbado sobre mí—. Quítatela —me ordenó directo y conciso.

No podía responderle, no quería responder.

Él me quitó los zapatos, las medias y la falda, mientras yo intentaba deshacerme de la manera más rápida del abrigo y la camisa. Sí, Mark estaba completamente desnudo entre mis piernas y yo aún llevaba la ropa interior. Levanté los brazos para quitarme el sujetador, pero él me cogió las manos.

Negó con la cabeza.

Una mano suya me retenía por las muñecas, mientras me besaba los labios, me mordía ligeramente el cuello y me lamía la parte de mis pechos que sobresalía del sujetador. Con la otra mano apartó el tanga y empezó a jugar con tres dedos en la entrada de mi vagina. Estaba muy mojada.

Este hombre me tenía totalmente a su merced, sujeta, y yo me dejé hacer.

Sus dedos acariciaban diestramente mi clítoris, estimulándolo de manera suave. Intentando que me excitara lo suficiente como para seguir jugando, pero no tanto para que aquello terminara demasiado pronto.

—Mark —susurré al sentir que me penetraba despacio con dos dedos.

Quería escapar de su sujeción. Arañarlo. Apretarme fuerte contra su cuerpo. Pero no me soltaba.

—No —fue lo único que le oí decir, y siguió con su juego.

Sus dedos entraban y salían de mi sexo lentamente. Mi vagina se contraía con cada movimiento y me desesperaba al sentir cómo su duro pene se restregaba contra mi pierna.

Finalmente, me soltó, pero no para lo que yo pensaba, sino para quitarme el tanga y volver a cogerme las manos. Ahora me las sujetó una a cada lado de mi cuerpo. Sentía demasiada necesidad como para preguntar nada o negarme a sus deseos.

Con mis brazos agarrados, su cabeza se hundió entre mis piernas. Sólo me quedaba retorcerme de placer, gritar al sentir cómo sus dientes mordían con delicadeza mi clítoris, para después rodeármelo con la lengua y tratarlo como si fuera un premio. Necesitaba ya su cuerpo, pero él tenía otros planes y su lengua me lo demostró al entrar dentro de mi vagina. Entraba y salía. Me penetraba y se escapaba. Me tomaba y se iba.

No sería capaz de aguantar mucho más.

—Mark, me voy a correr —le avisé.

Hizo oídos sordos y lo único que pude sentir fue que incrementaba el ritmo. Finalmente me soltó las manos y yo le agarré la cabeza. Entonces él hizo algo que nunca nadie me había hecho antes: introdujo el pulgar en mi sexo y el índice en mi ano, sin preguntar. Pero no me molestó. La cercanía del orgasmo hacía que mi cuerpo demandara atención de todas las maneras posibles. Él me bombeaba. Yo le pegaba la cabeza a mi sexo. Y grité. Grité tanto que llegué a pensar que no era yo quien lo hacía. De mi estómago surgía una corriente desde el sacro hasta el cuello, por toda la columna vertebral.

—¡Dios! ¡Dios!

Aquello era el verdadero cielo.

Respiré un segundo y eso fue lo que me dio fuerzas para volver al ataque con su fabulosa boca. Sus besos.

Sabía a mí. A mi esencia en sus labios.

En otro momento me hubiera resultado desagradable, pero ahora me parecía un auténtico gesto de confianza mutua.

—Lorena —se separó—, quiero...

No lo dejé terminar y me puse encima de él. Sentía su sexo muy cerca del mío, la tentación era terroríficamente provocadora, pero no. Necesitaba probarlo, quería lamerlo, hacerle tocar el cielo.

Me deshice del sujetador, la última prenda que nos separaba de la desnudez completa y reptando cual serpiente del paraíso, atrapé su pene entre mis labios.

Oí algo así como un siseo. Era él.

Lo lamí con dulzura, en profundidad, suavemente, rozándolo con los dientes. Me tragaba toda su envergadura con gran dedicación, reseguía su pene, le mordía el escroto con cuidado.

Sentía que estaba tenso, nervioso y conteniéndose.

Mi mano subía y bajaba por todo su pene y mis labios se detenían juguetones en la cabeza palpitante del mismo.

Una gota transparente escapó de la punta. La atrapé con el dedo índice y la usé para lubricar su pene y volver a metérmelo en la boca.

Oí un sonido bronco antes de que sintiera sus fuertes manos debajo de mis axilas y que me levantase hasta ponerme frente a su rostro.

—No sigas así o terminaré antes de empezar —dijo con su voz grave atravesando mi cuerpo.

Y se lanzó a besarme de nuevo, a recorrer los rincones de mi boca sin dilación.

Me dio la vuelta en la cama y me dejó boca arriba.

Paseó su lengua por mi cuello, luego sus labios se entretuvieron en mis pezones para continuar hacia mi ombligo. Posó las manos en mis rodillas para abrirlas y así exponerme a su antojo.

—Lorena... —me miró desde donde estaba—, no tengo preservativos. Me temo que vamos a tener que parar.

—Llevo más de un año sin estar con un hombre —susurré desesperada, diciendo la verdad.

—Yo hace siete meses que no me acuesto con nadie. Podríamos hacerlo, pero...

—Tomo la píldora —mentí descaradamente. ¿Para qué liarla explicando nada en ese momento?

—¿Lo hacemos? —me preguntó contenido.

—Sí, ya estás tardando demasiado —casi le grité.

No tuve que repetírselo para sentir que sus manos volvían a abrir mis piernas y Mark subía lentamente hasta situarse entre ellas.

Me agarró con fuerza y tiró de mí para colocarme en la postura que tenía en

su mente. Arrodillado en la cama, me levantó las caderas y sin más dilación me penetró.

Un grito ahogado salió de nuestras gargantas.

La sensación de su cuerpo entrando en el mío hizo que la piel se me erizara. A él lo vi contenerse, respirar lentamente.

Sus manos me sujetaban las nalgas con fuerza, izándome para encajarme con él. Su cuerpo se tensaba, haciendo que sus músculos se dibujaran a la perfección. Sus abdominales se contraían y sentía cómo su pene se movía tenso en mi interior.

—Mark. No pares ahora.

Apreté las piernas alrededor de sus caderas y no hizo falta nada más para que comenzara a moverse, aunque con inusitada paciencia. Despacio, entraba y salía, se contenía cada vez que su sexo volvía a introducirse por completo en mi vagina.

Sabía perfectamente lo que me estaba provocando. Ansia, anhelo, exigencia.

—Necesito más —le dije.

—¿Más de qué? —Me miró provocativamente.

—Necesito que me folles.

—Eso es lo que quiero que me pidas.

Y sus movimientos, lentos hacía un segundo, se convirtieron en un martilleo loco y constante que me penetraba más allá de la misma carne.

Sus grandes manos me apretaban con fuerza, ejercían cada vez más presión al sentir él cómo su propio orgasmo estaba a punto de llegar.

—Lorena, me voy a correr y quiero que...

Hazlo, Mark, córrete.

Sentí como su cuerpo se tensaba con un último empujón que me provocó un escalofrío por todo el cuerpo.

Un grito liberador salió de su garganta.

Tenía los ojos cerrados.

Lo miraba con la espalda apoyada en la cama y él aún sujetándome por las caderas y el culo. No me soltaba.

—¿Mark? —Casi me daba miedo interrumpir su estado de éxtasis.

—Aún no te has corrido.

Abrió los ojos y me miró fijamente, comenzando a moverse despacio de

nuevo.

—Pero Mark... —Pensé en lo sensible que estaría él en ese momento.

—Chist. Tócate si te gusta hacerlo, tócate para mí.

—Sí me gusta.

—Pues déjame verlo.

Me excitó saber que no tenía remilgos a la hora de pedirle a una mujer que se masturbara en su presencia. Así que no lo dudé, apoyé un poco más la espalda en la cama y con una mano me estimulé el clítoris.

No me costó mucho. Yo también estaba cerca de volver a sentir aquella corriente eléctrica que me recorrería entera.

Mark lo vio y, esforzándose al máximo, volvió a acelerar el ritmo. Eso ayudó a que mi cuerpo respondiera de manera automática. Ahí estaba.

—Sí, sí. ¡Oh! Hummmmmmmmm —Un increíble orgasmo me pilló tan de improviso que sólo pude morderme los labios.

Mark se relajó en el instante en que me dejé caer sobre la cama. Salió de mí y se tumbó a mi lado.

Sus manos recorrían lentamente mi cuerpo desnudo, me acariciaba con tranquilidad, sin prisa.

—Lorena... —Su voz me llegó como algo lejano.

—Hummm —fue lo único que pude responder.

—He de confesar que nunca había hecho esto antes con una chica.

—¿Cómo? —Abrí los ojos de par en par—. ¿Eres virgen?

—No. —Se rio a mandíbula batiente.

—Me dejas más tranquila, porque la verdad es que, si era tu primera vez, aprendiste muy bien la teoría.

—Quería decir que no soy de los que se lanzan a lo loco a por una mujer. Y que sólo quería arreglar lo que había pasado entre nosotros esta tarde. Sentía que necesitaba hablar contigo. No quería dejar de verte por una idiotez, creo que entre nosotros hay una conexión especial.

—Mark, no quiero hacerte daño. —Lo miré—. Esto es todo muy extraño.

—¿Por qué me vas a hacer daño? Yo también puedo hacértelo a ti. Es un riesgo que se corre cuando alguien quiere estar con otra persona.

—¿Quieres estar conmigo? —le pregunté seriamente.

—Desde el primer momento. Aunque sé disimular muy bien —sonrió.

—Pues si te digo la verdad, ni me di cuenta. —Lo besé suavemente.

—Como te he dicho, soy un hombre muy cerrado y me cuesta mucho abrirme a los demás. Soy demasiado empático y las cosas me afectan demasiado.

—Simpático lo eres un rato.

Él se lanzó a hacerme cosquillas, después de la mala broma que hice.

—Imagino que también tendré otras cosas.

—Sí, sabes besar de maravilla. —Silencié con un beso ese juego inocente, que terminó de nuevo con nuestros cuerpos enredados.

No lo dejé pensar mucho. Ya estaba montándolo e introduciéndome su miembro, que había vuelto a la vida, dentro de mi cuerpo y meciéndome como si las olas del mar nos acariciaran.

## 6

Cuando me desperté después de aquella noche, tenía la sonrisa instalada en la cara. Sería maravilloso poder levantarse todas las mañanas con ese suave cansancio debido al sexo. Sobre todo con alguien como Mark.

Sentí muchas ganas de ir al lavabo.

Me desperecé y, dejando a Mark aún dormido, me dirigí al cuarto de baño antes de acurrucarme otro ratito más en la cama.

Caminé despacio, pues no quería despertarle, de puntillas, como en las películas y haciendo aspavientos para no hacer ruido. Abrí despacio la puerta del baño sin encender la luz y me apoyé en ella para cerrarla con suavidad.

De repente, una luz lo inundó todo y me temí lo peor: no estaba en el cuarto de baño, sino en el despacho del director. En este caso la directora y tal vez con cara de perro rabioso. Lo de estar en pelotas delante de ella casi había pasado a un segundo plano.

Me volví poniendo carita de «lo siento, pero no he podido evitarlo» y al intentar taparme con las manos, noté que llevaba una tela encima. Sonreí al levantar la mirada y encontrarme con Marisa.

—Buenos días —dije con cara de culpable.

—Lo serán para ti —me respondió seria, indicándome que me sentara en el sofá de siempre, en aquella sala aséptica.

—Pues sí —contesté por lo bajo, casi rezando para que no me oyera.

—Lo he oído.

—Lo siento.

—No voy a entrar en lo que son tus funciones más allá de lo esencial —me sorprendió diciendo—, pero quiero que sepas que las interacciones entre

humanos y nosotros nunca han salido bien. Al final siempre se acaban abruptamente.

—Lo sé. —Me hizo recordar algo que no me apetecía recordar—. Pero...

—Ya está, no vamos a volver a hablar del tema. —Su semblante cambió de serio a sereno—. Sólo quería volver a verte para decirte que hemos tenido que intervenir en el hospital. Tu hermano pequeño habló con tus padres para convencerlos de que te desconectarán antes de lo que teníamos pensado.

—¡Será hijo de mala madre! —grité sin pensar.

—Tranquila, lo hizo por tu bien. Pero no podíamos dejar que sucediera aún, no has terminado tu trabajo.

—Prometo que cuando esté en el otro lado, voy a volver por las noches para asustarlo y moverle cosas de sitio. ¡Mamón! Me voy a convertir en su espíritu maligno.

—Deja de decir tonterías, lo hizo pensando que era lo mejor. Tuvimos que presentarnos con nuestra «artillería médica» y les hicimos creer en una pequeña mejoría en el encefalograma.

—Mira que sois retorcidos —repliqué.

—Lo siento, las cosas son así —se justificó.

—Ya, pero ¿y ellos qué? Sus sentimientos ¿qué?

—Hay cosas que son para un bien mayor, que van más allá de uno mismo. Sólo quería que lo supieras.

De repente, tal como se había encendido, la luz desapareció y yo me vi desnuda de nuevo y, en vez de sentada en el sofá, en la taza del váter.

Unos toques en la puerta del cuarto de baño me hicieron despertar de mi última visita al otro lado.

—¿Estás bien Lorena? —Oí la voz de Mark a través de la madera.

—Sí, tranquilo. Estoy haciendo pis.

—Vale. —Oí que se alejaba, mientras mi pensamiento se dirigía hacia mi hermano...

Cuando Marisa me contaba lo que había sucedido, lo odié con toda mi alma. Pero ¿qué culpa tenía él? Sólo estaba viendo en una cama a alguien que ya no era su hermana y a sus padres llorando a su lado. No podía culparlo. Probablemente, si hubiera sido al revés, yo habría hecho lo mismo.

Salí del baño con el humor un poco cambiado. Aquella mujer conseguía

ponerme de los nervios con sus consejitos o sus noticias. Ya sabía que me iba a morir irremediablemente, me lo dejaba claro a cada momento cuando nos encontrábamos, ¿por qué no me permitía entonces vivir lo que me quedaba? Yo cumpliría mi cometido, pero «un poquito de por favor».

¡Bipolaridad al poder!

Ahí estaba yo, toda imbuida de mi mini mal rollo cuando vi a Mark tumbado en la cama, desnudo, sin taparse lo más mínimo, con un brazo debajo de la cabeza y en la otra mano el mando de la tele, cambiando canales.

No podía tener mejor visión en esos momentos: el hombre más guapo que una mujer pudiera imaginar, en mi cama, esperando a que yo saliera del baño para volver la cabeza y decirme:

—¡Ey, bonita! Buenos días.

Dejó el mando sobre la cama y se abalanzó para alcanzar mi cintura y tirar de mí hasta colocarme encima de él.

—Vaya cara tienes —me soltó.

—Aún estoy un poco dormida —mentí, separándome un poco para así poder mirarlo a los ojos. Era guapo, muy guapo, tremendamente guapo. Y con fecha de caducidad.

—Si quieres te despierto. —Y empezó a hacerme cosquillas en los costados.

Eso hizo que notara que cierta parte de su anatomía ya estaba más que despierta y lista para el asalto.

—Me temo que no has sido tú el que me has despertado, sino una parte de ti que me ha llamado mucho la atención. —Y sin previo aviso, me coloqué sobre su pene y me lo metí dentro.

—¡Lorena! —Lo había pillado desprevenido.

—No provoques nunca a una mujer con este tipo de argucias —me movía lentamente, con un vaivén acompasado, sin prisa—, o puedes llevarte una sorpresa.

## 7

Si bien era verdad que debíamos ponernos a trabajar para terminar un par de flecos con respecto a la organización del evento, habríamos querido pasar la mañana encerrados en mi casa, descubriendo cada rincón de nuestro cuerpo.

Y he de confesar que nunca había sentido lo que disfrutaba en esos momentos: libertad para hacer lo que me diera la gana olvidando mis propias normas. Ya daba igual, no me importaba lo que pudiera suceder, porque, aunque todos tenemos el mismo destino, el mío sabía a ciencia cierta que ya tenía día y hora. Lo único que esperaba era queirme no me doliera y que consiguiera que a Mark le doliera aún menos.

—No te lo he dicho, pero tienes una casa de lo más acogedora. —Me volvió a agarrar por la cintura al pasar por detrás de mí junto a la mesa de la cocina para coger su taza de café—. No sabía que tuvieras tan buen gusto.

—Querido —le solté—, si no lo tuviera, anoche no me habrías tocado ni con un palo —y solté una carcajada.

—Entonces debo estar agradecido de que tu gusto coincidiera con mi apolínea belleza. —Me soltó para colocarse de una chistosa manera, a modo de estatua griega.

—No seas bobo y tómate el café, que tenemos que irnos —lo empujé ligeramente.

—¿Sabes lo que más me gusta? Que tienes calefacción radial y eso me da muchas ideas para hacer cosas encima. —Sonrió y levantó las cejas con picardía.

—¿Es que no puedes pensar en otra cosa? —lo reprendí falsamente—. Tenemos trabajo por hacer y, personalmente, necesito descansar un poco.

—¿Estás segura? —Se puso detrás de mí, apretando su erección contra mi

culo a la par que su mano desaparecía dentro de mi pantalón, buscando mi sexo —. Estás mojada, yo diría que podríamos hacerlo en el suelo ahora mismo. — Me introdujo de golpe su dedo índice y me acarició el clítoris con el pulgar—. ¿Quieres que pare?

—Sí, por favor. —Mentía como una bellaca, mientras sentía que mi cuerpo se electrizaba por momentos.

—Estás mintiendo. —Me mordió suavemente el cuello.

—Tienes razón, pero he de recoger un par de cosas y debemos seguir trabajaj...

Aceleró el movimiento de sus manos.

—Chist... Quiero sentir cómo te corres entre mis brazos.

—Pero ¿no has tenido suficiente de mí? —ronroneé.

—Tengo la sensación de que nunca lo tendré todo de ti. —Y sus expertos dedos jugaron con mi clítoris hasta que tuve un orgasmo.

No sabía si sobreviviría a ese hombre, pensé desmadejada entre sus brazos, mientras intentaba recuperar el aliento. Mark me estaba volviendo loca de remate. Nunca nadie me había hecho sentir de esa manera, o, probablemente, yo nunca le hubiese dado a ninguna persona la oportunidad de que nuestra historia pasara de la primera cita.

\* \* \*

Aquella mañana conseguí que saliéramos de mi casa a duras penas, porque, visto lo visto, la única persona que tenía dos dedos de frente era yo. Debíamos regresar al hotel para preparar la llegada de los primeros periodistas. La fecha del simulacro estaba a la vuelta de la esquina y teníamos que centrarnos o por lo menos, sonreí por dentro, yo debía hacerlo. Me estaba jugando mi «paso» al otro lado y no podía ser. Además, aunque no me gustara la situación, debía ser un «ángel» responsable.

Justo cuando entraba por la puerta del hotel, mi teléfono móvil comenzó a sonar. De nuevo me llamaban de la cafetería.

—Lorena, soy yo. —Era Gabriel, el jefe.

—Hola, dime, ¿ya está todo arreglado? —Crucé los dedos para que no fuera así.

—Por desgracia no. Vamos a tener que cerrar indefinidamente, porque al parecer el problema es mucho más serio de lo que en un principio pensaron.

—¿Y eso?

—El agua se ha comido algunos cimientos, o eso me han dicho, y hay peligro de que la planta de arriba se nos caiga encima.

—¿Qué vamos a hacer? — pregunté, haciéndome la falsa preocupada.

—Tranquila, no te preocupes, todo sigue igual que antes, ya os llamaré. Mientras, descansa, vas a cobrar igual, si es lo que te preocupa.

—Oh, la verdad es que sí me preocupaba. Muchas gracias.

—De nada, ya te voy informando.

Sonreí por la suerte que había tenido con respecto a... ¿Suerte? A que todo aquello había sido una triquiñuela de la del vestido blanco.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Mark, poniéndome una mano en la cintura al pasar por la puerta.

—Nada, que no voy a poder volver al trabajo hasta que me avisen. —Sonreí hasta que me di cuenta de que ése era el tiempo que me quedaba.

—Lo siento mucho, veo que te ha afectado. ¿Te dejan sin cobrar o algo?

—Tranquilo, el dinero no me preocupa demasiado, me da pena por mis compañeros que sí que lo necesitan —mentí descaradamente.

—Miremos el lado positivo. —Me sonrió—. Podrás estar más tiempo conmigo. ¡Eh! —se defendió al ver que levantaba la ceja derecha—. Lo digo para tenerlo todo preparado. Nos queda muy poco tiempo.

—Efectivamente —le di la razón—, nos queda muy poco tiempo.

Repasamos tres veces más la lista de asistentes confirmados en lo que llamábamos nuestra *situation room*, que era simplemente la sala de negocios del hotel. Serían unos diez periodistas, fotógrafos de varios medios de comunicación e *influencers* (esos que se dedican a fotografiar, fotografiarse y hacerse vídeos en sus peripecias varias, y que tienen trillones de seguidores).

La recepción de los periodistas comenzaría al cabo de dos días a partir de las 12 de la mañana y sólo cuatro habían confirmado que llegarían a esa hora. Los demás vendrían por la tarde, cerca de la hora del evento, para la velada especial y el baile.

La mercancía para la cena la íbamos a recibir esa misma tarde y el cocinero estaba ya listo con dos chicos para que lo ayudasen. Los camareros preparados.

Yo prometí que echaría mano de mis mejores contactos para traer al mejor DJ del momento para que amenizara las dos cenas, aquélla, para los medios, y la de Nochebuena.

Lo cierto es que me costó un poco mover un par de hilos para que viniera ese DJ, teniendo en cuenta que nadie me conocía, aunque yo sí a ellos. Ahí sí tuve que pedirle a Mark que desembolsara algo de dinero. Aun así, no era fácil que viniera ese hombre, pero Mark pasó más de media hora hablando con su representante y llegaron a un más que buen acuerdo: le pagaría un precio muy por debajo de sus honorarios, pero tendría la mejor habitación, etc...

Me gustaba cómo negociaba. Nada que ver con aquel tipo cabizbajo, con cara de pocos amigos, que entró por primera vez en la cafetería. Ahora sus ojos parecían diferentes, desprendían luz, y se le formaban unas pequeñas arruguitas alrededor. Casi siempre estaba sonriendo, nada de malos rollos. Y yo me sentía feliz; por primera vez en mucho tiempo sentí que la felicidad era ver que los demás se sentían mucho más fuertes, que su mundo cambiaba con el empujón de otra persona.

—¿Ya lo tienes todo controlado? —Mark miró de nuevo su libreta.

—Sí —le contesté sentada a su lado.

—¿Me pasas la lista de la mercancía?

Así lo hice.

—Tenemos que ir a la cocina a hablar con...

Levantó una mano pidiendo un segundo, lo estaban llamando por teléfono.

Miré el reloj sin saber por qué, pero me di cuenta de que era la misma hora en la que el día anterior me encontré con aquel anciano en la plaza. Al recordar nuestra charla sentí cierta desazón y me pregunté si estaría sentado en el mismo sitio. Mark seguía hablando por teléfono y, por sus gestos, parecía que tenía para rato, así que le dejé una nota en la mesa antes de marcharme. Quería volver a la plaza y sentarme en el banco.

Me apresuré un poco, porque se estaba haciendo un poco tarde, pero allí estaba él, sentado en el banco, abrigado con su bufanda y su abrigo y con una sonrisa en los labios, mientras miraba a la gente pasar.

—¿Puedo? —pregunté, antes de sentarme a su lado.

—¿Qué tal, muchacha? Hoy tienes mejor cara. —Se levantó indicándome que me sentara a su lado y se volvió a sentar después de mí.

—Sí, estoy empezando a lanzarme al abismo y no pensar en el mañana.

—Eso está bien. Por cierto —me ofreció la mano—, me llamo Alfonso.

—Lorena. —Se la estreché suavemente para saludarnos—. Es un placer.

—¿Qué te ha hecho volver? Eres joven, bonita y ahora sonríes.

—Quería darle las gracias, charlar con usted y, sobre todo, saber ...

—Saber si era verdad que venía aquí todas las tardes, ¿no? —Asentí avergonzada—. Pues ya lo has visto, aquí estoy. —Suspiró, mirando al infinito.

—La echa mucho de menos, ¿verdad?

—Sí, lo cierto es que cada día que estoy más cerca de ella, más la echo de menos.

—¿Más cerca de ella? —pregunté inocentemente.

—Querida, cada día que paso en este planeta, estoy un poco más cerca de estar a su lado. La muerte está más próxima.

—No diga eso, aún le queda mucho tiempo —le dije pensando en mí.

—El tiempo es relativo —respondió aquel señor de pelo blanco y mirada brillante.

—Eso que dice me suena a ciencia.

—Es ciencia, pero lo que yo le digo es que el tiempo depende de cómo lo disfrutemos.

—Yo no estoy preparada para morir —solté de golpe.

—Nadie está preparado para ello, pero con la edad te das cuenta de que no queda más remedio. Y a mí, la verdad, me da un poco igual.

—¿No tiene a nadie? Porque yo tengo a mi familia y ahora a Mark, se llama así, y no me gustará dejarlos sin despedirme.

—¿Dejarlos? —preguntó, mientras yo hacía un movimiento con la mano quitándole importancia—. Bueno, sí, yo tengo dos hijos, una chica y un chico, pero no viven cerca. Es cierto que vienen los que pueden y que estamos conectados con Skype, pero ya tienen su vida y han de pensar en sí mismos. Yo ya he vivido la mía.

—Tengo la sensación de que desea la muerte —se me erizaron los pelos de los brazos—, pero yo no quiero morirme —insistí.

—No la deseo, pero no le tengo miedo. Cualquiera día vendrá y no me pillaré desprevenido.

—Pues a mí sí...

—Eres joven. —Sonrió sin entender.

—He perdido mucho tiempo —respondí, mirando el reloj.

—Pues no lo pierdas más y ve corriendo con ese hombre.

—Ha sido un placer. —Me levanté y me despedí con la mano—. Nos volveremos a ver.

—Ojalá, ya sabes dónde estoy.

Regresé de nuevo al hotel y encontré a Mark de los nervios:

— ¿Se puede saber dónde estabas?

—Te he dejado una nota —me defendí.

—Lo sé, pero me has asustado. —Se abalanzó hacia mí para darme un abrazo que no llegué a entender.

—Mark, no pasa nada, sólo he ido a dar una vuelta. Lo necesitaba.

—Pues la próxima vez me avisas en persona y me voy contigo.

—Oye, y si necesitaba estar sola un rato. ¿A qué viene esta posesividad?

—Lo siento, no lo sé, es que he tenido una extraña sensación y no me ha gustado nada —se excusó.

—¿Sensación? —Yo ya creía hasta en los ovnis.

—Sí, como si te hubieras marchado para siempre. Un vacío.

—Anda, déjate de tonterías. —Pero pensé que si no estaba, mi esencia se iría diluyendo...—. Voy al baño.

Estaba claro que eso de estar muerto y orinar no estaba reñido. Aunque, pensándolo bien, muerta no estaba, estaba viva y mi otro yo también, aunque de aquella manera. Joder, si es que no hacía más que liarme con mis disquisiciones.

Abrí la puerta del baño y ya no me extrañó nada ver que ni pis podría hacer. Ahí estaba yo, en la sala blanca, con Marisa sentada en su sillón y yo automáticamente sentándome en el sofá de enfrente.

—¿Podría hacerte una pregunta? —le dije.

—Claro —me respondió sonriendo.

—¿No te daría igual traerme aquí después de hacer pis?

Chasqueó los dedos y la sensación de mi vejiga desapareció inmediatamente.

—¿Ya?

—¿No habrás hecho que mi vejiga se vuelva insensible y luego ¡plof!? — Moví las manos de forma exagerada, tratando de imitar una explosión.

—¡Bufff! —soltó aire a la vez que ponía los ojos en blanco—. Sé que es mi

trabajo, pero creo que voy a presentar una instancia para otro departamento. Cada día me cargáis más los novatos.

—¿En serio? ¿Esto va por departamentos? ¿Es como un ministerio? —Abrí los ojos de par en par—. ¡El Ministerio del Tiempo!

—Estás como una cabra. Pero sí, más o menos. Vamos pasando por diferentes fases, pero creo que yo me estoy cansando demasiado de los novatos. No os creéis nada, pero luego os encanta todo.

—Pues qué quieres que te diga. Si te dicen que te vas a morir pero que tienes una mini segunda oportunidad, ¿qué pensarías tú? —Ella se encogió de hombros—. Te lo voy a decir: pues o que te has metido algo muy fuerte y estás viajando de lo lindo o que la leche que te has dado con el coche te ha dejado turulata perdida y andas delirando.

—¿Lo ves? Por mucho que te haya enseñado, aún tienes tus dudas. Y eso caaaaaaaaansa. —Volvió a resoplar.

—¿Un mal día? —le pregunté finalmente, viendo que aquello no era por mí, vamos, no sólo por mí.

—La verdad es que sí. No ha sido uno de mis mejores días. He tenido que mandar a un novato a otro sitio menos adecuado por no hacer lo que debía.

—Pero ¿no me dijiste que si no lo hacíamos bien debíamos volver?

—Claro, una y otra vez, si no conseguís vuestro cometido. Lo que ocurre es que, en este caso, no es que no consiguiera su cometido, sino que pasaba de todo. Y mira que le poníamos todo lo necesario en su camino.

—¿Al final dónde lo habéis mandado? ¿A tomar por cul...?

—Chist. Calla, bruta. No, ha ido a un «correccional» y me temo que no le va a gustar nada.

—¿Y todo esto qué tiene que ver conmigo?

—Nada, pero necesitaba hablar con alguien y me apetecía ver qué hacías.

—Pues mira, intentar mear —le solté.

—¿Una copa? —Me ofreció un vaso muy chulo, lleno de un líquido de varios colores. Como un arco iris.

—¿Qué es esto?

—¿Has oído hablar de la ambrosía?

—La bebida de los dioses griegos.

—La bebida por antonomasia y punto. Déjate de dioses, mitologías y

mezclas humanas. Toma y bebe.

Alargué la mano para coger el vaso.

—¿No tendrás algo de comer? —Me puse vacilona.

—¿Maná?

—No, gracias no me apetece oír música.

—¿Que si quieres un poco de maná?

Al fin entendí que me hablaba de lo que comieron los israelitas.

—Ah, pues bueno, a ver a qué sabe. —Y delante de mis ojos aparecieron una especie de crackers. Estaban buenos.

—A ver, suéltalo. —Marisa me leía la mente y ya ni me sorprendía.

—Pues mira, tengo una pregunta, ¿cada vez que estoy aquí, el tiempo en la Tierra continua?

—No, a ver, sí, pero de diferente manera. Si quieres te cuento la teoría de cuerdas y los universos paralelos. Te ayudaría un poquito.

—Deja, deja. —Tomé un sorbo del vaso—. Ostras, esto está muy bueno, sabe a mojito.

—Bueno, el mío sabe más a un buen whisky escocés, el agua de la vida.

—Pero ¿no es la misma bebida? —Miré los dos vasos.

—Es lo bueno que tiene la ambrosía, a cada uno le sabe de diferente manera.

—Metió una mano en un cajón que tenía cerca y sacó más bebida—. Trae tu vaso, que te lo relleno.

—Esto está de muerte —respondí, tomando otro gran sorbo y viendo cómo Marisa me miraba seria—. Vale, tengo que intentar hablar menos de la muerte...

—Anda, cuéntame qué tal con Mark...

—¿Qué quieres que te cuente? ¿Cómo es en la cama? —sonreí de oreja a oreja.

—No hija, no. —Se bebió el contenido de su vaso de golpe, haciendo una mueca—. Mira que eres básica, menos mal que en cuanto vayas al otro lado se te pasará inmediatamente.

—Jo, bueno, no es necesario recordarme que estoy muerta. En realidad es que me lo estoy pasando bien y no pienso mucho en todo lo que sucede a mi alrededor más allá del día a día.

—Haces bien. Recordar el pasado nunca es bueno.

—Pero no entiendo por qué quieres que te cuente nada, si ya lo ves todo, lo

sabes todo y hasta creo que sientes lo que yo siento.

—Es verdad, Lorena, pero normalmente me gusta escuchar las cosas explicadas por vosotros mismos. —Suspiró—. Aunque no eche de menos vivir en la Tierra, sí echo de menos que me cuenten lo que ahí sucede. Me gusta tener algún tipo de vínculo con las personas con las que trabajo. Y ver las cosas que, como humana, alguna vez me hicieron feliz de un modo más terrenal.

—Pues ya sabes lo que estoy sintiendo, me estoy enamorando de alguien a quien voy a abandonar. Además, me siento feliz ayudándolo a remontar su negocio y me gusta hacerlo. ¿Qué más quieres que te cuente? ¿Que tengo miedo de que esto se acabe pronto y que no voy a poder volver a abrazar a mis padres?

—Es normal, Lorena. —Se rellenó el vaso.

—Puede que sea normal, pero yo estoy aterrorizada aunque no lo parezca. Tengo miedo de no volver, tengo miedo de olvidarlo todo, tengo miedo y punto. —Dejó el vaso en una mesita que había al lado del sofá.

—Querida, te prometo que no volverás a tener miedo nunca más. —Pude ver que se quedaba pensativa—. Te lo prometo.

Cerré los ojos suspirando y, al abrirlos, me encontré en el cuarto de baño. No esperaba otra cosa. A ver, si por pedir fuera, habría pedido que me enviara a una islita del Caribe o de la Polinesia... Ya me veía allí, en una hamaquita, con un cóctel, el sonido de las olas de fondo y yo sin prisa y sin nadie que me la diera.

Qué bonito sería. «Pero espabila, querida, que hay mucho trabajo por hacer.» Así que giré el pomo de la puerta y salí de mi universo paralelo para adentrarme en otro mucho más alucinante de lo que quepa imaginar.

Aquella jornada fue de lo más tranquila.

Mark y yo conseguimos cerrar la facturación, que más personas nos confirmaran su asistencia y luego, aunque no lo quería, conseguí irme sola a casa a pensar sobre todo lo que me estaba pasando.

Necesitaba mi propio espacio.

Mark lo entendió, pero su cara lo decía todo. Quería estar conmigo.

Yo quería poner distancia a tanta intensidad.

Temía que el día siguiente iba a ser tremendo.

## 8

Me levanté temprano y me dirigí al pequeño hotel.

Por la energía que desprendía, tuve la sensación de que Mark llevaba mucho más tiempo que yo despierto.

—¿Has dormido bien? —Se acercó disimuladamente para besarme.

—Sí, gracias.

—¿Y no me has echado de menos? —Metió una mano debajo de mi falda para acariciarme furtivamente el culo.

—¡Eh! —Me eché para atrás, haciendo gala de una falsa modestia.

—La otra noche te hice otras cosas y no eras tan remilgada.

—Y me harás más, te lo prometo. —Aparté su mano—. Pero no en medio de la recepción.

\* \* \*

Fueron unos días de auténtica locura. Entre nosotros y con el trabajo.

Hacía mucho tiempo que no trabajaba tanto ni me sentía tan feliz por ello.

Se acercaba la fecha del evento y podría decirse que estaba enamorada de un hombre que me hacía el amor de manera pausada, alocada, salvaje, furtiva a cada momento que nos escapábamos. Su habitación, en el hotel, ya olía a nosotros. Había un nosotros...

—¡Al ataque! —oí de fondo, haciendo que saltara una alarma inconsciente que me hizo correr hacia el grito.

«¿Al ataque?», me dije. Pues vaya grito más raro para deshacerse de alguna persona o... Lo que vieron mis ojos en ese momento me llenó de sorpresa.

— ¿Qué es esto? —balbucí.

—¿No lo sabes tú? —Noté las manos de Mark en la cintura, en ese momento, él estaba en la recepción del hotel—. Dicen que recibieron tu mail.

—¿Mi mail? Pero si yo no... —Respiré hondo dos veces para después maldecir a Marisa y sus tejemanejes.

—¿Dónde dejamos todas las cámaras? —Se nos acercó un tipo con cara de pocos amigos.

—¿Me das un momento? —Asintió y yo me acerqué a la sala, a mirar todos los correos electrónicos.

—¡Me cago en todo lo que se menea! —grité a todo pulmón.

—¿Qué pasa? —preguntó Mark asustado, entrando en la sala.

—Que no sólo vamos a tener un DJ, sino que Fangoria y Las Nancys Rubias tocarán en esta prefiesta para presentar sus nuevos *singles* y lo sacarán en su *reality* de *Alaska y Mario* en Navidad.

—¿Voy a salir... el hotel va a salir en la tele...?

—Mark, respira. —Lo cogí por los hombros—. Tienes habitaciones libres, no te preocupes. Quizá deberías preocuparte por las existencias de cerveza. —Sonreí de medio lado al recordar algunas escenas del *reality*.

Después de diez minutos en los que los cámaras esperaron en recepción, les dijimos que no disponíamos de más habitaciones y que tendrían que alojarse en otro hotel con el que habíamos contactado. Después redistribuimos las demás habitaciones y avisamos a la cocina de que pidiesen más de todo.

Aquello se me estaba yendo de las manos...

—Hola, corazón. —Mario Vaquerizo entró en el hotel como si fuera un huracán y se fue directo a la recepcionista, mientras una cámara se le pegaba al cogote—. ¿Me puedes dar la llave de la habitación de Olvi y mía?

—Pe... pe... pe... pe... —La recepcionista no sabía que las cámaras eran para recibir a unos famosos y a la pobre no le salía la voz.

—Ay, amiga, si sigues así vamos a cantar a Carlinhos Brown, ¡*Samba da Bahia!*

—Marito —Alaska apareció por detrás—, deja a la chica que se recomponga. ¿No ves que le has dado un susto?

—Si me da una cervecita, la perdono y yo mismo me busco la habitación ¡Jajajajajaja!

En ese momento, Mark y yo salimos de la cocina y oímos el jaleo. Nos miramos e inmediatamente salimos corriendo hacia la recepción. Intuimos que ya no sólo estaban las cámaras y no habíamos avisado a nadie.

—Hola —Mark se presentó—, soy Mark, el director del hotel.

—Es un placer —contestaron Alaska y Mario.

—Hola —respondieron Juanpe y Marta.

—¡Qué tal! —dijo desde la puerta Miguel, que entraba junto con Nacho Canut, que fue el único que se acercó y estrechó educadamente la mano de Mark.

—Oye, mientras esperamos ¿me puedes traer una cervecita? —Mario se acercó a mí y me puso una mano en el hombro.

—Claro, ningún problema. ¿Alguien más quiere algo? —Y casi se me echan encima cual hienas sedientas.

Mark intentó poner un poco de orden en el caos que se estaba organizando con tanta cámara y tanto famoso, mientras yo salía corriendo de nuevo a la cocina para avisar al camarero de que preparara las bebidas y las sacara.

—¡Ay, amiga! —Mario dio un largo trago a su bebida cuando la tuvo en las manos—. Esto sí que es un buen recibimiento.

—Me alegro —respondí, al tiempo que el camarero y yo repartíamos las bebidas y las cámaras nos seguían. Y yo me pregunté si mi imagen quedaría archivada en la serie o me pasaría como a los vampiros, que nadie me vería reflejada.

Por si acaso, cada vez que la cámara se acercaba, yo me escabullía.

Noté una mano en el antebrazo y me volví. Era Olvido, que me miraba con gesto dubitativo:

—No nos conocemos, ¿verdad? —me preguntó.

—La verdad es que no. Soy fan, pero nada más —respondí.

—Es que hay algo en ti que me hace... No sé, desprendes algo diferente. —Me miró directamente a los ojos—. Llámame loca, pero veo algo angelical a tu alrededor.

—¡Oh! —Sabía de las inquietudes de Olvido con el más allá y las paraciencias, pero de ahí a que pudiera notar algo—. Pues mi madre siempre me decía que era como un demonio —sonreí de medio lado.

—Hazme caso, hay algo en ti especial.

—¡Olvi! —Mario la llamó—. Date prisa, que ya tengo la llave y quiero dejar las cosas en la habitación. Me gustaría comer prontito, que me apetece ver *Sálvame*.

—Voy, Marito. —Alaska se volvió y se puso a hablar con Nacho, mientras toda la *troupe* se adentraba por el pasillo para irse a sus dormitorios.

Me llevé las manos a la cara con gesto de cansancio e intenté relajarme después del lío en el que quien fuera, aunque estaba bastante segura de su nombre, nos había metido.

Mark me miró desde detrás del mostrador de la recepción y me guiñó un ojo:

— Los invitados empezarán a llegar en nada, ¿por qué no vas a ver que esté todo preparado?

—Sí. Voy a la oficina a comprobar los mails y a cerrarlo todo. —Me acerqué al mostrador y le di un beso en los labios.

—¿Nos vemos para comer? —sonrió de medio lado.

—¿En tu habitación? —le susurré al oído.

—Te busco —me dijo, acariciándome sutilmente el pezón y endureciéndomelo.

—Hummmm —Le mordí ligeramente el cuello antes de marcharme.

Salí disparada hacia el cuarto de baño recomponiéndome la ropa, porque quería tener un par de palabras con Marisa. Lo que me había hecho no tenía nombre, sobre todo porque necesitamos tiempo para hacer las cosas y no recibir sorpresitas sin sentido.

Abrí la puerta y, al cerrarla, seguí en el mismo sitio.

—¡Marisa! ¡Marisa! ¡Aparece! ¡EOOOO! —Cualquiera que me oyese desde el otro lado de la puerta pensaría que se me había ido la cabeza—. Apareceeeeeeeeeeeeeee.

—No grites, no grites. ¡Chissst!

Marisa apareció.

— ¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Me he pasado con la ambrosía y la he liado —contestó compungida.

—¿Cómo que la has liado? ¡Claro que la has liado! Me has llenado el hotel de famosos y sin avisar.

—Bueno, ése ha sido uno de los líos...

—Por favor, por favor que no llegue ahora Jorge Javier Vázquez y tengamos

un *Deluxe* en directo. Dime que no es eso, ¡dímelo! —grité asustada.

—Chissst, que me duele la cabeza. —Se tapó los oídos.

—Te fastidias. —Estaba muy enfadada.

—Pero no, no vendrá nadie más... —Suspiró—. O eso espero, porque la he liado muy parda.

—Mira, me da igual lo que hayas hecho, pero necesito que no me eches más manos así, porque vaya la que se va a montar en menos de nada. A ver, ¿dónde puedo encontrar para esta noche un escenario más grande, para que estos dos grupos me quepan y puedan tocar?

—Lo solucionaré, te lo prometo. —Cruzó los dedos índice y corazón y se los llevó a los labios para besarlos.

—Espero que lo hagas o por lo menos que me ayudes con este desaguizado, porque no veas la que están organizando en las habitaciones Vaquerizo y su *troupe*. Menos mal que Canut y Alaska son más tranquilos —casi susurré para mí misma, intentando encontrar algo positivo.

—Oye, tampoco hay que verlo desde ese punto de vista. —Marisa me miró con ojos culpables—. Piensa que el hotel va a salir en el *reality* y eso será publicidad a tope.

—Ya, pero digo yo, sólo digo, ¿no habría sido mejor avisarme con un par de días?

—Que sí, que la culpa es mía, pero... —suspiró y añadió en voz baja—: Si sólo fuera eso.

—¡Ay Dios! No quiero saberlo, no quiero. Por favor, no me des más sustos y ayúdame.

—Susto o muerte, ¿eh? —Me guiñó un ojo haciendo la medio gracia.

—¡Ja, ja y ja! —Abrí la puerta del aseo—. Te lo repito, no me des más sustos.

—Si tú supieras... —Esa vez, el comentario sólo lo oyó ella.

## 9

Me estaba volviendo loca.

Lo que estaba pasando no era normal, bueno, nada era normal, empezando con mi «no muerte».

«Va, venga, acércate a la cocina y mira si todo está preparado para la cena y si alguno de los periodistas que ya han llegado está pidiendo algo para comer.»

Entré despacio, intentando no molestar a los cocineros. Le hice una seña silenciosa al chef y él, casi sin apartar la vista de los fogones, levantó el pulgar como señal de que estaba todo controlado.

Me metí por un pequeño pasillo hacia el almacén para ver los nuevos pedidos que nos debían de haber traído ya. Me acerqué deprisa al interruptor de la luz, cuando una mano me sujetó la muñeca y me tapó la boca. Me asusté y quise gritar, pero no pude, porque quien fuera me sujetó con fuerza.

—Chist. —Noté la lengua de Mark en el cuello—. Iba a ir a buscarte, pero has venido a mí. Mucho mejor. Ahora te voy a quitar la mano de la boca y no quiero que grites.

—Pero... —Quise quejarme y echarle la bronca por el susto.

—Calla. —No me soltó, sino que me cogió de la mano y me arrastró hacia una puerta, que abrió y entró conmigo.

Estábamos en un almacén lleno de provisiones.

—¿Qué estás haciendo? —me quejé, intentando separarme de él.

—En serio, Lorena, cállate y... —No terminó la frase, pero me cogió de la cintura y me subió encima de una caja llena de latas de tomate.

Acomodó su cuerpo entre mis piernas.

Pude distinguir que su pene estaba presto para darme toda la atención que

requiriese el momento. Sus manos bajaron de mi cintura a mis piernas, recorriendo toda la longitud de la falda, para después volver a subirlas por debajo de la tela. Mi respiración se iba acelerando por segundos, pero lo más alucinante era que ni él ni yo dejábamos de mirarnos. Seguíamos sin poder apartar la vista, como la primera vez. Había algo especial entre nosotros, una extraña unión que iba más allá del mero contacto físico.

Sus manos engancharon los lados de mis braguitas y al moverme yo para ayudarlo a quitármelas, lo que hizo me dejó sin aliento. Tiró de ellas rompiéndolas:

—¡Mark! —exclamé, llevada por la sorpresa.

—Chist —me susurró para, inmediatamente, abalanzarse sobre mis labios con gesto posesivo.

No íbamos a hacer el amor, eso estaba claro. Ya no sólo por el lugar en el que nos encontrábamos, sino por la forma en que Mark me trataba.

Su lengua se abrió paso con urgencia en mi boca, que la recibió ansiosamente, mientras yo me sujetaba con fuerza en el borde de la caja en la que estaba sentada. Al separarse de mi boca, Mark se agachó, acercándose con gesto felino a mi sexo. Yo notaba su aliento cerca; su respiración era más sosegada que la mía.

Y ahí estaba, la corriente eléctrica sacudió mi cuerpo cuando su húmeda lengua tocó mi clítoris anhelante. Sólo fue un pequeño roce, pero todas las células de mi cuerpo lo esperaban. Otro pequeño roce con pericia y luego un recorrido a su alrededor hasta posarse en la entrada de mi vagina. Me chupaba, me lamía, jugaba con mi sexo de manera perversa, poniéndome la piel de gallina. Estaba deseando gritar, pero sólo podía agarrarme cada vez más fuerte a la caja. Caería desmadejada, si él no dejaba de usar sus conocimientos sobre anatomía femenina de la manera en que lo estaba haciendo.

—Mark —susurré—, para o voy a correrme ya.

—Hazlo —contestó, haciendo vibrar aún más mi clítoris—. Córrete en mi boca.

—Pero... —No se daba cuenta de que necesitaba sentirlo dentro, tenía que vibrar con él, pero Mark tenía otros planes. Y de pronto sentí cómo el orgasmo que se estaba gestando explosionaba dentro de mí. Los dedos de mi amante entraban y salían de mi vagina, acompasándose con los movimientos precisos de

su lengua, mientras mi orgasmo me dejaba sin fuerzas.

—Ahora es cuando más me gusta —susurró Mark después de incorporarse—, estás satisfecha y, para mí, más apetecible. —Y me penetró con un certero empujón que hizo que de mi garganta saliera un pequeño gemido que fue silenciado por su boca sobre la mía. Sus labios contenían mi esencia y sus movimientos hacían que la hipersensibilidad de mi sexo en ese momento pasara a un segundo plano. Lo rodeé con las piernas, espoleándolo con los talones, aún con los zapatos puestos. Sus vaivenes se hacían cada vez más insistentes, más rápidos, más fuertes y sus manos buscaban de nuevo mi clítoris para volver a estimularlo.

—Vuelve a hacerlo, acompáñame. —Y no sé si fue su voz, los movimientos de sus manos o cómo me follaba, pero estaba de nuevo al borde del orgasmo.

Y ahí estaba él, tensándose dentro de mí. Corriéndose mientras yo volvía a sentir aquella fuerte corriente que hacía que mi cuerpo se tensara también, siguiéndolo en el encuentro sexual más rápido e intenso que habíamos tenido desde que nos conocíamos.

Una vez terminada esa locura, nuestras miradas seguían sin separarse. Igual que nuestros cuerpos.

No sé si tenía que ver con mi nueva corta existencia o con que ese hombre era un mago, pero cada vez que estaba con él, sentía cosas que nunca antes había sentido. Cuando estaba dentro de mí, no quería separarme nunca, era como si mi cuerpo lo reconociera como parte suya. Quería que su esencia quedara en mi alma para siempre, no deseaba que se fuera de mi ADN, por mucho que Marisa me hubiera jurado que lo olvidaría todo y sería feliz. «No quiero, me niego, quiero hacer algo para...»

—¿Estás bien? —me preguntó Mark saliendo lentamente de mí.

—Sí, muy bien —mentí.

—Pues estás llorando. —Se subió los pantalones y me acarició la cara—. ¿Qué ocurre? ¿Te he hecho daño? ¿La caja?

—¿Esto? —Me sequé los ojos tras apartar sus manos.

—Sí, eso. —Me miró serio—. No he sentido por nadie lo que siento por ti, Lorena. No quiero hacerte daño.

—Tranquilo, Mark, son lágrimas de felicidad. La caja no tiene nada que ver —disimulé. No podía contarle nada, no quería contarle nada de lo que me

pasaba; no lo entendería y me alejaría de él.

—Lorena, me estoy enamorando de ti —confesó, posando su frente en la mía.

—Yo también de ti. —Estaba diciendo la mayor verdad de mi vida—. No sé cómo ha sido, no sé cómo ha pasado, pero yo también estoy enamorándome de ti.

Me cogió por la cintura y me bajó de la caja, poniéndome de pie frente a él.

—No me canso de ti, no me canso de estar contigo, no me canso de tener tu cuerpo junto al mío.

Me puse de puntillas y lo besé de nuevo, lo besé como si fuera la última vez que sus labios se unían a los míos.

Al separarnos, nuestros ojos se encontraron y sentí un pinchazo en el corazón. Lo abracé.

Un golpe sonó en la puerta, haciendo que nos separáramos asustados:

—¿Sí?

—Lorena, ¿estás ahí? —preguntó el chef.

—Sí, ¿por qué? —Le hice una seña a Mark para que se callase.

—Te están buscando en recepción. Han llegado más invitados.

—Ok, ya salgo. —Oí sus pasos que se alejaban—. Quédate aquí un momento y sal luego.

—No quiero, el hotel el mío y puedo hacer lo que me dé la gana —me guiñó un ojo.

—Déjate de tonterías y mantengamos las apariencias aunque sea un poquito...

—Va, tira. —Me dio un azote al volverme.

Pasé rápido por la cocina, intentando que no se me viera la cara azorada que seguramente tenía, y me paré frente a un espejo para arreglarme un poco la ropa y el pelo. Sí, lo tenía enmarañado y la cara colorada. De fijo que se me iba a notar, me dije, a la par que me encaminaba a la recepción. Allí me encontré a un tipo que era casi una caricatura de sí mismo. Eché una mirada a la chica de recepción y ella asintió:

—Hola, soy Lorena, la...

—Hola, bebéeeeeeeeeeeee. —La expresión que se me quedó debía de ser como un cuadro de Picasso—. Me superencanta estar aquí y no quería ir a mi

superhabitación antes de conocerte. —Se acercó y me dio dos sonoros besos.

—Es un placer, espero que todo sea de tu agrado durante la estancia —logré balbucear.

—Sí, todo es muy *cool*. —Giró 360 grados y volvió a quedarse en el mismo sitio con sus pantalones pitillo color rosa, su camiseta enseñando el ombligo del mismo color y una chaqueta de color plata con zapatos a juego.

—Bien, ya sabes que cualquier cosa que necesites...

—Tranqui, me voy a mi *room* y ya nos vemos luego. Sé feliz, bebé. —Y acercó al ascensor con su maleta Louis Vuitton blanca.

—¿Qué ha sido eso? —oí que una chica le preguntaba en voz baja a otra persona.

Me di la vuelta y vi a una pareja que se estaba registrando.

—Ni idea, pero lo vamos a pasar bien seguro —respondió el chico que la acompañaba, riéndose.

—Hola —volví a saludar—, soy Lorena.

—Ah, hola. —La chica se acercó—. Somos Patricia y Josep, de Los32rumbos.com.

—Encantada de poneros cara, cualquier cosa que necesitéis...

—Gracias, la cena es a las ocho, ¿no?

—Sí, y hay sorpresas.

—Pues nos vemos a esa hora —dijo él, siguiendo a la chica hasta el ascensor.

Y así pasé la mayor parte de la tarde, corriendo de un lado a otro y recibiendo a los invitados a la inauguración.

Me senté un momento en mi cama de la habitación del hotel, después de haberme duchado. Estaba cansada y, a pesar de ello, con ganas de ver lo que podía ocurrir con aquella locura que Mark y yo habíamos montado en tan poco tiempo.

Durante el cóctel de bienvenida se iba a estrenar el nuevo single de Las Nancys Rubias y lo nuevo de Fangoria. Después daríamos paso a la cena y más tarde al baile con el DJ, que aún no había llegado y eran ya casi las seis de la tarde.

—Lorena —Mark abrió la puerta hecho un basilisco—, o ponemos orden o ese grupo acaba con toda la provisión de cervezas de la noche.

—¿Qué pasa? —pregunté, mientras me masajeaba un pie.

—Están ensayando y creo que ya llevan unas veinte cervezas. No van a llegar sobrios y la que van a montar... —Se tumbó en la cama. Parecíamos un matrimonio al uso.

—Déjalos, seguro que no es la primera vez que la lían así, ¿hay alguien con ellos? —pregunté.

—Sí, los he dejado con el *maître*, pero con indicaciones de que me llame en cualquier momento.

—No te preocupes. —Me di la vuelta y me tumbé a su lado en la cama—. No pasará nada, ya verás.

—Eso espero. —Noté su mano dentro del albornoz—. Porque me encantaría poder...

—Para. —Rápidamente me levanté de la cama—. Eres insaciable y tenemos que trabajar.

—Tenemos tiempo para todo. —Se abalanzó sobre mí agarrándome al vuelo. Me quitó el albornoz y me dio la vuelta, poniéndome boca abajo en la cama.

—Siento romper la magia, pero tenemos que trabajar —repetí y moví el culo para echarlo.

—Hummmm —se quejó.

—Venga, a la ducha, que tenemos un simulacro de Navidad. —Me bajé de la cama.

—No quierooooo. —Alargó una mano en un extraño amago de súplica que no funcionó.

—Te espero abajo —le dije tras vestirme, guiñándole un ojo.

## 10

El ruido era ensordecedor. Habían dejado las puertas de la sala abiertas y todo el ritmo de la música se colaba en la recepción.

Si lo que queríamos era que la presentación fuera una sorpresa, me parecía a mí que nos íbamos a quedar con las ganas.

Me acerqué rápidamente para cerrar la puerta e intentar molestar menos; sólo faltaba media hora para que se marcharan a sus habitaciones y comenzara todo el evento, pero algo me llamó la atención. La música dejó de sonar y los de Fangoria quisieron volver a subir al escenario para repasar los acordes de una canción:

—¿Y si cambiamos la segunda y tocamos la de *Ángel negro*? —Nacho miró a Alaska.

—Sí, Olvidito. —afirmó Mario, brillante de sudor de su anterior actuación y con una cerveza en la mano.

—Yo no tengo problema si ella no lo tiene. —Y Alaska señaló con la mano la puerta semiabierta que me había delatado. Pude observar cómo las cámaras también seguían su gesto.

—¿Y ella qué tiene que ver? —preguntó ceñudo Nacho Canut.

—Ella decide —contestó Alaska, seria—, y sé perfectamente por qué.

—¿Yo? —Salí de mi mal escondite acercándome a ellos, no sin antes cerrar la puerta.

—¿Una cervecita? —me ofreció Juanpe y yo la cogí para tomármela sin remordimiento.

—Sí, tú.

—A mí me parece bien que toquéis lo que queráis. —Una cámara se puso

frente a mi cara, incomodándome.

—Pues a mí me gustaría que me explicaras a qué viene esto, Olvido — insistió Nacho.

—¿Podemos cambiar los ritmos y todo? —preguntó ella. Nacho asintió—. Pues entonces empieza y veamos qué tal suenan los acordes.

Después de darle a una serie de botones, tocar unos cuantos acordes y ver que todo funcionaba a la perfección, un sonido profundo se apoderó de la sala. Se hizo el silencio entre los que estábamos en la sala y la voz de Alaska reverberó a través del micrófono:

Aquella noche de silencio y dolor,  
De lágrimas rotas, aceros enredados y goma.  
Nunca despertaste más y tus alas se volvieron negras.  
Un Ángel de color oscuro y siniestro,  
Un Ángel de horror se apodera de tu corazón.  
Salva tu alma, salva a tu dolor.  
Corre por lo que no tuviste, corre por ti.  
Ya no queda tiempo, ya quedó atrás.  
Tus alas son negras, sólo puedes volar...

La música terminó, ni siquiera era una canción completa, sino algo como un pequeño interludio.

—¡Me encanta cómo ha quedado! —saltó Mario.

—No está mal, ¿verdad? —Finalmente, Nacho sonrió.

—¿Y si empezamos con esta canción y después seguimos con las dos que teníamos pensadas? —propuso Alaska.

—Sin problema.

—Es muy bonita —dije yo con la cerveza en la mano.

—Sabía que te gustaría. —Alaska sonrió y, sin más, dio media vuelta para bajarse del escenario y marcharse—. Vamos, Marito, a ducharse. ¡Amigas, que hay que trabajar!

—¡Vamos! —saltó Marta, dejando su bebida en la bandeja.

—¡Mirad quién entra por la puertaaaaaaaaa! —Mario gritó como una loca—. ¡Maricón! ¿Qué haces aquííí? —Y se lanzó hacia un tío alto y rubio, con unos ojos preciosos.

—Ça va? —respondió el otro en francés.

—Laurent, *comment ça va?* —Nacho se acercó también.

—¿Pinchas aquí? —le preguntaron.

—Sí, me han contratado para un evento esta noche.

—¿Ha venido Laura?

—Sí, está en recepción. Se ha retrasado el avión y ha sido un caos.

—Mira —dijo Juanpe—, aquí está la que lo organiza todo, Lorena.

—Encantada —le dije, tendiéndole la mano para presentarme. Finalmente podía respirar, sabiendo que el DJ ya estaba también allí—. ¿Os conocéis?

—Sí —respondió Nacho—, Alaska y él han pinchado muchas veces juntos.

—Es verdad.

—¿Cielo? —Una fabulosa rubia con rasgos muy marcados entró por la puerta.

—Laura —Laurent la cogió de la cintura, acercándola—, mira quiénes están aquí.

—¡Chicos! —los saludó ella a todos.

—Bueno, ya que todo está en orden, me voy a otro sitio a ver cómo va.

—Sí, ya tenemos los horarios y todo. Nosotros nos iremos a duchar.

—Perfecto —dijo el DJ—, yo pruebo el sonido y nosotros también subimos. ¿Te quedas, Nacho?

—*Oui* —contestó éste y yo dejé aquella sala llena de gente, cámaras y técnicos para dirigirme al restaurante y comprobar que no hubiese ningún problema.

Recé como una tonta para que todo saliera bien.

Rezar. Me hizo gracia pensar que, si quería, podía tener casi hilo directo con algo que se parecía mucho a la divinidad.

Noté que alguien me tocaba en el hombro, mientras yo me dirigía hacia la otra sala.

—¿Disculpa? —Me volví y vi que era Alaska.

—Sí, dime qué necesitas. —Vi que una cámara salía al pasillo, pero ella levantó una mano indicándole que se fuera. Lo hizo.

—Quería preguntarte sobre la canción, ¿te ha gustado?

—Ah. —Tragué saliva—. Me ha gustado mucho, la verdad.

—Tienes ángel, querida. No suelo acercarme a la gente, pero creo que escondes algo. No es malo, siento como si la bondad te rodeara... pero te ha

pasado algo.

—Sí. —Intentaba que no se me saltaran las lágrimas—. Digamos que esto lo estoy haciendo por amor, y que es mi última oportunidad.

—Nunca desaproveches los momentos. Hazme caso, puede que todo cambie.

—Lo dudo —respondí, dejando finalmente caer una lágrima.

—Nada es imposible, el universo nos da múltiples opciones y hemos de saber cuál es la nuestra. Hazme caso, esto que tienes no va a desaparecer.

—No lo creo, pero muchas gracias. —Y me dispuse a marcharme.

—Es fantástico haber conocido a un ángel, cuando se lo diga a Marito no me va a creer. —Alaska sonrió y volvió con el grupo.

# 11

—¡Más vino! —gritó alguien de una de las mesas que ya estaban siendo servidas.

—¿Quieres callarte ya, Menchu? —saltó un compañero, con un cuaderno de notas en la mano—. Necesito que hagas fotos, ¿podrás?

—Sí, pero con una copa de vino lo haré mejor —respondió ella.

—Hola, bebés. —Vestido ahora de color oro, el bloguero de moda se estaba sentando a aquella mesa—. Creo que me toca cenar con vosotros. Muy *cool* todo, ¿no?

—Sí, la verdad es que está bastante bien organizado —dijo una chica de pelo largo moreno y gafas de pasta, mientras escribía en su móvil sin levantar la cabeza para saludar y tomaba fotos de los vasos, las lámparas y demás.

Mark hablaba con cada uno de los invitados. Los habíamos colocado en dos mesas grandes, para que así pudieran hablar entre ellos. No los separamos por egos o por seguidores, simplemente intercalamos los apellidos y *voilà*, teníamos un par de mesas llenas de blogueros, periodistas e *influencers*.

La cena iba discurriendo tal como habíamos planeado, mientras en la otra sala ya estaban, sin que lo supieran los invitados, Fangoria, las Nancys Rubias y el DJ Saint Etienne. Así que, aunque mis nervios iban calmándose un poquito, hasta que estuviera todo terminado...

«Bip, bip», un mensaje en mi móvil.

Lo cogí y miré la pantalla. No era un mensaje, sino cientos de alertas que me avisaban de que en las redes se empezaba a hablar del hotel, de la cena, del evento.

—Madre mía —dije—, y aún no saben lo que les espera...

—¿Qué es lo que no saben? —Mark se acercó y posó una mano en mi cintura disimuladamente.

—Mira. —Le enseñé el móvil y su cara cambió—. No quiero ni pensar qué va a pasar cuando la gente se entere de quiénes están actuando en directo.

—Creo que voy a decirles a dos chicos que se pongan en la puerta en cuanto empiece el concierto.

—Pues ve haciéndolo, que esto empieza ya.

La música de *Ángel negro* comenzó a sonar queda y en ese momento invitamos a los comensales a que fueran a la otra sala.

Se empezaron a oír gritos de sorpresa y los flashes se disparaban sin parar. En ese instante, mi móvil se volvió loco, con las alertas saltando sin descanso.

Ahí estaba yo, entre las dos salas, sonriendo, mientras Mark, que ya había solucionado lo de la puerta, iba de un lado a otro ocupándose de todo lo necesario para que el fin de fiesta fuera perfecto.

Respiré hondo y entré en el restaurante, ahora en silencio. Me senté en una de las sillas y sonreí como una idiota, mientras miraba el teléfono móvil.

Cerré los ojos y...

—Oye, esto mola, ¿no? —Vi a Marisa bailando como una loca.

—La verdad es que sí, está saliendo muy bien —le contesté sin dejar de sonreír.

—Me parece que al final he arreglado el asunto mejor de lo que pensaba —continuó, dándole un traguito a su bebida—. ¿Quieres?

—Pues mira, no te voy a decir que no. —Alargué la mano para coger el vaso que me ofrecía—. Con todos estos preparativos y nervios, no he comido ni bebido nada desde la tarde.

—Pues venga...

—Hummmmm, agua fresca, qué rica...

—¿Sólo querías agua? —preguntó Marisa sorprendida—. Creía que te apetecería un mojito o algo así.

—Noooo, aguaaaaaa. Tengo sed de todo el día.

—Jajajaja. —Ella seguía bailando—. Lo bueno que tiene la ambrosía es que cuando te canses del agua sabrá a otra cosa.

—Eso me encanta.

—Pues ve acostumbándote. —Su expresión cambió y paró de bailar.

—¿Por qué? —pregunté tontamente, aunque sabía la respuesta.

—Lo estás haciendo muy bien y es posible que se adelante tu...

—Ya. —Bajé la cabeza—. No quiero. ¿Se puede hacer algo?

—No. Y ya lo sabes.

—¿Atrasarlo? —le pedí.

—No está en mi mano. Al parecer eres más buena de lo que se pensaba y lo has arreglado todo fantásticamente bien.

—No quiero irme tan rápido —suspiré, apretando el vaso entre mis manos y cerrando los ojos con fuerza para no echarme a llorar—. No quiero irme.

—¿Lorena? —Mark me acarició la mejilla, al ver que tenía los ojos cerrados.

—¿Sí? —Los abrí inmediatamente y me di cuenta de que estaba sentada en el mismo sitio del restaurante—. ¿Qué necesitas?

—Nada. —Se puso en cuclillas para colocarse a mi altura—. Es que todo ha terminado ya y no te encontraba.

—¿Ya? ¿Todo ha terminado? —Me levanté como un resorte, sintiendo que me había perdido algo.

—Sí, pero tranquila, ya está todo recogido y cada mochuelo en su olivo, incluidos los músicos. Y nosotros a punto de irnos a dormir.

—Pero ¿qué hora es? —pregunté, cogiendo mi móvil para mirarlo.

—Son las dos de la madrugada. —Se levantó y se quedó de pie a mi lado—. Quedan cuatro rezagados tomando la última copa, pero dicen los chicos que se quedan ellos.

—No sé cómo se me ha pasado el tiempo tan rápido.

—Tranquila —sonrió—, a mí me ha pasado lo mismo. Se me ha ido volando. —Alargó una mano y entrelazó los dedos con los míos—. ¿Nos vamos a dormir?

—Yo debería irme a mi casa. —Estaba muy asustada. Me iba a ir antes de tiempo.

—Anda, estás muy cansada, quédate esta noche y mañana ya hablamos. Sé que no puedes vivir en el hotel, pero tengo... bueno, mañana hablamos. —Me besó suavemente en los labios.

No discutí, me dejé llevar por el aroma que desprendía su cuerpo. Por las caricias de su mano en la mía. Por sus ojos verdes, que me traspasaban cada vez que me miraba y temía que de ese modo viera mi verdad. Me dejé llevar por su dulce voz cada vez que me susurraba una cosa bonita.

Quería dejarme llevar por él y para siempre. Pero el para siempre se había borrado de mi mente para convertirse en un «hasta que me dejen».

—No sé qué me das que me hace volar —canturreó Mark, abrazándome por la espalda.

—No sabía que fueses fan de Fangoria —le dije, sintiéndome más protegida que en toda mi vida.

—Yo tampoco, hasta que los he escuchado y he visto que me sonaba alguna canción suya. —Me besó el cuello a la espera de que la puerta del ascensor se abriera.

—Yo no quiero parar de volar. —Me di la vuelta para encararlo.

Nuestras miradas se encontraron como si de dos imanes eléctricos se trataran. Fuertes, intensas e imposibles de separar. Acerqué mi boca a la suya despacio, muy lentamente. Tanto que sentía cómo la electricidad estática se metía entre mis huesos de una manera descontrolada.

La puerta del ascensor se abrió de repente:

—Uy, amigas. —Los dos saltamos como un resorte, separándonos—. Creo que he interrumpido un momento de película. —Era Mario Vaquerizo.

—Bueno —Mark sonrió—, un poco sí. —Me cogió de la mano—. Pero ahora lo retomaremos en la habitación.

—Eso —aplaudí Mario con ganas— y que se caigan los cimientos del hotel.

—¡Chist! —Una cabeza apareció por una de las puertas del pasillo—. Algunos queremos *sleep*. —Era uno de los blogueros, que pedía silencio.

—Perdón —se disculpó Mario—. Bueno, amigas, yo me bajo a tomar algo, que me han dicho que aún hay posibilidades y me lo he pasado de muerte, ¡jajajajaja! —rio escandalosamente mientras mandaba un mensaje para que otros del grupo se le unieran.

—El bar estará abierto hasta que queráis —dijo Mark—. Ya me encargo yo de avisar a recepción.

—Gracias —respondieron Mario y los tres que se habían apuntado, mientras nosotros entrábamos en el ascensor.

Al cerrarse la puerta, Mark y yo volvimos a mirarnos, pero esta vez fue la risa la que se apoderó de nosotros.

—Esto ha sido casi un *coitus interruptus* —le dije.

—No sé si *interruptus*, pero si un comienzo accidentado. —Volvió a ponerse serio y abrió la puerta de la habitación donde dormíamos.

Y en el momento en que sonó el clic del pestillo, Mark retomó su actividad.

Su cuerpo se apretó contra el mío, que igualmente se lanzaba a su encuentro, desesperado. Era como si la necesidad de unirnos fuera tan grande que ni siquiera pudiésemos esperar a tomar conciencia de nuestros propios movimientos.

La ropa voló a nuestro alrededor, y nosotros nos acariciábamos sin pensar en mañana, sólo existía el hoy y el ahora.

Vaivenes de locura mecían nuestra acuciante necesidad mientras nos apoyábamos en la pared. Su lengua en mi cuello, mis labios en el lóbulo de su oreja, una mano sujetándome una nalga, otra agarrando su miembro para señalarle, en caso de pérdida, cuál era su camino a casa.

Y, cuando llegó, nos miramos a los ojos. Le rodeé la cintura con las piernas y trepé a lomos de un pura sangre que empujaba su temperamento salvaje contra las colinas de mi cuerpo. Un valle, una montaña, un río que hay que saltar, otro pequeño montículo y allí, en la cima, vimos juntos cómo la luz de las estrellas estallaba por encima de nuestras cabezas.

Mientras recuperábamos el resuello, empezamos a tomar conciencia de que el sexo, en nuestro caso, era salvaje cuando nuestras almas se unían.

La culpa la tenían nuestros ojos, que decían más que nuestras palabras cuando se miraban con intensidad. Ellos lo decían todo.

Tras aquella intensa cabalgada, nuestros pasos nos llevaron irremediabilmente hacia la cama.

Apenas nos dijimos nada y volvimos a compartir átomos que tal vez se quedasen dentro de nosotros para siempre.

Si algo permanece, es la energía. Si yo iba a ser energía, quería quedarme mezclada en su cuerpo.

Para siempre.

## 12

¡Dios, qué sensación tan desagradable! El sonido del teléfono era lo peor que podía oír en ese momento.

Metí la cabeza debajo de la almohada rezando para que cesara aquel impertinente tintineo. Pero no, ahí seguía, con más moral que el Alcoyano.

—¿Quieres coger el maldito teléfono? —casi gruñó Mark, así que no me quedó más remedio que sacar la cabeza de la almohada como si fuera un avestruz.

Alargué la mano hacia la mesilla y cogí el móvil, mientras me levantaba de la cama para dirigirme al cuarto de baño. Eso sí, esperaba, y de verdad que lo esperaba, que no fuera Marisa la que me hacía ir al servicio para contarme algo.

—¿Sí? —respondí sin mirar la pantalla.

—Buenos días, Lorena. —Era mi jefe—. Necesitaría que vinieras a la cafetería lo antes posible.

—¿Ya está abierta? —pregunté extrañada.

—Sí, desde ayer, pero no pude localizarte.

«¿No pudo? Qué raro», pensé.

—Ah, sí. Es que me robaron el móvil y hasta ayer no lo arreglé todo —mentí con descaro.

—Bueno, da igual. Había quedado con Miguel, pero está con fiebre.

—Vale, no te preocupes, en menos de una hora me tienes allí. ¿Vale?

—Gracias, Lorena, sabía que podía contar contigo. —Y colgó el teléfono, me pareció que con una sonrisa en los labios.

Yo en cambio no sonreía. Si todo volvía a estar como al principio, quería decir que el fin de mi estancia por la Tierra estaba cerca.

Dejé de respirar un segundo. Más tarde, se me encogió el estómago y tuve que dejarme caer en el suelo del baño. Me estaba mareando, veía doble y tenía ganas de llorar. Sabía lo que me ocurría y debía pararlo de inmediato. Un ataque de ansiedad por la cercanía del final. Todo estaba acabándose y me olvidaría de Mark, de lo nuestro, de lo que sentía por él, abandonaría al amor de mi vida sin haber podido conocernos más. Le amaba.

Un golpecito en la puerta del baño me devolvió a la realidad:

—¿Todo bien?

Era él, el hombre al que abandonaría. Sólo me quedaba el consuelo de pensar que no se acordaría de mí. No, ese pensamiento no me ayudaba nada, me dolía aún más pensar que ni siquiera se acordaría de lo que habíamos vivido juntos.

—Sí, todo bien —respondí, abriendo la puerta.

—¿Y esa cara? —Me la acarició con suavidad, para después besar mis labios.

—Que en un rato me tengo que presentar en la cafetería, ya han abierto.

—Bueno, no pasa nada. —Trató de consolarme por lo que pensaba que me pasaba—. Nos arreglamos y te llevo.

—No, Mark. —No quería que me acompañara, necesitaba tiempo para estar sola—. Tú hoy tienes mucho trabajo supervisando qué tal todo. Y, además, yo tengo que ir a casa a cambiarme. —Sonreí de medio lado—. No puedo ir con la ropa que tengo aquí. Es demasiado elegante.

—Tienes razón, me he de quedar. —Me miró apesadumbrado—. Después de lo de anoche, he de ver qué tal va todo y hacer inventario.

—¿Lo ves? —Le di un tierno beso en los labios mientras lo abrazaba por la cintura—. Nos veremos a la hora de comer. Te lo prometo.

—Genial. —Me devolvió el abrazo y esta vez me besó en la cabeza.

Me estaba convirtiendo en la misma Lilith o en Circe, las especialistas en mentira de la mitología antigua. (Nota mental: preguntarle sobre el tema a Marisa...)

\* \* \*

Y unas horas más tarde, ahí seguía yo, dándole a las cafeteras, el caramelo líquido, nata y demás cochinas para todos aquellos a los que les daba por

entrar y pedir una de esas bebidas. Sentí la necesidad de ir al servicio, así que me fui a hacer lo que nadie podía hacer por mí; bueno, nadie menos Marisa, que tenía el poder de hacer que se me pasaran las ganas. Pero a lo que iba, al recorrer el pasillo que llevaba a los aseos, recordé la primera vez que Mark me tocó y al hacerlo sonreí como una boba, a la vez que miraba el suelo, por si acaso. Y al entrar en el servicio...

—¡Hola! ¿Cómo estás? —Otra vez aquella luz cegadora que me deslumbró.

—¡Joder! ¡Que quiero mear! —Vale, posiblemente no es lo que nadie esperaría decir en esa situación, pero leche, acababa de pensar en ella y sus ganas de no dejarme orinar y hale...

—Pues sí, querida, ha sido pensar en mí y aquí me presento —sonrió divertida, apoyada en una esquina de su impoluta mesa blanca.

—Me siento, ¿no? —pregunté.

—Si quieres, sí, pero estaremos poco tiempo. —Bebió un trago de su petaca.

—Voy a pensar que tienes un problema con la ambrosía —comenté.

—Oye, que yo puedo dejarlo cuando quiera —se defendió.

—Eso dicen todos —respondí con gesto jocoso.

—Eres una lista.

—Y tú una tocarices. —Oí el chasquido de sus dedos y de nuevo dejé de tener ganas de ir al baño.

—¿Mejor? —preguntó.

—Tú y yo tendríamos que tener una seria charla sobre los poderes paranormales, los mitos, las leyendas y, sobre todo, saber qué coño eres...

—Lo sabrás dentro de poco —respondió triste—, si no consigo cambiar esto.

—¿Qué? —Me hablaba en susurros.

—Que eso, que dentro de nada no necesitarás que te lo cuente. Ya lo verás por ti misma.

—Marisa, ¿no hay nada que hacer? Estoy enamorada de Mark, le amo. —Me puse seria.

—Lo siento mucho, Lorena, te lo advertí desde el principio. —Ella también se puso seria.

—¿Por qué todo es tan difícil? —Me llevé las manos a la cara para esconder las lágrimas.

—La vida es difícil, querida.

—Pero según tú, yo no estoy viva.

—Pero tampoco muerta en este momento —replicó.

—Es una mierda —sollocé.

—Todo es una mierda, yo también tengo mi propio calvario.

—¿Tú?

—Déjalo. —Me acarició la cara—. Estamos aquí para ayudar a la gente. Regresa, anda, y vive cada minuto como si fuera el último.

—Eso haré. —Me sequé las lágrimas.

—Yo intentaré que sea lo máximo posible, querida.

Abrí de nuevo la puerta del baño para regresar a mi trabajo.

—Oye, tu móvil no ha parado de sonar —me dijo mi compañera.

—Oh, gracias. ¿Me cubres un momento? —pregunté.

—Claro, no te has movido de la barra en toda la mañana. Tira —y sonrió.

Era una llamada de Mark. Miré mi reloj y me di cuenta de que casi era la hora de comer. Supuse que me habría llamado para preguntar cómo quedábamos. Y yo me pregunté qué haría y adónde iría. ¿A mi casa, al hotel, adónde? Volvió a sonar el teléfono. Lo miré mientras lo tenía agarrado con las dos manos. Tenía que responder. Tomé aire y descolgué:

—Hola, Mark.

—Hola, preciosa.

Sonreí aun sabiendo que no me veía.

—Hola —respondí.

—Perdona que te llame al trabajo, pero no me he podido pasar a tomar un café con cara de perro.

Me reí al recordar cómo nos conocimos.

—No pasa nada, estoy a punto de terminar.

—Vale, te llamaba por eso. —Se calló un momento—. No vamos a poder quedar hasta la tarde, tengo que ir a recoger a mi primo y su familia que llegan desde Australia.

—¿Tienes familia allí? Pero si me dijiste que...

—Sí, es cierto —contestó—. Hasta hace unos años vivía en Los Ángeles, pero luego regresó con su familia allí. Bueno, ya te lo cuento cuando nos veamos por la tarde en el hotel. ¿Ok?

—¿A alguna hora en especial? —Me había dejado un poco mosqueada.

—No, cuando tú quieras. Me gustaría que los conocieras a todos.

—De acuerdo.

—Te quiero —dijo.

—Y yo —respondí sin pensarlo mucho.

Un primo de Australia. Vale, pues como no fuera el mismísimo Lobezno, no me iba a impresionar. Eso sí que... Dejé de pensar en ese mismo instante o Marisa era capaz de traerme al propio Hugh Jackman y eso sí que mi corazón no podría aguantarlo. ¡Que esa tía estaba muy loca!

Respiré hondo un par de veces; necesitaba encontrar un poco de calma en algún pequeño rincón de mi cerebro. Llevábamos juntos apenas unas semanas y ahora me presentaba a un primo australiano. Que vale, que no es una proposición de matrimonio, pero a mí me daba miedo conocer a demasiada gente que se suponía que me iban a olvidar.

Dejé de hacer cábalas, primero porque no se me daban bien, y segundo porque no sabía si eso funcionaría con los dioses.

«Me voy a casa y esta tarde ya se verá lo que pasa.»

Resoplé mientras me quitaba el mandil y salí por la puerta después de hacer el cambio de turno.

\* \* \*

Caminaba arriba y abajo por la casa, sin ganas de estar metida allí. Fuera hacía demasiado frío, pero la verdad era que no me importaba. Me daba lo mismo. No me importaban el tiempo ni el frío ni el hambre ni el dolor... Ya no me importaba nada más que preparar el adiós. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo despedirte de alguien a quien amas? ¿Cómo decirle «te quiero» por última vez? ¿Y qué le contaba? ¿Qué explicaciones podía darle?

Eché a andar tranquilamente, con la mente en blanco, sin ganas de pensar más en mi futuro inmediato y, sin darme cuenta, acabé en el parque donde Alfonso se sentaba a ver pasar a la gente. Creo que mis piernas, por sí solas, sabían adónde tenían que ir.

Y allí estaba él, sonriendo al verme llegar por una de las callejuelas que desembocaban en la pequeña pero bonita plaza.

—¿Qué tal, Lorena?

—Bien, bueno, no sé.

—¿Qué pasa, chiquilla? O se está bien o no se está bien. Pero esas cosas se saben.

—Todo se acaba.

—Eso ya lo hemos hablado. Sí, antes o después todo termina.

—Hablo de lo mío, de lo que Mark y yo tenemos.

—Eso nunca va a acabar, el amor nunca se acaba. —Me cogió la mano—. Te lo aseguro.

—Eso sí se va a acabar. Y, desgraciadamente, del todo, eso es lo que me han dicho.

—Nunca creas lo que los demás te dicen, sólo tienes que creer en lo que tú sientes. —Me apretó la mano cariñosamente—. ¿Qué es lo que sientes?

—Que le amo, le amo tanto que me duele pensar en dejarle.

—Pues quédate con eso y estoy seguro de que no se terminará.

—Ay, Alfonso, que sí, que se acaba —insistí quejosa, sin ganas de más.

Vi que me miraba condescendiente y tuve la sensación de que sabía algo que yo desconocía, pero estaba segura de que lo veía así porque no quería marcharme. Ojalá fuera verdad que el amor no se olvidaba.

—Me tengo que ir, Alfonso. Mark me va a presentar a un primo suyo.

Sonrió.

—Ya con la familia, ¿no?

—¡Calle! —Me reí y me levanté para poner rumbo al hotel.

## 13

No tardé más de unos minutos en llegar al hotel, donde me encontré con una de esas situaciones que nadie quiere, pero que, desgraciadamente, en este país se estaban repitiendo más de lo deseable.

—¡No vas a volver a trabajar aquí! —oí gritar a un hombre en el vestíbulo—. ¡Como una vulgar puta! ¡Eso es lo que eres!

—¡Déjame en paz, déjame! —decía la chica de la recepción—. ¡Ya no soy nada tuyo! ¡No me toques!

Oí un golpe y entré corriendo. Llegué a ver cómo la chica se llevaba la mano a la cara, llorando. El energúmeno que había oído desde fuera le había dado un puñetazo y ahora la agarraba del pelo, intentando sacarla por encima del mostrador.

No lo pensé ni un segundo y, sin ningún miedo, ¿qué me podía pasar?, me lancé sobre la espalda de aquel tipo y le di un puñetazo en la cabeza.

—¡Suéltala, hijo de puta! —Creo que me poseyó el espíritu de Hulk.

—¡Otra puta golfa que quiere que la folle! —Me cogió como si fuera una pluma y me lanzó contra la pared. Eso me dolió, extrañamente me dolió mucho.

—*Let them!* —dijo una voz profunda.

—¿Y quién me va a obligar? ¿El puto Thor? —Cuando se volvió, pude ver sus ojos inyectados en sangre.

—*Fuck off! Don't you dare to touch them again or...*

Conseguí abrir los ojos e, imagino que por culpa del golpe, vi realmente a Thor. Vamos, al de la película, al de Marvel. Cerré los ojos. El golpe había sido demasiado fuerte, eso estaba claro. ¿Los ángeles también vemos visiones? Quería pensar que era humana de una manera diferente, pero que no por eso

dejaba de tener corazón, pulmones y de ahí que un golpe en la cabeza me hiciera ver cosas extrañas. Sabía que estaba intentando racionalizar que me acababan de tirar contra una dura pared y mi cabeza había dado contra ella.

¿Quién me mandaba a mí meterme donde no me llamaban? Si encima no había podido solucionar nada, porque los gritos seguían a mi alrededor.

—¡Vete a la mierda! —oí de repente.

—¡Chris! ¡Chris! —llamaron la voz de una mujer y la de Mark.

—María, ¿estás bien? —le preguntó él a la chica de recepción.

—Sí, sólo ha sido un golpe. No sé cómo ha podido encontrarme, no lo sé —decía ella—. Pero ahí está Lorena.

—¡Lorena! Llamad a la policía y que se lleven a este energúmeno. —Luego añadió en inglés—: *Chris, don't let him get away.*

—*Don't worry* —contestó el otro, al que no podía ver bien.

Mark me ayudó a levantarme y sentí una bolsa fría en la cabeza.

—¿Estás mejor? —Una suave voz femenina me tranquilizó—. Mark tiene que ir a hablar con la policía y Chris está con él. Yo me quedaré contigo.

—¿Eh? —Finalmente abrí los ojos y enfoqué a una preciosa rubia de ojos azules y sosegada mirada—. Sí, sólo ha sido un golpe. —Pero me puse en guardia—. ¡La chica!

—Tranquila —dijo ella y volvió a sentarme en la hamaca de un jardín en el que nunca había estado—, ya todo se ha arreglado.

—Pero —abrí los ojos de par en par— ¡tú! Dime que no estoy... A ver, ahora sí que me doy cuenta de que el golpe me ha afectado más de lo que pensaba. ¿Alguien puede llamar a un médico? ¡No! A un médico no, mejor dadme un Nolotil. No debo de estar muy bien, porque he visto a Thor dando golpes cual superhéroe y resulta que ahora su mujer me está cuidando.

—No te pongas nerviosa, Lorena —sonrió ella—. Y no, no estás volviéndote loca. Soy Elsa, y mi marido, Chris, era el que estaba en recepción.

—¡No me digas! ¡Era Thor! ¡Yo mato a Marisa, la matooooooooooooooooo! —Me levanté de la hamaca como un resorte.

—Siéntate, mujer —se rio Elsa—. Y no es Thor, es Chris, y es el primo de Mark.

—Me pinchan y no me sacan sangre. —Y si me ponía a pensarlo, probablemente no me la podrían sacar, porque no creía que tuviera. (Nota

mental: probar a hacerme un corte y no llamar a ningún médico.)

—¡Lorena! —Mark sonaba preocupado.

—¡Ha sido Thor! ¡Tío, el puñetero Thor! —le grité como loca—. Sólo le faltaba darle con el martillo, ha sido espectacular. Mira, como la canción de Fangoria. Es que vinieron el otro día. ¿Los conoces, Elsa?

—Le ha afectado el golpe —dijo ella— Y sí, Mario Vaquerizo fue mi representante durante mucho tiempo.

—¿Lo has oído, Mark? —Sabía que estaba hablando por los codos, pero entre el golpe, el lío y el mareo, no sabía si necesitaba un Nolotil, un chupito o directamente salir a la calle y echar a correr como una loca hasta cansarme.

—*What?* —le preguntó su marido y ella se lo explicó en voz baja.

Lo vi reírse. Sí, se reía de mí. Thor riéndose de una mortal. ¡Qué fuerte!

Pero vamos a ver, ¿quién no se iba a reír? Pero ¡Thor estaba dando leches en la recepción del hotel! Eso era de traca.

Necesitaba respirar un rato, relajarme y que mi cerebro se relajase. Lo mejor que me podría venir en ese momento era un lorazepan. Inspirar, espirar...

—Lorena, Chris es mi primo —dijo Mark tranquilamente, con una sonrisa en los labios.

—¿No conocerás también a Hugh Jackman? —le pregunté, sólo para saciar mi curiosidad.

—No, sólo a Chris. —Me dio un beso en la cabeza—. Ah, también conozco a Liam, su hermano —y se echó a reír como si no pasara nada.

Me quería morir... Uf, pero si ya lo estaba. Qué mierda.

—*Everything is ok?* —Chris se acercó a preguntar.

—Yeah, everything is fine, Chris — le respondió Mark.

\* \* \*

Aquella tarde sonreí más de lo normal. Y no sólo porque Thor me hubiera salvado la vida, sino porque dentro de mi cabeza mantenía un maravilloso diálogo de besugos entre mis pensamientos y mis deseos. Pero lo más importante era echarle la bronca a Marisa, que lo haría. También llegué a pensar que el golpe me había dejado en un estado de felicidad permanente, pero con golpes de cerebro. ¿Qué quería decir eso? Que notaba el corazón en mi cabeza gracias al

*zumbazo* que me di contra la pared. Me había afectado, punto.

Después de lo acontecido y con la medicación que me tomé, todo mejoró bastante. Thor desapareció y apareció Chris, el primo de Mark, y Elsa, su mujer española. La velada, a pesar de un primer momento, transcurrió de lo más amena.

Aquella noche cenamos en una zona del hotel que yo aún no conocía. Se trataba de un pequeño jardín interior con techo retráctil, según nos contó Mark, así podía usarse igual en invierno que en verano, porque, además se podía controlar la temperatura.

La velada fue fabulosa, Chris era un fantástico maestro de ceremonias, aunque entre chiste y chiste, siempre salía a colación mi momento de locura transitoria.

Al principio intenté justificarme, pero después de la tercera broma, sólo pude añadirme a las risas colectivas que nos echamos entre todos. Fue muy duro saber que la chica de recepción, a la que su expareja había agredido, estaba en el programa de acogida de mujeres maltratadas. Y Mark le había dado una oportunidad para comenzar de cero.

Con sólo veinte años tuvo que dejar a su familia y amigos para que aquel energúmeno no la encontrara. Lo que la policía le contó a Mark era que no tenían ni idea de cómo había podido localizarla. Daba igual, ya estaba solucionado. Al tipo lo habían metido en el calabozo y al día siguiente Mark hablaría con la ONG con la que colaboraba para que la joven pudiese recuperar la tranquilidad.

Todo lo que cenamos estaba delicioso, pero era tarde y yo estaba pensando en marcharme. Mark lo notó.

—¿Te quedas a dormir? —me susurró al oído, mientras su primo y la *fantabulosa* Elsa se hacían un par o mil arrumacos.

—No debería, tengo que ir mañana a trabajar.

—¿A qué hora entras? —Me acarició la pierna por debajo de la mesa.

—Creo que por la tarde, déjame que lo mire. —Busqué el móvil en el bolso y, mientras, la mano de Mark pasó por encima de mi rodilla con destino bien conocido por mí, mi sexo.

—Te necesito.

Y me encontró. Posó la mano por encima de la ropa interior y de las medias.

No sé cómo lo hizo sin que nadie se diera cuenta, pero las rompió, había un agujero en ellas que antes no estaba y su dedo se deslizó por él hasta encontrar mi tanga y apartarlo para deslizar un dedo en mi interior.

—¡Mark! —Casi salté de la silla, avergonzada.

—Chist —me susurró disimuladamente para que me estuviera quieta—. ¿Os ha gustado el postre? —preguntó en inglés para que todos lo entendiéramos.

—Sí —contestó Elsa—, pero me temo que nosotros nos vamos a ir a la cama. Estamos un poco cansados con el cambio de horario.

—Oh —dije yo. Pareció que me lamentaba por su marcha, pero en realidad era por culpa del dedo de Mark, que se movía más rápido—. ¿Mañana nos veremos? —disimulé.

—Claro. —Elsa fue la que contestó—. Aún vamos a estar un par de días. —Se levantó de la mesa, mientras Chris la miraba extrañado, con medio postre por comer—. Vamos, cielo.

—*I'm hungry* —dijo.

—*Me too* —respondió ella y le guiñó un ojo.

Y el mismo dios del Trueno se apartó de la mesa casi dejando caer la silla y saliendo con su mujer.

—Mark, estás loco. —Sentí que sacaba el dedo de mi vagina.

—Quítate las medias —gruñó con una voz que no reconocía.

—¿Cómo? —Agarré con fuerza la cuchara del postre.

—Ponte allí. —Señaló una de las hamacas—. Pero antes dame las medias.

—¿Y si viene alguien? ¿Y si nos ven?

—Dame las medias —repitió y yo me puse nerviosa, pero no le pregunté más.

## 14

Verdaderamente aquello estaba subiendo de temperatura sin remedio. Y yo estaba dispuesta a hacer todo lo necesario para que no bajara ni un grado.

Me separé un poco de Mark y de la mesa, eché la silla hacia atrás, me quité un zapato y luego el otro y me bajé las medias.

Me excitaba saber que su mente estaba maquinando para someterme a sus deseos.

—Vuelve a ponerte los zapatos.

Ni siquiera dudé. Me los puse y, al levantarme de la silla, me tendió una mano, quería las medias. Se las di e inmediatamente me fui al lugar donde me había indicado, una hamaca. Estaba asustada, tenía miedo de que alguien nos pudiera ver. Gilipolleces, sí, pero lo cortés no quita lo valiente y de eso yo tenía poco, de valentía, vamos.

Pero ahora estaba en una hamaca, sin medias, en un jardín de invierno, y viendo cómo una pantera se acercaba a mí sin posibilidad de escape.

—Tenía ganas de hacerte esto. —Me agarró las dos manos y me las subió por encima de la cabeza. Con las medias me las amarró a la hamaca.

—Me asusté por un momento.

—Tranquila. —Me acarició los brazos—. Si no te sientes segura, dímelo.

—No es eso, es que me da... ¿Y si viene alguien?

—No vendrá nadie. Vas a tener la suerte de que le he pedido a todo el mundo que no vengán, que no molesten a mi primo, que está de incógnito. De eso te vas a librar.

—¿Y de ti no me voy a librar? —respondí, intentando soltar mis ataduras.

—No vas a poder —dijo, besándome en los labios con una inusitada pasión

incontrolada.

Yo respondía a sus acometidas de la única manera que podía, ahogándome con él, pues no podía acariciarlo o atraerlo hacia mí. Sólo me quedaba levantar la cabeza y seguirlo.

Sus manos jugaban con mi cuerpo. Me abrió la camisa y me sacó los pechos por encima del sujetador. Sus labios jugaban con mis pezones, mientras se abría paso hacia mi sexo.

—Siento que sea tan rápido, pero te necesito demasiado. —Y noté su miembro dentro de mí, con urgencia, con ganas, con necesidad.

Tener las manos atadas me hacía sentir incompleta; era una sensación estúpida, porque de ello dependía el juego erótico en el que habíamos entrado. Yo quería tocarlo, amarrarlo a mi cuerpo al sentir sus embestidas, pero lo único que podía hacer era clavarle los tacones.

Su lengua continuaba excitando mis pezones, su pene entrando y saliendo de mi cuerpo y sus dedos acariciando mi clítoris.

Mis manos, yo sólo quería tener las manos libres para...

—¡Oh! —Ahí estaba mi orgasmo—. Me voy a correr.

—Hazlo y verás. —Su mano, para ser exactos su pulgar, excitó mi clítoris hasta que ya no pude más y grité.

Al hacerlo, sus dientes se cerraron sobre uno de mis pezones, mordiéndolo un poco más fuerte, lo suficiente como para hacerme sentir algo de dolor y convertir mi orgasmo casi en un alarido, que creo que se debió de oír hasta dos calles más allá.

Tumbada lacia en la hamaca, intentaba recuperarme de esa acometida, pero Mark no me dio ni un segundo de descanso, pues salió de mí y me dio la vuelta.

—Ponte a cuatro patas.

De nuevo hice lo que me pedía.

Se puso a mi espalda y me sujetó las caderas con sus grandes manos. Notaba su respiración entrecortada y cálida acercándose a mis nalgas, su lengua se paseó por mi clítoris, la vagina y acabó en mi ano.

—¿Mark? —pregunté con algo de reticencia.

—¿Lo quieres probar?

Asentí sin dudarle. Estaba muy excitada.

—Nunca lo he hecho —le confesé.

—Se trata de confianza y tranquilidad. No es fácil, pero te prometo que en el momento en que esté dentro, vas a sentir un orgasmo nuevo. —Paseaba su lengua por mi ano, humedeciéndolo, entrando en él con suavidad.

Al principio todos mis músculos se agarrotaron al notar su dedo pasar de mi húmeda vagina a mi ano, provocándome, tocándolo, abriéndolo.

Oí el rasgado de lo que parecía el estuche de un preservativo. Desde aquella primera noche nunca más nos preocupamos por ese asunto, pero tenía la sensación de que esa vez Mark lo tenía todo pensado.

—Voy a intentar entrar despacio, respira.

Casi preferí que no me dijera nada y que él hiciera lo que se suponía que tenía que hacer.

Noté un tirón y me tensé, pero la mano de Mark se acercó a mi clítoris, lo masajeó e hizo que mi cuerpo respondiera.

Entró en mí suave pero decidido.

Me pilló de imprevisto, pero no sentí dolor. Sólo el tirón, que se convirtió en excitación mezclada con un poco de molestia.

Era lo que algunos podían llamar llegar al placer por el dolor, pero muy ligero.

Cuando Mark sintió que me relajaba, comenzó a moverse despacio. Bombeaba lentamente, conteniéndose. Pero yo lo azucé a que siguiera, a que se liberara, ya que yo me estaba sobreexcitando. Necesitaba que me penetrara con fuerza, que me tocara.

Lo hizo inmediatamente. Su cuerpo respondió a su propia necesidad. Tocaba mi clítoris haciendo que dentro de mí volviera a crearse la necesidad de explotar. En mi cuerpo se gestaba otro orgasmo.

Mark se estaba conteniendo, lo notaba:

—Cuando te corras, avísame —me dijo.

No tuvo que esperar mucho, mi cuerpo se sacudió en un espasmo involuntario que me recorrió entera. El placer del orgasmo se unió a otro ligero placer extraño, y justo en ese momento Mark dio unos cuantos empujones más fuertes y se corrió.

Caímos desmadejados sobre la hamaca.

Él se dio unos segundos antes de salir de mí y empezar a desatarme.

Me puse roja, estaba azorada. Él lo notó:

—¿Estás bien? ¿Te he forzado a hacer algo que no querías? —Se puso nervioso mientras lo preguntaba.

—No —me volví para ponerme la ropa e intentar aparentar tranquilidad—, pero ha sido demasiado intenso.

—¿Por qué no me has dicho nada? —Se puso más nervioso.

—Mark, tranquilo, me ha gustado, lo que pasa es que es la primera vez y me ha dado un ataque de vergüenza.

Se abalanzó hacia mí para abrazarme; ya estaba vestido, como yo:

—Nunca tengas vergüenza conmigo. Además, espero probar un par o tres cosas más contigo.

Su tono me hizo sonreír:

—¿Podré experimentar yo también contigo? —solté sin pensar en el poco tiempo que nos quedaba.

—Por supuesto que sí. —Me besó en la cabeza.

Aún me sentía azorada cuando subíamos a la habitación del hotel. Aquello se me estaba escapando de las manos. Las cosas que Mark y yo hacíamos eran más de una pareja que se conocía desde hacía mucho tiempo que una que llevaba menos de un mes juntos.

Podía entender que fuera producto de mi necesidad de unirme a él, pero ¿qué podía llevarlo a él a sentirse tan bien conmigo?

No dejaba de hacerme mil preguntas, empujada posiblemente por la necesidad de darle un sentido a todo lo que me estaba sucediendo. Me negaba a pensar que mi misión simplemente acabaría y punto. Necesitaba comprender que lo que estaba viviendo con Mark era diferente, quería creer que no se acabaría allí.

Estaba tumbada en la cama, esperando a que Mark saliera del baño:

—Mark, ¿no tienes casa? —le pregunté, extrañada al ver que siempre se quedaba en la habitación del hotel.

Salió con el pijama puesto y mirándome divertido:

—Sí tengo casa, y la verdad es que es muy bonita, pero no tendría tiempo de ir y volver si quiero estar a tope en el hotel.

—Pues me gustaría verla un día. —Le tendí los brazos para que me acompañara en la cama.

—Cuando pase la vorágine de las Navidades iremos. —Se tumbó en la cama

a mi lado, abrazándome—. Te lo prometo.

—Vale. —Sabía que mi expresión se había tornado de tristeza.

—¿Qué pasa? —Se apartó un poco y me miró con un cariño inusitado—. Cada vez que hablo de la Navidad, tu cara cambia. ¿No te gusta esta época?

—Pues no, la verdad es que no me gusta nada la Navidad. Pero bueno... —Iba a cambiar de tema inmediatamente—. Así que primo de Thor, ¿no?

La risa de Mark inundó toda la estancia:

—Siento mucho cómo os conocisteis, pero sí, soy familiar de un dios nórdico, ¿qué te parece?

—Pues me he quedado muerta. —¡Otra vez la maldita palabrita!—. A ver, encontrármelo así, de frente, y que luego Elsa se quedara conmigo, me dejó un poco fuera de juego. Ahora aparece Pilar Rubio y prometo meterme en una clínica durante tres años para tener sus cuerpos. —Mala idea haber nombrado a otro famoso. ¡Marisa, NO!

—De verdad, estás fatal —dijo sin dejar de sonreír—. Tienes un cuerpo de escándalo, de esos que hacen que tengas que volverte a mirar sí o sí. Déjate de clínicas y deja que te cuente por qué ha venido Chris.

—Eso, mejor no pienso en esos cuerpos hechos para el pecado —le saqué la lengua a modo de burla.

—Qué tonta eres. —Me besó en los labios—. Están aquí de camino a Londres para grabar una película, pero le hablé a Chris del hotel y quiso pasar unos días en él para verlo. Y, claro, para verme. Piensa, que de pequeños jugábamos mucho juntos y esas cosas no se olvidan. También es verdad que cuando me vine para España dejamos de estar en contacto. Menos mal que las nuevas tecnologías han hecho que nos reencontremos. Fue algo casual, según me ha contado. Una vez en España, le habló a su mujer de un primo y, bueno, fue ella la que se encargó de volver a ponernos en contacto. Pero a lo que iba —tomó aire—, le ha gustado tanto el hotel, que dice que quiere formar parte del proyecto. Que quiere poner pasta para que esto funcione, la que necesite.

—¿Qué? —Salté de la cama.

—Sí. —Me agarró de la mano e hizo que volviera a sentarme en ella—. El hotel está salvado. Esto va viento en popa.

—Ya está hecho, misión cumplida —dije esas palabras sin darme cuenta, pero resonaron como el martillo del mismo dios del Trueno. «Misión cumplida»,

eso era... Ya estaba todo hecho.

—¿Lorena? —me sacó Mark de mi ensimismamiento.

—Dime. —Lo miré a los ojos intensamente.

—¿Qué te pasa? Esto no es sólo por la Navidad.

—No, no lo es Mark. —Respiré hondo—. ¿Y si un día desapareciera?

—¿Qué dices? —Se incorporó en la cama—. ¿De qué estás hablando?

De que la vida da muchas vueltas y que puede que hoy esté aquí y mañana no.

—No me estoy enterando de nada.

—La vida puede dar mil vueltas. Hoy estamos aquí y mañana no.

—Lorena, ¿no quieres seguir conmigo?

—Mark, te amo —me salió de dentro del alma.

—Y yo, pero ¿qué pasa? Me estás asustando. Si tienes una enfermedad, la podemos enfrentar juntos. Pero no...

—Sólo quiero que sepas que te amo, que te quiero mucho y te pido que si ocurre algo que no podemos controlar, no me olvides nunca.

—Pero...

—Duerme, mañana es un gran día.

## 15

Aquella mañana me levanté antes que Mark y, sin hacer ruido, me fui a mi casa a cambiarme de ropa. Ninguno de los dos había dormido bien, pero él, por lo menos, había logrado cerrar los ojos durante un rato.

Al llegar a la recepción, un guirigay lo llenaba todo. Tres niños corrían de un lado a otro mientras un cansado Chris intentaba calmarlos. Tenía pinta de que iban a ir a hacer algo fuera y que estaban preparándose para irse.

—Hola, Lorena. —Elsa se puso a mi lado, mientras, finalmente, Chris, después de saludarme con la cabeza, parece que pensó que lo mejor era unirse al «enemigo» y se puso a jugar con los niños.

—Buenos días, Elsa, veo que ya estáis preparados para salir.

—Sí, vamos a ir a hacer un par de cosas para dejarlo todo cerrado antes de irnos a Londres. ¿Te ha contado Mark las noticias?

—Anoche me lo dijo, está muy contento.

—Chris está encantado. Tenía muchas ganas de invertir en algo y creo que, además, siendo un negocio de su primo, la ilusión es mucho mayor. No sabes el cariño que le tiene.

—Eso es genial. —El círculo se cerraba perfectamente.

—La verdad es que sí, me encanta ver feliz a Chris y creo que ahora lo está.

—Siento ser una aguafiestas, pero he de ir a trabajar.

—Oh, perdona. ¿Nos vemos esta tarde?

—Seguro.

\* \* \*

A partir de ese día, a Mark le cambió el semblante por completo, su expresión era ahora simplemente de felicidad. Tenía la sensación de que la espada de Damocles que colgaba de su cabeza había desaparecido. Ya no tenía los hombros hundidos y su sonrisa era sincera.

Y yo, yo sencillamente estaba enamorada, eso lo tenía muy claro, y después de haberle visto durante los días que su primo estuvo en la ciudad, más.

Nunca había conocido a nadie que disfrutara más con las cosas sencillas de la vida. Porque, aunque Chris y Elsa estaban forrados, no los vi pedir nada raro o hacer alarde de su dinero. Lo pasaban bien con lo que tenían alrededor y, por otro lado, no había visto a Mark tan relajado en mucho tiempo. Se pasaba el rato haciendo bromas, sonreía a todas horas y, aunque no salíamos mucho del hotel, por razones obvias de seguridad de Chris y Elsa, fueron unos días maravillosos.

Ver a Mark jugar con los niños me hacía sentir nostálgica.

Lo imaginaba con sus propios hijos y se me ponía cara de idiota. Unos niños que no serían nuestros, sino suyos con alguna afortunada que lo amaría tanto o más que yo. Qué tristeza haber encontrado a mi alma gemela antes de marcharme de este mundo. Y no sabía si lo que me había sucedido era justo o no. Si lo pensaba, me habían dado la oportunidad de conocer el amor verdadero antes de irme. Pero ¿y si no me la hubieran dado? Tampoco habría pasado nada. La verdad era que no lo sabía. Pero él era feliz, sabía que lo era, y que cuando me fuera todo seguiría igual, pero sin mí.

Nadie dijo que la vida fuera justa. O no mi vida. ¿Cuánta gente habría en ese momento como yo?

—Hola —contesté al teléfono móvil.

—Hola, ¿hablo con el Hotel Boutique Outback? —preguntó una mujer. Me extrañó que alguien llamara a mi móvil preguntando por el hotel.

—Bueno, habla con el departamento de comunicación. —Hale, una invención nueva.

—Ah, bueno, es que querría hacer una reserva para Nochebuena y Navidad.

—Si me da un momento, se lo miro. —Fui a por el ordenador para mirar las reservas—. Perfecto, ya estoy delante del ordenador.

—Nos gustaría reservar habitaciones para tres matrimonios, una de ellas con camas para niños o con habitación contigua.

—Tenemos una *suite* con salón y dos habitaciones; ésa puedo adjudicarla al

matrimonio y los niños. ¿Le va bien?

—¡Perfecto! —Se notaba que estaba más tranquila—. Pensé que habría problemas; Mario me habló tan bien del hotel.

—¿Mario? —repetí.

—Sí, Mario Vaquerizo. Ah, y queremos asistir a la fantástica cena.

—De acuerdo. —Me estaba quedando de pasta de boniato.

—Pues deme los datos y les hacemos una transferencia en un momento para dejarlo reservado y pagado.

—No es necesario —le expliqué—, basta con un pequeño depósito.

—No, no, queremos dejarlo cerrado, que sé que hay mucha demanda.

—Cierto, no le voy a mentir, después de esta reserva, sólo nos quedan dos habitaciones.

—Perfecto, mire, le damos el nombre para las reservas. —Suspiró un poco—. Sólo una pregunta.

—Claro. —Ya empezábamos con las tonterías.

—¿No es un hotel muy expuesto a la calle, ni se pueden hacer fotografías desde fuera...?

—Pues no, ¿por qué? El hotel es bastante discreto.

—Perfecto pues. La reserva hay que hacerla a nombre de Pilar Rubio.

—Lo que me faltaba —me dije por lo bajo, riéndome de la coincidencia.

—¿Perdone? —oí que decía la mujer.

—Nada, perdone, es que me ha hecho gracia su nombre. Una cosa mía.

—Bueno, suele ocurrir que cuando decimos quiénes somos se queden un poco sorprendidos.

—¿Me está diciendo que es...?

Marisa era una mamona que se estaría partiendo la caja a mi costa. No sabía yo que los ángeles fueran tan cachondos.

—Por favor, le pediría que...

—Tranquila —la interrumpí—, no se preocupe. Es el lugar adecuado para estar tranquilos y pasar una buena noche. ¿Necesitarán servicio de *babysitter*?

A pesar de mis reticencias, la verdad es que fue una conversación de lo más amena y finalmente le comenté que lo mejor para no tener problemas de filtraciones a la prensa era que reservaran a nombre de la familia Rubio-Ramos.

## 16

Aquella tarde nos despedimos de Elsa, Chris y los niños. Se iban a Londres, pero con la promesa de venir mínimo dos veces al año a vernos. Chris se fue muy tranquilo dejándolo todo en manos de Mark y le prometió que no se metería en sus negocios más que para conseguir habitación de hotel cuando lo necesitara.

Yo echaría de menos tanta voráGINE.

Intentaba disimular, sonreía por fuera, pero no dejaba de llorar por dentro.

Era 23 de diciembre y el hotel estaba repleto de la gente que comenzaba a llegar. Algunos querían pasar más de una noche, a otros se los esperaba a la mañana siguiente. Estábamos muy contentos. Bueno, los empleados del hotel estaban muy contentos, yo simplemente me alegraba por ellos.

Finalmente habíamos conseguido sacar del ostracismo un fabuloso hotel en el que el trabajo y la ilusión eran lo más importante. Lo demás había quedado atrás. El silencio en los comedores, las horas muertas en la recepción, la comida echada a perder en las neveras, las camareras de las habitaciones aburridas. Todo eso ya no existía.

Las reservas cubrían las Navidades y llegaban casi hasta Semana Santa.

Y allí estaba yo, sentada en el despacho de Mark casi a última hora de la tarde, después de una intensa jornada en la cafetería.

«Tranquilidad —me dije—, que no parezca que vaya a pasar nada hoy. No va a pasar nada que no tenga que ocurrir y que yo no supiera desde el primer minuto en que conocí a Mark. Lo nuestro tenía fecha de caducidad.»

Qué lástima.

No sé por qué no dejaba de mirar el móvil. Nadie iba a llamar ya, quizá simplemente miraba cómo pasaban los minutos, demasiado rápido para lo que yo

quería. En realidad, lo que ansiaba era que no ocurriera nada, que todo fuera una pesadilla y que esa segunda oportunidad fuera para siempre.

Sí, tendría que hablar con mi familia, convencerlos de que yo era Lorena o quizá pedirle un último favor a Marisa. No sé, quizá hacer un sacrificio de sangre.

—Lorena, al fin te encuentro —fueron las primeras palabras de Mark al abrir la puerta de su despacho.

—¿Qué ocurre? —pregunté despreocupada.

—Qué entusiasmo, ¿no? —respondió él con sarcasmo inusitado.

—Ay, bueno, dime qué pasa —solté borde.

—¿Lorena?

—Perdona, Mark, es que ya sabes que no me gusta la Navidad. Siento haberlo pagado contigo.

—A ti te pasa algo más que eso. Llevas todo el día rara y aunque creas que no me he dado cuenta, estaba esperando a que me lo contaras.

—¿Yo? ¿Rara?

—Pero ¿acaso crees que no me he dado cuenta de que sonrías sin ganas? ¿Que tus ojos miran pero no ven?

—Mark, me parece que estás exagerando un poquito. —Me levanté de la silla para acercarme a él y darle un abrazo—. Anda, dime qué querías.

—No creas que te vas a escapar, esta noche seguiremos. Pero ahora necesito que vengas conmigo a la cocina para mirar un par de cosas que han traído para esta noche.

Como siempre, su gusto era exquisito. Y no sólo trajeron cosas para los comensales que estaban esa noche alojados en el hotel y para algunos clientes que sólo reservaron para cenar, pues el restaurante también había cogido bastante buena fama desde hacía tiempo, sino que algunas de las viandas tenían un destino final mucho mejor: nuestro propio paladar.

—Esta noche vamos a tener nuestra cena. —Mark me cogió la mano y me la besó.

—¿Y eso? —Sin querer, me pinzó el corazón.

—Mañana va a ser un día extraño y no sé si podremos cenar todo lo tranquilos que nos merecemos, así que adelantaremos nuestra celebración y así te parecerá diferente. No será Navidad, pero estaremos los dos.

—Oh. —Me lleve la mano libre a la boca, mientras las lágrimas comenzaban a anegar mis ojos.

—Sabía que te gustaría. —Me abrazó—. A las ocho te espero en nuestra habitación.

—¿Nos pondremos guapos? —pregunté entre sus brazos.

—Es imposible que una morenaza como tú pueda ser más guapa, pero hagámoslo especial.

—Será la noche más especial.

—Tengo que irme a cerrar unas cosas, a las ocho te espero.

Me fui a mi casa.

\* \* \*

Allí el silencio hizo que aquellas paredes se me cayeran encima. Pero en vez de esconderme y lamerme las heridas, las ganas de estar con Mark pudieron más que cualquier dolor de mi alma.

Elegí con cuidado lo que iba a llevar, desde la ropa interior hasta el vestido. Si aquélla iba a ser nuestra última vez juntos, quería que quedara la esencia de aquella noche mágica, de la última unión de nuestras almas. Estaba segura de que nuestra energía quedaría unida a los átomos más hermosos del universo.

Llevaba ropa interior de color rojo. Un sostén con transparencias y un bonito tanga de doble tira. Las medias a medio muslo me darían un punto picante.

El vestido, ajustado y provocativo, de color azul eléctrico, con escote en uve y largo justo por debajo de la rodilla. Lo acompañaría con unos zapatos del mismo tono y un precioso abrigo de color blanco.

El pelo recogido y un pintalabios rojo que destacara mi boca.

Así quería que Mark me recordara, si es que podía recordarme. Una cena, una noche inolvidable y su piel llena de carmín rojo.

Deseaba que ése fuera mi recuerdo.

A la hora convenida, llegué a la última planta del hotel, a la habitación donde había pasado más tiempo que en la que llamaba mi propia casa. Una *suite* con salón y una habitación. No había más. Pero Mark tampoco necesitaba mucho más. Me prometió llevarme a su casa después de Navidad. Eso no pasaría.

Llamé a la puerta y apareció él, guapo, elegante, atractivo como siempre.

«Qué ojos verdes tan bonitos», pensé. Llevaba un traje oscuro que parecía hecho a medida. Eso o le sentaba como un guante. Corbata de color verde, igual que su mirada, y camisa blanca.

—Hola. —Se apartó de la puerta para dejarme entrar y posó ligeramente una mano en mi cintura para besarme en los labios—. Estás espectacular.

—Tú tampoco estás nada mal —le respondí cuando su boca se separó de la mía.

—Gracias.

Me hizo pasar al salón, que era diferente de otros días. Antes era una parte más de la habitación en la que pasábamos un rato y ahora se había convertido en algo parecido a un reservado de cualquier restaurante de moda.

Unas velas encendidas sobre una mesa perfectamente puesta, con flores y una cubitera con una botella de cava.

—¿Te sirvo? —preguntó él, sabiendo lo que le respondería.

—Claro. —Dejé el abrigo en el sofá de la sala.

Un ambiente especial, con una luz especial y una compañía especial que podría convertirse en lo mejor que hubiera pasado por nuestra vida.

Hablamos del presente y del pasado, más él que yo. Procuraba mostrarme reservada, sin mentir pero sin contar. Me explicó las ilusiones respecto al hotel y un par de veces me propuso dejar la cafetería para ir a trabajar con él, pero las dos veces le dije que primero pusiera en orden su futuro, o por lo menos lo encarrilara bien, y después hablaríamos con total sinceridad.

Me estaba costando mucho, lo admito. Sólo el alcohol ayudaba a que mi tristeza se mantuviera dentro de mi estómago, en el fondo, cerca de ese sitio donde guardamos el odio y la ira.

—¿Y si te hago una pregunta? —dije.

—Llevamos toda la noche preguntándonos cosas —respondió él divertido.

—¿Crees en el más allá?

—¡Leche! —Tomó un sorbo de su bebida—. Nunca me lo he planteado. Pero supongo que sí, que hay demasiada gente que habla de estas cosas como para que no sea verdad.

—Yo no. —Levantó una ceja—. Bueno, yo no creía en el más allá, pero un accidente de coche me hizo cambiar de opinión.

—¿Tuviste un accidente de coche? —preguntó preocupado.

—¿Recuerdas que te dije que me encontraba en un momento difícil? —  
Asintió atónito—. Pues la culpa fue de un accidente de coche que me dejó bastante tocada.

—Pero ¿cómo fue? ¿Cuándo fue? —Se lo notaba cada vez más nervioso.

—Un día salí de mi trabajo con el coche, empezó a llover, dejando el suelo resbaloso por la contaminación y el agua. Alguien se saltó un semáforo en rojo cuando yo pasaba con mi coche y se estrelló contra mí. No sé si existe o no el más allá, pero cuando se supone que estaba en el hospital, en coma, vi lo que llaman el otro lado. Por eso, creo...

Mark me miraba con los ojos muy abiertos, casi como si todo lo que le estaba contando le hiciera pensar que estaba delante de una loca. Yo lo entendía.

—¿Cuándo ocurrió?

Esquivé responder a esa pregunta.

—Mark, la vida pasa muy rápido. Hay que disfrutar de todos los segundos que estamos aquí. —Sonreí y posé una mano encima de la suya.

—Sí, eso está claro. Pero ¿por qué no me has contado nunca esto?

—No me sentía preparada para explicarte el porqué de mi cambio radical de vida. ¿No te parecía raro que una licenciada en Económicas trabajara en un Starbucks?

—Claro que me lo parecía, pero respeto todas las decisiones que toman los demás. —Me apretó la mano—. Has tenido que sufrir mucho, Lorena.

—Aún sufro por lo que va a venir. —Sonreí de nuevo.

—Yo no quiero que sufras y la verdad es que esta cena era una simple excusa para pedirte una cosa.

Se me encogió el corazón al oírlo.

—Adelante, ya conoces mis secretos más oscuros —bromeé para aligerar el ambiente—. Sabes que creo en el más allá.

—Yo creo en ti, Lorena. —Metió una mano en un bolsillo y sacó una caja—. Quiero que cuando pase la Navidad, te vengas a vivir conmigo.

Un conato de llanto pugnaba por salir de mi garganta. Aquella caja contenía las llaves de una casa real, no la tarjeta de ningún hotel. Mark pretendía que nos fuéramos a vivir a aquel lugar que nunca conocería.

—Mark...

—No tienes que contestarme ahora. Sé que es una decisión difícil, teniendo

en cuenta lo poco que nos conocemos, pero quiero tenerte cerca siempre.

—Yo no sé si podré ser la persona que esperas.

Se levantó de golpe de la silla y vino a mi lado. Me levantó a mí también y, sin mediar palabra, su boca me asaltó. Lo recibí sin dudar, mientras le acariciaba las mejillas.

Quería que aquella última vez fuera inolvidable, dulce. Pero el comienzo, con ese arrebató, se intuía salvaje, como todos nuestros encuentros.

Retiró todo lo que había en la mesa rápidamente y lo dejó en una mesita auxiliar. Luego me subió encima, remangándome el vestido hasta la cintura.

—Nunca podrás defraudarme, Lorena —decía mientras se quitaba de la chaqueta y se desabrochaba el cinturón.

—No sé si seré la mujer de tu vida —respondía yo, a la vez que me bajaba el tanga.

—No lo serás, Lorena, lo eres.

Finalizó esa frase acercándose a su cuerpo y penetrándome.

La locura se desató en la habitación, nuestros jadeos inundaron la estancia y la necesidad implícita que compartíamos respondía sólo a nuestros miedos.

El mío a olvidarme de él. El suyo a perderme.

Y, por primera vez, nuestros cuerpos se acompasaron para llevarnos a lo más divino de nuestra unión. El orgasmo nos alcanzó a los dos de golpe de manera inesperada. Un espasmo lleno de intenciones, que nos dejó desmadejados en los brazos del otro.

—Esto no puede ser de una persona que no es la mujer de mi vida. —Apoyó la frente en la mía sin todavía separarnos.

—Yo sí sé que tú serás mi todo, Mark. —Lo besé de nuevo—. Llévame a la cama, quiero que esto dure toda la noche

—Te daré el cielo, si es lo que me pides.

—Dame la Tierra, dámela y amárrame a ella.

## 17

Nos despertamos el uno en brazos del otro.

La noche dio paso a la madrugada, cuando aún estábamos mirándonos a los ojos mientras hacíamos el amor. Nos mecíamos con dulzura, delicadeza y deseo contenido. No necesitábamos más que estar juntos cuando él entraba en mí, cuando todo su cuerpo se amarraba al mío con amor.

Ojalá fuera para siempre.

—Lorena, hoy va a ser un día de locos. —Me besó en los labios.

—Lo sé, es la noche —dije apesadumbrada.

—Sí, es la noche. —Mark sonrió, lo que no sabía era que mi frase era más demoledora que la suya.

—Ven aquí —le dije, antes de que saliera de la cama, y lo abracé con fuerza —. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Me besó con pasión.

Si nada lo remediaba, aquélla sería la última vez que estaríamos juntos.

Y no, no pretendía olvidarlo, por mucho que dioses ancestrales del destino se lo hubieran propuesto.

Ya me lo habían dejado claro, Marisa me lo explicó de mil maneras.

En Navidad me iría al otro lado y aquella noche era Nochebuena. En mi mente sonaba aquel tonto villancico que decía «Esta noche es Nochebuena y mañana Navidad», pero yo le cambiaba el final y decía «Despídete de todos los que te van a olvidar».

Prefería despedirme «a la francesa», o sea, sin avisar a nadie, y desaparecer haciendo mutis por el foro. Suena muy teatrero, que lo es, pero mejor salir de escena sin que nadie lo notase, que montar un numerito.

Un par de veces pensé en no abrir ninguna puerta durante el día y agarrarme a Mark sin soltarlo, como una niña pequeña que no quisiera ir al colegio, pero me temía que no iba a funcionar. Si Marisa había conseguido todo lo que había conseguido organizar allí, qué no podría hacer si levantaba los brazos y, cual bruja de película, pronunciaba algún extraño conjuro para detener el mundo y secuestrarme para ir al otro lado. No, no quiero numeritos ni trastear más en mi destino.

Así que, cercana la hora del comienzo de la locura, yo andaba echando una mano. Mark no había estado en toda la mañana en el hotel y yo anhelaba volver a verlo.

Me despedí de él por la mañana pensando que no nos veríamos nunca más, pero pedía una última vez. Un beso de despedida. Una caricia. Un «te quiero».

Por favor...

—Lorena —me llamó Mark desde el otro extremo del pasillo.

Me volví despacio, quizá los dioses se hubiesen apiadado de mí. Lo amaba tanto.

—Hola —sonreí.

—Estás guapísima. —Me cogió de la cintura acercándose a él.

—Te quiero —le solté de sopetón.

—Yo también —contestó tranquilo—. Voy a tener que ir a terminar un par de cosas para la cena.

—No te preocupes, está todo perfectamente coordinado. —Me abracé a él—. El *catering* para el aperitivo también está listo.

—Te quiero, no lo olvides —replicó él sin yo decirle nada y me apartó para besarme. Recibí sus labios de manera casi desesperada.

Cuando nos separamos, lo miré a los ojos intentando con ese gesto que mi alma se quedara dentro de él, que no me olvidara.

—Nos vemos en un rato, ¿vale? —Volvió a besarme, esta vez ligeramente, para continuar su camino.

—Sí, nos vemos. —«Mentirosa.»

Respiré despacio y me dirigí a la primera puerta que encontré. No me quedaba más remedio, sabía que no había otra salida. Agarré el pomo y lo giré lentamente.

Todo se acababa. Terminaba esa segunda oportunidad que me habían

brindado. Bueno, en realidad terminaba la misión que me habían encomendado. La segunda oportunidad me la tomé yo.

Otra vez aquella luz inundó toda mi visión. Ya estaba a merced de Marisa y toda la «corte celestial». Me imaginaba recorriendo un pasillo, mientras las arpas sonaban y angelotes de Murillo me acompañan. Pero no, cuando mis ojos se acostumbraron a la cegadora luz blanca, sólo estaba Marisa.

—Hola, Lorena, ¿preparada?

—No —solté de golpe.

—Me lo imaginaba —sonrió feliz.

—No me gusta tu sonrisa, no me gusta —negué con la cabeza a la par que lo decía.

—Siéntate. —Señaló el sofá—. Tenemos que hablar.

—Da igual, Marisa, en serio. Llévame donde tenga que ir, pero prométeme que Mark no sufrirá. Que no se acordará de mí.

—No puedo prometerte eso.

—¿Cómo? —Sonaron mil alarmas en mi cabeza.

—¿Recuerdas que te dije que la había liado parda? —Asentí con la cabeza, expectante—. Pues realmente la lie pero bien.

—Vale, ¿en qué consistió el lío? —le pregunté temerosa.

—A ver, he movido algunos hilos y he conseguido un trato.

—¿Vuelvo? —Sonreí de oreja a oreja.

—No, no vuelves. —Mi rostro reflejó de nuevo la tristeza—. Pero si me dejas, te lo cuento todo poco a poco.

—Por favor —suspiré, agarrando el reposabrazos del sofá.

Bien, aquella noche de ambrosía pura, se me fue la mano con tu humanidad y... bueno, estás embarazada.

—¿¡Qué?! —Me levanté como un resorte de mi asiento—. Pero ¿cómo...? Yo no usé protección porque... ¡Ay Dios mío! ¡Dioses! ¡Diosas! ¡Lo que sea que exista!

—Lorena, tranquila. —Se acercó y me cogió por los hombros para intentar calmarme.

—¿Y ahora qué? ¿Y mi bebé? ¿Moriremos los dos?

—Escúchame, he tenido que pagar un alto precio por lo que va a suceder. —La miré enarcando una ceja—. No me mires así, no tienes por qué saber, no lo

sabrás, bueno, da igual.

—¿Cómo que da igual? Marisa, por favor. —Necesitaba que me dijera algo.

—Calla y escucha de una vez. —Me ayudó a sentarme de nuevo y ella tomó aire—. Esta noche no vas a morir.

—¿Perdona?

—A ver, si todo marcha como debe, no vas a morir. Escucha con la tranquilidad que puedas: vas a regresar a tu cuerpo, y sí, también estarás embarazada. —Yo cada vez abría más los ojos—. Pero en este caso será Mark quien lo tenga todo en su mano. Si él no hace lo que debe hacer, finalmente morirás y el bebé también.

Comencé a llorar como una idiota, sujetándome una inexistente barriga que no creía que fuera a crecer.

—Mark no te va a olvidar, pero tendrá que buscarte y conseguir que esta noche no te desconecten. Si eso sucede —Marisa hablaba apresurada— y consigues salir adelante, que lo harás, lo recordarás todo. A Mark, tu antigua vida y también la que tuviste con él, sus vicisitudes, las tuyas durante este tiempo, pero no recordarás su nombre. Ni eso ni el nombre del hotel ni dónde estaba situado, hasta que volváis a encontraros. Si es que el destino así lo decide.

—Pero... —No me salían las palabras.

—Lorena, no hay más que hablar. No hay nada que decidir. Ya está decidido.

—¿El embarazo me ha salvado? —pregunté incrédula.

—Sí. Mi metedura de pata te ha dado la posibilidad de una segunda oportunidad. —Miró al infinito y suspiró—. Allí no juegan con las nuevas vidas, pero tampoco quieren cambiar el destino a la ligera. Han fijado unas pautas, si éstas se cumplen, os salvaréis. Aunque sea con esas premisas.

—Sí me... —rectifiqué— si nos salvamos, ¿lo recordaré todo, pero olvidaré su nombre y cómo encontrar a Mark?

—Así es.

—No hay otra opción, ¿no? —lo intenté.

—Lorena, ya está. Tienes que irte. —Se puso seria.

—De acuerdo. —Me levanté de nuevo del sofá—. ¿Adónde he de ir?

—Ven conmigo. —Me tendió la mano.

—Espera, ¿puedo escribirle una nota de despedida a Mark?

—No deberías, pero sí. Hazlo y yo la dejaré donde me digas.

Escribí algo sencillo, fácil de leer y de entender. Se la entregué a Marisa, que la cogió entre sus manos con fuerza y la hizo desaparecer.

—¿Ya está? —pregunté.

—Sí. ¿Vamos? —Me volvió a tender la mano.

—¿Me va a doler? —Estaba aterrorizada.

—Cuando llegues allí sí. Luego no, estás sedada.

—¿Te quedarás conmigo?

—Me quedaré contigo hasta que dejes de necesitarme.

—Gracias por todo. —Le di un abrazo.

—Verás como todo sale bien.

La luz blanca que inundaba el habitáculo desapareció y se convirtió en un torbellino de silencio y oscuridad.

Vértigo.

Miedo.

Silencio.

Duele, duele...

## 18

—¿Dónde está Lorena? —le preguntó Mark nervioso al cocinero.

—No lo sé, hace un rato que se ha marchado, pero no sé adónde. Me ha encargado que te dijera que si pasaba algo llamaras a este *catering*, donde te podrían ayudar, que ella ya lo había dejado todo arreglado.

—¿Ayudar?

—Sí, van a traer una serie de cosas, pero tendríamos que pedirles que nos traigan más.

—Necesito ese teléfono —dijo atropelladamente.

—Creo que lo ha dejado en la encimera de la entrada.

Mark se volvió inmediatamente para rebuscar entre la tonelada de papeles que se amontonaban en aquel lugar. Facturas, notas, albaranes...

Después de un buen rato, encontró un pequeño papel con un número de teléfono y una breve nota que hizo que se le encogiese el estómago:

Te quiero, no lo olvides nunca. No me olvides nunca.

De golpe, aquella conversación que habían tenido le vino de golpe a la cabeza.

—¿Qué coño pasa, Lorena? —Miró de nuevo el papel y lo apretó con fuerza, mientras salía de la cocina en dirección a la oficina.

No llegó siquiera a sentarse, cogió el teléfono y, mientras se lo llevaba al oído, con la mano libre dejó el papel en la mesa y comenzó a teclear los números que en él figuraban.

Los tonos no tardaron en oírse al otro lado. Uno, dos...

—Buenos días, ¿en qué podemos atenderle?

—Hola, buenos días. Soy el director del Hotel Boutique Outback y me

gustaría hablar con la persona encargada de nuestro pedido para la cena de esta noche.

—Un momento, por favor. —Comenzó a sonar una de esas músicas de espera que quizá debió de componer en un mal día un niño de diez años con un tecladito de juguete en una tarde de aburrimiento.

—Vamos, vamos... —Mark daba golpes en el respaldo de la silla.

—Hola, soy Beatriz, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, Beatriz, me llamo Mark y soy el director del Hotel Boutique Outback. Lorena, mi compañera del hotel, llamó para...

—¿Lorena? —Oyó un sonido de papeles—. No me figura aquí, nadie llamó con ese nombre.

—Sí, además tengo entendido que iba a ir por allí. Necesito que haga...

—No —lo cortó su interlocutora—, aquí no ha venido nadie. Tenemos el pedido listo y a punto de ser entregado.

—Seguro que debe de haber ido a verlos, es alta, morena, ojos castaños y con una sonrisa preciosa.

—Me recuerda mucho a una persona que...

—¡Lorena tiene que haber ido ahí!

—Tranquilícese. Siento decirle que esta mañana no ha venido nadie. Y la única Lorena que yo conozco está en coma en el hospital desde hace un mes, entre la vida y la muerte. —Mark oyó un sollozo—. Lo siento, pero es que su descripción se parece tanto a la de mi amiga...

—¿En el hospital? —Sin saber por qué, a Mark esa palabra lo puso alerta, sobre todo después de lo que Lorena le contó de su accidente y todo aquello del más allá—. ¿En qué hospital está su amiga?

—¿Por? —preguntó Beatriz.

—Simple curiosidad —mintió nervioso.

—En el Hospital Universitario. —La conversación se cortó de golpe—. ¿Hola? ¿Hola?

Mark sintió que se le encogía el estómago, se le hacía un nudo en la garganta y un impulso inexplicable lo urgía a que saliera corriendo hacia aquel hospital. Aquello no tenía ningún sentido, pero no podía dejar de pensar que la mujer que se encontraba en el hospital podría ayudarlo a librarse de esa desazón que notaba dentro de su alma.

Tenía miedo y se daba cuenta de que lo que pensaba era irracional, una locura sin sentido, un desatino que no tenía ni pies ni cabeza. No entendía por qué sentía la necesidad de ir a aquel lugar. Le dolía el estómago. Todo aquello era una idiotez.

Se cruzó con el *maître* y la recepcionista cuando se dirigía a coger el coche y les dio instrucciones precisas, dejándolo todo en sus manos si no regresaba a tiempo para la cena de Nochebuena.

Entró en su vehículo, pero justo antes de poner en marcha el motor, respiró.

Probó a tomar aire serenamente y sintió que una leve calma invadía su mente, pero sólo por un segundo. Un mensaje claro apareció en su cerebro y él inspiró hondo, intentando relajarse. Nunca había creído de esa manera en el más allá, menos aún en lo paranormal, pero en ese instante algo le decía que su sexto sentido no se estaba equivocando y que debía buscar allí, por muy loco que sonara, por muy irracional que le pareciera. Tenía que ir a aquel hospital. Tenía que averiguar qué era lo que había allí que le gritaba que fuera.

No tardó más de cuarenta minutos en llegar y aparcar en un hueco frente a la puerta de entrada. Se dirigió a la recepción para preguntar por la UCI. Cuando le indicaron la dirección, no tardó ni dos segundos en echar a correr. Lo que no tuvo en cuenta fue que a aquella zona sólo podían entrar los familiares de los enfermos y de manera muy restringida.

—¿Qué desea? —Lo paró una mujer rubia, con una bata blanca de médico.

—He venido a ver a un enfermo —respondió él casi sin resuello.

—¿Es familiar suyo?

—No, pero necesito saber si...

—Discúlpeme, pero ¿por qué cree que debo dejar que entre? Es un lugar protegido y usted parece muy alterado.

—Lo sé, sé que parezco un loco, alguien que viene aquí para hacer algún daño, pero le prometo...

—Me prometes que has venido a ver si una de las enfermas que está ahí dentro en coma es el amor de tu vida, ¿verdad? —Sonrió, clavando sus profundos ojos azules en los de él.

Mark sintió cómo una calidez inexplicable lo inundaba, lo tranquilizaba y le daba un aliento tan reconfortante como el de unos padres.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién eres? —logró balbucear dentro de su angustia.

—Digamos que soy la persona que ha estado aquí vigilando. Digamos que soy su «ángel de la guarda» —sonrió de nuevo.

—¿Lorena? —Mark miró alrededor y esperó que le ayudara a averiguar en qué habitación estaba.

—Mark —la mujer alargó una mano para tocarlo—, antes de que entres a verla, tienes que saber una cosa.

—¿Qué? Me da igual, necesito verla, necesito tocarla.

—No la vas a reconocer. Es ella, la mujer con la que has estado compartiendo este tiempo, pero no la recordarás así.

—No me importa —soltó él sin pensar—, siento algo aquí —se señaló el corazón— que me dice que es ella.

—Está muy mal, no sabemos si va a sobrevivir a esta noche, pero... —La «doctora» le agarró las manos a Mark—, puedes impedir que la desconecten.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Yo no puedo interferir más de lo que ya lo he hecho —suspiró—, y he interferido mucho y mal.

—¿Mal?

—Sí. Insiste en que no la desconecten, que te den un día más y pídeles que le hagan un chequeo completo.

—¿Cómo me van a hacer caso? Su familia no me va a...

—Preséntate como su novio, háblales de las cosas que a ella le gustan. Insiste en que aguarden a mañana.

—Pero...

—Está en esa habitación. —Señaló una a su espalda.

Mark se volvió para mirar la puerta y al ir a hablar de nuevo con aquella doctora, vio que ya no estaba. Había desaparecido. Era imposible.

\* \* \*

Había dos personas sentadas en el pasillo, esperando, y otras dos en la recepción.

—¿La han visto? —preguntó a estas últimas.

—¿A quién?

—A la mujer que había aquí, la doctora —contestó casi con los ojos

desorbitados.

—¿Doctora? —Una de ellas miró un documento que tenía delante—. En este turno sólo hay dos doctores, ninguna mujer. No sé.

Mark se quedó pensativo, sin decir nada más, no quería que lo tomaran por loco y llamaran a seguridad para que lo echaran.

Observó detenidamente a las dos enfermeras y negó con la cabeza, como quitándole importancia al asunto.

—Deben de ser las horas sin dormir, no me hagan mucho caso —se excusó, llevándose las manos a los ojos y frotándoselos en un intento de parecer cansado.

—Tranquilo —le dijeron ellas—, es mucha tensión y cansancio.

Se dio la vuelta lentamente, agachando la cabeza y los hombros, intentando parecer abatido, y se dirigió a la puerta tras la que se suponía que Lorena estaba ingresada.

Se paró delante y tomó aire una vez, dos... Alargó la mano hacia el pomo y, al abrir la puerta, un silencio aterrador lo acompañó mientras entraba. No había nadie. Aquella aséptica sala sólo estaba ocupada por la cama y la mujer que estaba tendida en ella. Su corazón comenzó a palpar de manera descontrolada y su respiración se desacompañó: estaba hiperventilando.

¿Era ella? Su cuerpo estaba laxo, rodeado de máquinas que sonaban y con un tubo en el cuello; respiraba gracias a la traqueotomía que en algún momento le debían de haber practicado. Aún tenía la cara hinchada y un grueso vendaje le cubría la cabeza. Uno de los brazos lo tenía escayolado y parecía que la pierna derecha también, a juzgar por los hierros que podía observar a través de la sábana.

Mark estaba aterrorizado. No era Lorena, no la que él había tenido entre sus brazos, no la que había amado hasta fundirse en ella.

No, no podía ser, aquel cuerpo casi desmadejado no podía ser su Lorena. No. Avanzó unos pasos más hasta llegar a su lado.

Levantó una mano para acariciarle la cara, pero se contuvo. Su mente le decía que debía tocarla, pero sus músculos se negaban a moverse. «Su» Lorena nunca había estado tan quieta.

Obligó a esa mano a posarse despacio en su rostro y, cerrando los ojos, con la yema de los dedos, sintió cómo la esencia de Lorena se metía en su alma. Era ella, no la podía reconocer tal como estaba en ese momento, pero estaba

entrando dentro de él.

Sí, Lorena estaba dentro de ese cuerpo. Ella estaba con él. Estaba a su lado, estaba seguro de que ella también lo había sentido.

Quería creerlo.

—¿Disculpe? —Una voz interrumpió sus pensamientos, asustándolo y haciendo que se apartara al instante.

—Hola —logró decir.

—¿Quién es usted? —Una mujer, acompañada de un hombre mayor le preguntaba desde la puerta, mientras ambos se acercaban nerviosos al lado de Lorena.

—Perdón, me llamo Mark y soy el novio de su hija. —Les tendió la mano, al tiempo que buscaba las palabras correctas y así ganaba tiempo para tranquilizarse.

—¿Novio? —repitió el padre bastante molesto—. ¿Novio? Vamos a ver...

—Tranquilo. —La madre le cogió la mano—. ¿Cómo es que Lorena tiene novio y nosotros no lo sabíamos?

—No hacía mucho tiempo que estábamos juntos. Casi nos estamos... —giró la cara hacia aquella mujer inconsciente en la cama— nos estábamos conociendo.

—Pero ¿cómo es posible que no venga hasta ahora? ¡Ahora! —El padre estaba enfadado.

—He estado de viaje y nadie me había avisado, nadie me había contado nada hasta hoy. —Agachó la cabeza sabiendo que con tantas mentiras al final lo iban a descubrir.

—Eso es imposible —se le encaró el padre—, mi hija siempre nos ha contado todo lo que ha hecho. Daba igual que fuera un chico de una semana como de tres meses.

—Eso es cierto —suspiró la madre—. Es muy reservada, pero eso nos lo habría contado.

—Estamos empezando, ya se lo he dicho. Aún no era una relación en sí, no nos íbamos a casar inmediatamente.

—No me lo creo —dijo el padre, sacando el teléfono—, voy a llamar a Bea, a ver si sabe algo.

—¿Dónde la conociste? —preguntó algo más conciliadora la madre.

—En un Starbucks, por raro que parezca. —Recordó cómo fue mirarla aquellos días en los que su mundo se venía abajo—. Y no dejó de dedicarme esa sonrisa que me conquistó, a pesar de que mi trato con ella fue de lo más desagradable. El segundo día que nos vimos, volvió a sonreírme y yo la sujeté antes de que besara el suelo por culpa de una caída. —Sonrió recordando el momento—. Tenía que invitarla, tenía que volver a verla a solas y...

—Y desde entonces se supone que estáis conociéndoos —finalizó la madre suspirando.

—Así es, me ha ayudado, me ha apoyado, me ha dado todo lo que tenía y yo... —se volvió para mirarla de nuevo— yo quiero que se quede.

—Esta noche vamos a desconectarla. Ya está decidido, queremos que sea el día de Navidad y siempre poder recordar a nuestro ángel.

—¡No! No lo hagan, por favor, esta noche no.

—Qué más da —suspiró la mujer—. Dentro de unas horas será Navidad y me dará igual que sea de noche o de día.

—No lo hagan, por favor —insistió, cogiendo a la madre de las manos y apretándoselas contra el pecho—, esta noche no. Esperen a mañana, que le hagan un último chequeo, por favor. —Las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos, porque, aunque no entendía que estuviera siguiendo aquella loca indicación que le había dado la «doctora invisible», la defendía como suya—. No lo hagan. —Las lágrimas ya rodaban sin control por sus mejillas.

—¡Fuera! —resonó la voz del padre de Lorena.

—¿Qué pasa? —preguntó la madre al verlo llegar con los de seguridad.

—Este tipo no es quien dice ser. Beatriz me ha contado que el único Mark que ella conoce ha llamado hace un rato a la oficina de nuestra hija preguntando por Lorena y ni siquiera era nuestra Lorena. Ha insistido mucho en saber en qué hospital estaba la nuestra y aquí está.

—Les prometo que conozco a su hija, que ella y yo estamos juntos. Odia el café.

—¡Fuera! —volvió a gritar el padre, mientras los de seguridad cogían a Mark de los brazos y lo sacaban de la manera más brusca que podían.

—¡Por favor! —Miró a la madre desesperado—. No lo hagan esta noche, no lo hagan y pidan una última valoración.

La mujer lo miró con los ojos llenos de lágrimas, con esas palabras

resonando dentro de su cabeza.

Su hija iba a marcharse a las doce de la noche, en la Navidad más triste de su vida, pero a la vez se convertiría en parte de esos días tan llenos de amor y felicidad que siempre habían compartido en familia. Formaría parte de las fiestas navideñas, ella sería su ángel. Pero las palabras de ese chico le llegaron muy adentro, la hicieron sentir que no pasaba nada si esperaban...

—Cariño... —llamó a su marido suavemente, cuando éste ya estaba sentado al otro lado de la cama, intentando calmarse mientras acariciaba a su hija.

## 19

—Tienes suerte de que no hayan querido llamar a la policía —le dijo uno de los de seguridad, que lo acompañó a la salida, dejándolo en la puerta.

—¿Que tengo suerte? No tengo ni una puta mierda de suerte. En esa habitación está la mujer que más he querido en toda mi vida, la mujer que lo ha dado todo por ayudarme sin pedir nada a cambio. Una mierda de suerte, ¡una mierda! —le gritó a la espalda, pues el hombre se había dado la vuelta y se estaba alejando.

Mark caminó hasta la escalera de la entrada y se sentó con la cabeza entre las piernas, llorando sin consuelo. Si ésa había sido la última vez que había visto a Lorena, no era la imagen que quería conservar. No quería ser el hombre al que habían echado de su habitación por pretender salvarla. ¿Salvarla? ¿Acaso la salvaría si sus padres le hacían caso? ¿Quizá estuviese medio loco, creyendo en visiones? ¿Qué le había pasado? ¿Y a su Lorena?

Notó una mano en el hombro que lo asustó.

—Lo siento, ya me voy —dijo, pensando que lo echaban también de allí.

—¿No te has movido de aquí? —Era la madre de Lorena.

—Eh, oh, disculpe. —Se puso de pie y la miró a la cara. También ella tenía los ojos enrojecidos.

—No te preocupes, he salido a fumar un cigarro, ¿quieres tú uno? —le ofreció a Mark, pero éste lo rechazó—. Yo también lo había dejado, pero desde que la niña está ingresada...

—Lo siento.

—Bueno, ya no hay remedio —dijo, enseñándole el paquete—. Es lo único que me calma cuando discuto con su padre y ahora acabamos de firmar un

armisticio algo tenso. ¿La quieres?

—¿Me cree? —se sorprendió él con la pregunta.

—Soy su madre y, aunque te parezca una tontería, soy de las que cree que entre madres e hijos hay un hilo invisible que hace que sintamos cosas. Suena a brujería, ¿verdad? —Dio una calada y se encogió de hombros.

—Si yo le contara en lo que creo y en lo que no puedo dejar de creer... — Sonrió.

—Pues creo que mi hija y tú tenéis algo, no sé qué es, pero está ahí. Y, lo más importante, no creo que seas un loco, como piensa mi marido. He visto algo en tus ojos que me da qué pensar. No sé.

—No quiero que se vaya. —Mark se llevó las manos a los ojos, sintiendo el escozor que era preludio de las lágrimas.

—Llora, hijo, llora. —La madre de Lorena le puso una mano en el hombro—. A mí ya no me quedan lágrimas.

—La quiero —se abalanzó a abrazarla desesperado— y no quiero perderla, no cuando todo comenzaba.

—La vida es una gran cabrona. Nos deja probar la felicidad, nos deja tenerlo todo en las manos, nos da... pero luego nos lo arrebató. Se podría decir que a mí, como su madre, me ha dado treinta y cinco años de su vida para que la disfrute. Y a ti te ha dado un tiempo para que la conozcas, para que la tengas en tu vida y no la olvides. Siempre se nos podría decir que podíamos no haberla tenido en nuestras vidas y que somos afortunados. Pero a quien lo dijera me gustaría partirle la cara, porque aquí estamos tú y yo, la que la tuvo y el que quiere tenerla...

Mark sintió el abrazo de aquella mujer y después la vio entrar de nuevo en el hospital.

No tenía nada más que hacer allí, donde no era bienvenido. No podría coger la mano de Lorena cuando se fuera.

Fue hasta su coche y paró en el primer bar que encontró abierto aquella jodida Nochebuena en la que ella se marcharía y él no podría siquiera darle un beso y acariciarla por última vez.

—¡Vamos! —Un tipo le dio un empujón—. Es hora de irse a casa

—¡Eh! —Mark abrió un ojo y lo miró—. ¿Por qué no me pones la última?

—Estamos cerrando y tienes un taxi en la puerta, las llaves de tu coche las

tiene el taxista, así que vamos. —Lo cogió de los hombros y lo ayudó a levantarse.

—Gracias, pero puedo solo —respondió tambaleándose.

—Sí, venga. Veo que has tenido peor día que yo, que me ha tocado currar en Nochebuena. Así que vamos, entra en el taxi. —Lo metió dentro y le cerró la puerta.

Mark entró en el hotel haciendo verdaderas eses.

Sólo había una persona en recepción y casi estaba peor que él. Menos mal que eran las 6 de la mañana y no había nadie más. Nadie en el día en que Lorena había muerto.

No saludó.

Llamó al ascensor y subió a la última planta. Al lugar donde sus días se habían convertido en algo diferente, donde su felicidad había sido completa.

Una vez en la habitación, se dejó caer encima de la cama.

Ya no tenía lágrimas.

## 20

Cuando Mark abrió los ojos, no fue de la manera que habría esperado. El insistente sonido del teléfono retumbó en su cerebro como una taladradora hidráulica.

Tardó unos minutos en darse cuenta de dónde estaba y qué era lo que estaba atronando dentro de sus oídos.

—¿Sí? —contestó finalmente, mientras intentaba incorporar su desmadejado cuerpo en la cama.

—Señor Wedder —dijo la voz de la recepcionista—, hay una persona aquí abajo que quiere hablar con Lorena.

Se le encogió el corazón al oír su nombre:

—¿Quién es y qué quiere? —espetó.

—Dice que es un amigo suyo, que viene a darle una cosa.

—Bajo en unos momentos —contestó y colgó el auricular, intentando olvidarse del dolor de cabeza que lo estaba matando.

Con la ducha, sus pensamientos se volvieron sólo un poco más claros. Más que claros, eran flashes inconexos que se colaban en sus recuerdos. Lorena. Cables. Ventiladores para su respiración. Heridas. Morados.

Apoyó sus manos en la pared de la ducha mientras el agua caía sobre su cabeza y las lágrimas se mezclaban con ella.

La había perdido, la había dejado ir y no volvería a verla. Lorena ya debía de estar muerta. Muerta para siempre y no podría volver a tocar su piel, no volvería a acariciar su pelo, a mirar a sus oscuros ojos, no le dedicaría ya ninguna sonrisa al escuchar sus ideas.

No.

Lorena ya no estaría.

\* \* \*

—Hola, soy Mark —saludó, acercándose a aquel señor mayor que esperaba con un paquete en las manos.

—Hola, me llamo Alfonso. —Se levantó y le ofreció la mano para estrechársela—. Estoy buscando a Lorena, quería darle un detalle de Navidad.

—Lo siento. —Mark tragó saliva—. Lorena ya no está.

—Eso me han dicho, que no estaba —respondió el hombre.

—No... —Tomó aire antes de derrumbarse y echarse a llorar.

—¿Qué ha ocurrido, joven? —Alfonso lo agarró del hombro.

—Lorena ha muerto.

—¿Cómo? —El anciano se llevó a Mark a un rincón más tranquilo.

—Anoche la desconectaron de la máquina que la mantenía con vida.

—Eso no es posible. —Alfonso se quedó parado—. Ayer por la tarde vino a verme. —En realidad había ido a despedirse de él.

—Sí —Mark se derrumbó—, todo ha sido muy raro. Ella estaba aquí, pero luego resulta que no era verdad, siempre estuvo en el hospital. No era ella.

—A ver, a ver, joven, vayamos a algún sitio donde podamos estar solos y hablemos de ello.

Mark se lo llevó a una sala, donde le contó toda su historia, desde el día en que se cruzó con ella hasta sus extrañas conversaciones sobre la vida, la muerte, los ángeles guardianes y todas esas cosas en las que él nunca había creído. Y, sobre todo, su encuentro en la habitación de la UCI, cómo lo habían echado con cajas destempladas y lo que le contaron sus padres.

—Es una puta locura y si usted quiere creer que estoy loco, lo estoy. Pero por Lorena. Estoy loco porque me han dejado sin ella. Y loco por estarle contando esto a usted sin que nos conozcamos de nada.

—No creo que sea tanta la locura —sonrió Alfonso cogiéndole la mano para calmarlo—. Yo aún sigo hablando con mi mujer todas las noches. Ya hace más de quince años que murió y me responde. —Se encogió de hombros—. Por lo tanto, ¿quién soy yo para juzgarle?

—Tengo la sensación de que Lorena sigue aquí. —Se señaló el corazón con

una mano, mientras con la otra secaba las lágrimas.

—Siempre lo estará y estoy seguro de que más cerca de ti de lo que crees.

—¿Por qué dice eso? —Mark se esperaba otro milagro y pensó que ella aparecería por la puerta o...

—Porque el amor crea uniones que ni siquiera la muerte puede romper. Lorena siempre estará —finalizó, levantándose para marcharse—. Tome, era para ella. Ahora será para usted.

—¿Volveremos a vernos? —le preguntó Mark.

—Claro. Todas las tardes bajo a sentarme en la plaza que hay tres calles más allá, la de la fuente. —Y se marchó diciendo adiós con una mano.

## 21

El mes de marzo había dado una soleada bienvenida a la primavera.

Un amanecer despejado comenzó a colarse por las rendijas de una persiana a medio bajar. Los rayos de sol acariciaban con suavidad las ondulaciones del edredón, subiendo despacio hasta la cara de Mark, dormido.

Cuatro meses hacía que todo había acabado.

Su hotel se había convertido en un lugar imprescindible de la ciudad, con lo que había podido ayudar a muchas más personas en riesgo de exclusión dándoles trabajo.

Casi todos los fines de semana lo tenía lleno, sin ninguna habitación libre. Y, lo más importante, él ya no vivía allí. Se había mudado definitivamente a su casa, quizá esperanzado con la idea loca de, quién sabe, ver salir de cualquier portal a aquella mujer que se había enraizado en su mente y su corazón.

Si bien el incesante pinchazo que notaba durante las primeras semanas no había desaparecido, ahora era más parecido a un pellizco en el corazón y, aunque no le dolía, estaba allí y no quería que desapareciera.

Cuando los rayos de sol incidieron directamente en los ojos de Mark, éstos se movieron ligeramente para dar paso a un suave despertar.

Mirando a un lado y a otro, bostezó y tras desperezarse, se levantó de la cama y consultó la hora en su reloj. Sólo eran las ocho de la mañana de otro anodino sábado. Se ducharía, desayunaría e iría al hotel. ¿Qué otra cosa podría hacer? ¡Ah! Quedar por la tarde un rato con Alfonso en su banco y hablar de lo divino y lo humano...

Como ya esperaba, aquella mañana fue una más.

Ir y venir de huéspedes, facturación, proveedores, cobros.

Lorena no se le iba de la mente y, como por desgracia no tenía ni una fotografía suya, intentaba recordarla a menudo para que su rostro nunca se le borrara.

En el hotel su rutina era incesante, igual que la de sus trabajadores.

—Mark. —Martina, la joven que ahora llevaba la comunicación del hotel, lo llamó.

—Dime. —Se acercó a aquella chica a la que, aunque reconocía que era guapa y sabía que ella estaba interesada en él, no le hacía más caso del necesario.

—¿Me podrías llevar a un sitio a recoger una documentación para lo del viernes? Sé que no te apetece, pero ya que estás aquí, nos podríamos ahorrar el dinero del taxi o del parking. —Le guiñó un ojo en plan conciliador.

Le gustaba su manera de pensar.

—De acuerdo, te llevo.

Durante el trayecto, ella le habló de un concierto al que había ido el viernes por la noche. Del nuevo restaurante que habían abierto dos calles más abajo del hotel. De si ese restaurante podría o no quitarle clientes al suyo. Pero en realidad él no la estaba escuchando. Tenía un nudo en el estómago que le apareció en el momento en que puso el coche en marcha, como si fuera a suceder algo, una molesta incertidumbre.

—Mark, ¿qué te parece? —preguntó Martina.

—¿Qué? Lo siento —intentó darle una respuesta rápida—, estaba buscando aparcamiento y me he distraído.

—No te preocupes, el lunes lo hablamos. —Le dijo adiós con la mano al bajar del coche.

—¿No vuelves al hotel?

—No, me han dicho que aquí tengo para un rato, así que ya luego me voy a casa y el lunes lo vemos todo. Es sábado, desconecta un poco —añadió y le sonrió condescendiente.

—Hasta el lunes, Martina.

Arrancó el coche y, al girar por la primera calle, sintió que aquel nudo que

tenía en el estómago se le apretaba por completo. Lo que estaba viendo no podía ser real. Estaba seguro de que sus deseos le estaban jugando una mala pasada.

Frenó el vehículo en seco, dejándolo en medio de la calzada, y salió corriendo para asegurarse de que no estaba loco. Vio a Lorena doblar por la misma calle que él, o eso fue lo que sus ojos quisieron hacerle creer. Corrió detrás de ella y nada. No había nadie, nadie parecido a ella, ni siquiera una mujer.

Los sonidos ensordecedores de los cláxones de los vehículos que por su culpa se habían quedado bloqueados en la calle lo despertaron.

Echó un último vistazo, pero no, allí no había nadie. No, ella ya no estaba y él buscaba un imposible.

Después de pedir disculpas, volvió a entrar en el coche y puso rumbo al hotel.

Tenía que trabajar.

Tenía que olvidar de una vez por todas.

## 22

Bea no podía seguir viviendo con aquella losa encima.

Nunca se perdonaría saber que podía haber hecho algo y que no lo hizo.

No seguiría siendo una buena persona si no ponía remedio a la mierda en la que estaba viviendo.

No podía seguir dejándose creer que todo lo que vivió no fue real.

Y no podía hacerle eso a su mejor amiga.

No.

\* \* \*

Tardó más de la cuenta en encontrar lo que necesitaba. Sabía que estaba en alguna de las mil cajas que estaban tiradas por el suelo. La mudanza de la oficina lo estaba haciendo todo más difícil de lo normal, pero recordaba que en alguna de ellas estaba el cuaderno con el nombre.

—¡Sí! —gritó en mitad de la oficina, haciendo que varios de sus compañeros se dieran la vuelta—. Perdón.

Cogió lo que necesitaba y, tras darles dos instrucciones a sus compañeros, salió de allí como alma que lleva el diablo.

Sabía perfectamente por quién preguntar, pero no lo que diría. Esperaba que supiera perdonar su intromisión, su silencio y todo lo que hubiera podido causar.

## 23

—Pues no lo tengo yo tan claro —dijo Alfonso, que estaba sentado con Mark en su banco. Esa vez Mark había traído café.

—Tú dirás que no, pero para mí que me estoy volviendo más loco de lo normal —sentenció él.

—Que no, en serio. Con mi mujer me pasó lo mismo, creía verla por todas partes. Pero me temo que eso forma parte del duelo.

—Necesito tomarme unas vacaciones —suspiró Mark.

—De todas las cosas que has dicho, creo que es la más sensata —contestó Alfonso sonriendo.

—Pero ¿adónde me voy a ir? Si es que no me apetece hacer nada. —Mark miró al horizonte, sin fijar la vista en nada en particular.

—Puedes hacer un viaje de aventura en el que no necesites a nadie. Lo he visto por la tele, la gente se va apuntando y luego hacen un poco el cabra.

—¿Crees que debo hacer el cabra? —Mark levantó una ceja.

—Me temo que sí. Eres un tipo un poco aburrido.

—Ya, aburrido. Y me lo dice alguien cuyo mayor entretenimiento son los documentales de la 2 —se burló de él.

—Y se te olvida que también me gusta ver España Directo.

—Ojo, cuidadoooo... —se rio Mark.

—Hablando de eso —Alfonso miró su reloj—, me subo para casa, que mi hijo debe de estar llamando por Skype.

—¿Nos vemos mañana?

—Como siempre. —Y se despidieron.

\* \* \*

—Hola —se acercó a la recepción—, ¿podría hablar con el director?

—¿Quién le busca?

Ella lo pensó un segundo y respondió rápido:

—Soy una proveedora. No tengo cita con él, pero debo entregarle una documentación sobre un pedido de estas Navidades pasadas que aún tenemos pendiente.

—Un segundo. —La recepcionista llamó por teléfono al despacho de Mark, pero no lo encontró—. Lo siento, no responde al teléfono. ¿Quiere dejarle un mensaje?

—No, tranquila —suspiró—. Ya volveré.

Bea salió por la puerta del hotel hecha un basilisco, pensando en su mala suerte. ¿Cómo podía haber sido tan gilipollas todo ese tiempo?

Tenía que decírselo lo antes posible.

Sintió un topetazo antes de que hubiese salido por completo por la puerta y se dio de bruces con un hombre:

—Lo siento —se disculpó él.

—Tranquilo, estoy bien... —Bea sintió un ligero mareo.

—¡Eh! —Mark la agarró—. No se caiga. Entre conmigo un segundo, soy el director del ho...

—¡Tú! —gritó Bea, soltándose de golpe.

—Yo, sí. ¿Pasa algo? —preguntó él, mirándola extrañado.

—Sí que pasa. Y además pasa mucho. ¿Podemos hablar? —añadió de golpe y casi tartamudeando.

—A ver, tranquilícese —le dijo Mark, indicándole que la acompañase dentro—. Así podremos hablar con más sosiego, ¿quiere?

—Claro que quiero. —Bea casi hiperventilaba mientras lo seguía a donde fuera que la llevara.

—Bueno, pues aquí estamos. —Le indicó que se sentara en una de las sillas de su despacho y le ofreció un vaso de agua.

—Sí, aquí estamos —contestó ella y se bebió el vaso de agua de golpe.

Mark la miró a los ojos.

Esperando.

Ella, que había dejado el vaso en la mesa, ahora se retorció las manos, nerviosa.

—A ver —tomó aire—. Es que tengo que contarte una cosa que te puede cambiar la vida.

—¿Nos conocemos? —Apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos.

—No en persona, pero hablamos una vez por teléfono y creo que la cagué de todas todas.

—¿Cómo que la cagaste?

—Soy Bea, la amiga de Lorena. La del hospital. Soy la que les dijo a sus padres que ella no tenía novio.

—¿Cómo? —Mark se levantó de golpe de la silla, haciendo que Bea se asustase.

—Sí. Yo. Pero no quería hacerle daño a Lorena, yo no sabía nada. Lo juro. Juro que nunca me habló de ti antes de tener el accidente. No sabía nada. —Se echó a llorar desconsoladamente—. Lo siento. Lo siento.

—Tranquila. —Mark se acercó y le puso una mano en el hombro—. Lo cierto es que no se lo contamos a nadie —mintió.

—Ya, pero he sido una mala persona.

—Te lo repito, no pasa nada, ya no podemos hacer nada por ella ni por lo nuestro.

—Sí puedes. —Bea lo miró sorbiendo por la nariz.

—¿Que puedo qué? —Mark la miró desde arriba.

—Puedes hacer algo por lo vuestro —soltó la bomba.

—¿Qué?! —La sujetó por los hombros, levantándola.

—Lorena está viva —explicó, llorando desconsolada—. Está en una situación muy delicada, pero yo no quería que esto se hiciera una bola más grande.

—Tengo que ir a verla. —Mark ya estaba en la puerta.

—¡Para! Necesitas saberlo todo, tienes que saber lo que está pasando.

Más calmada, Bea comenzó un relato algo más coherente de lo que en principio se auguraba.

Finalmente, aquella noche la madre de Lorena convenció a su padre de que podían pasarla junto a su hija y que sería mejor que la desconectarán al día

siguiente a última hora. Sin decírselo a él, pidió a los médicos que le hicieran un último chequeo. Mintió diciéndoles que la había visto mover una mano. Pero aunque le hicieron caso, cosa rara, lo más extraño fue enterarse de que Lorena estaba embarazada de pocas semanas, quizá desde poco antes del accidente.

La información los trastocó a todos, tanto a médicos como a familiares. Tomaron entonces la decisión de no desconectarla y rezar para que por lo menos su hijo pudiera nacer. Y, por si la noticia fuera poco milagro, a la mañana siguiente Lorena se despertó.

Ahora, pasado el tiempo, estaba en un centro trabajando para recuperarse del todo. Quedaría perfecta con unos meses más de ejercicios, pero aún tenía flashes y decía cosas raras. Hablaba de ángeles, de bebidas con diferentes sabores, de que tenía que ayudar y de un hombre del que no recordaba el nombre, el padre de su hijo.

—Ha sido mi culpa no haber caído antes. Yo sabía que podía encontrarte — se volvió a echar a llorar—. Pero Lorena estaba descontrolada, todo era raro y sus padres discutían entre ellos. Su madre quería buscarte, su padre quería esperar. Y yo sólo pensaba en mi amiga y su recuperación.

—¿Dónde está? —A Mark le temblaban las manos.

—Necesito que me perdones por haberte escondido a Lorena. Pero creímos que era lo mejor para ella.

—Llévame a su lado, por favor.

—Vamos...

## 24

—¿Qué haces aquí? —pregunté, mirando a Marisa.

—Pues lo de siempre, venir a verte —y sonrió condescendiente.

—Pues hija, por tu culpa me están tratando de loca. Creen que hablo sola y digo cosas raras.

—Es que lo haces —se rio de mí.

—Eres una graciosa —suspiré—. Ahora que he dejado de hablar tan a menudo de ti, dicen que estoy recuperándome mucho.

—¿Lo ves? Vengo a verte y mejoras.

—Ya, pues preferiría que no vinieras y estar bien.

—Lo estarás.

—Ya, pero no lo estoy y sigo aquí, en esta habitación, embarazada e incapaz de recordar la mitad de las cosas que se supone que me han pasado. Me prometiste el cielo pero yo quería volver.

—Bueno, ésas son las consecuencias de haber hecho las cosas mal.

—¿Mal? Mal lo harías tú, querida, que yo estaba a punto de morirme —le repliqué.

—Anda, no seas tan quisquillosa. Ya te dije que en la vida todo tiene solución.

—Pues vaya solución. No me acuerdo del nombre del padre de este niño. Yo creo que eso es tener muy mala leche.

—Mira —Marisa suspiró, mientras sacaba una petaca de alguna parte y se la enseñaba—, ¿quieres?

—¿Esa agüita que te hace hacer cosas para liarla más? —Levanté una mano—. No. Además, igual convierto la ambrosía en un cubata, que me apetece, y

ahora mismo —me señalé el vientre— va a ser que no puedo.

—Que no tonta, que el lingotazo de ambrosía será para mí. Para ti se transformará en cualquier cosa sin alcohol.

—Pero, Dios —me llevé las manos a la cara con gesto de desesperación—, ¿en serio he sido tan mala en mi vida para tener que seguir con esto? Si me aprecias un poquito, ¡llévatela!

—Lo dicho, no eres ni un poquito agradecida. —Marisa se llevó la petaca a los labios y después de darle un buen trago, dijo—: Si supieras a lo que he tenido que renunciar por ti.

—¿Por mí? —Abrí los ojos de par en par—. A ver, sé que a veces soy brusca, pero debes entender que he pasado de estar viva a ser una «no muerta» y cuando vuelvo a estar viva, resulta que estoy embarazada de alguien de quien no recuerdo su nombre, pero no hago más que recordar su rostro... Comprenderás que todo se me haga un poco cuesta arriba.

—Lo dicho, eres una desagradecida. —Marisa volvió a dar buena cuenta de la petaca—. Además, estoy segura de que esto se solucionará.

—¿Y cómo? ¿Igual que la otra vez? ¿Y ahora a quién me vas a traer esta vez, a Belén Esteban? Lo de Pilar Rubio aún no te lo perdono.

—Poco bebo la verdad, poco bebo... —volvió a empinar la petaca.

—Deja ya eso mujer. —Alargué la mano y se la quité—. Si antes estaba cabreada con la vida porque me la habían quitado, ahora deben de ser las hormonas. Pero te agradezco todo lo que has hecho por mí, de verdad.

—Bueno —Marisa recuperó su petaca para guardarla—, de vez en cuando recibir un gracias es agradable. Y qué leches, que me caes bien, niña. —Se acercó para darme un abrazo y un beso—. Te dejo, viene visita. —Abrió los ojos de par en par—. Hazme caso y respira, estate tranquila por ti y por él.

—¿Es un niño? —sonreí.

—Hazme caso, has de estar tranquila por los dos.

—¿Qué dos? —Eso ya me dejó con la mosca tras la oreja, Marisa y sus adivinanzas.

Y ahí estaba yo de nuevo sola, esperando a que me dejaran salir de una puñetera vez de aquel fantástico «hotelito», con médicos que me decían que me estaba recuperando fantásticamente bien.

Ya, claro, si me estaba recuperando tan bien, ¿por qué no me dejaban irme?

¡Qué hartazgo! Suspiré, pensando en lo que aún me quedaba.

Me miré el vientre, cuya redondez estaba haciendo de mi cuerpo algo muy extraño. Cambiaba a diario, y los movimientos de aquella cosa que tenía dentro se hacían cada vez más evidentes. Pero ¿por qué no recordaba el nombre del chico, del padre, de mi pareja? ¿Por qué se había olvidado de mí? Sé que había consecuencias y que él y yo tendríamos que pagar por lo que hicimos, pero... Me acaricié el vientre.

Tal vez sólo debería pensar en el futuro y dejar esa bonita historia de amor como algo que terminó con un *The End* apoteósico. Aunque para apoteósico el parto, que ya me lo estaba imaginando.

Pasaba demasiado tiempo pensando y estaba claro que lo que tenía que hacer a partir de entonces era disfrutar, vivir la vida, aprovechar cada segundo de esa oportunidad que se me había brindado, sabiendo que después sí había algo. Algo un poco raro y parecido a un ministerio, pero al parecer sí había una vida después de la muerte.

—¡Dejadme pasar! —Se oyó un tumulto apabullante en los pasillos.

—¡Señor! ¡Señor! —Los gritos cada vez sonaban más cerca.

—¡Es aquí! —oí anonadada la voz de mi amiga Bea.

La puerta se abrió de golpe.

Instintivamente, me llevé las manos al abultado vientre y, al levantar la vista, un golpe de luz hizo que cerrara los ojos. La habitación estaba en semioscuridad y aquel fuerte cambio de luminosidad me asustó, no veía absolutamente nada.

—¡Márchense de aquí o llamaré a seguridad!

—Lorena, díles a estos hombres que soy tu amiga.

—¿Qué está pasando?

## 25

Y ahí estaba yo, protegiendo mi abultado vientre a la espera de lo que fuera que sucediera.

La semioscuridad en la que me encontraba hizo que al abrirse esa puerta sólo pudiera vislumbrar sombras. Dos, para ser más exactos.

—Lo siento mucho, Lorena. —Reconocí a la perfección la voz de Bea.

—¿Bea? —Me asusté mucho—. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que sientes?

La otra sombra, mucho más alta que ella, estaba delante. Fue la primera que entró en la habitación casi como una exhalación, aunque yo seguía sin poder distinguir quién era y, además, no hablaba.

—Señor, márchese o tendré que llamar a la policía. —La voz aguda de un empleado de la clínica rompió, de alguna manera, la extraña atmósfera creada en segundos.

—Por favor —Bea volvió a hablar—, no llame a nadie. No hay ningún problema, él es su...

Encendieron la luz de la habitación y sí, en ese instante vi a la persona que estaba junto a mi mejor amiga. Y sí, en ese momento sentí como un golpe en la boca del estómago. Y sí, en ese momento mi mente entró en caída libre.

Todos mis recuerdos regresaron a mi cerebro, sacudiendo con fuerza todo mi cuerpo.

El primer beso, la primera vez que nos acostamos, cuando caminábamos de la mano, el hotel, nuestro trabajo, el sexo, sí el mucho sexo. Todo eso se unió a su rostro, a su nombre y, como una gran maquinaria que se pusiera en marcha aparatosamente, me reconstruía.

Me mareaba.

Lo que sucedía me dolía.

Mis manos subieron de mi vientre a mi cabeza, quería que parara. Necesitaba que todo terminara ya, que encajara lo que tuviera que encajar y que terminara.

Me iba a volver loca.

—¡Ah! —grité finalmente, agachando la cabeza—. Para, para, para...

En el momento en que unas manos sujetaron mi rostro, obligándome a levantar la cabeza, paró.

Todo se detuvo y se recompuso inmediatamente. Sólo necesitábamos unir nuestras almas de nuevo.

Era lo único que deseábamos sin saberlo.

—Mark. —Al fin pude recordar el nombre. Y nuestra historia.

—Lorena. —Me miró con lágrimas en los ojos—. Lorena, Lorena...

Lloramos el uno por el otro. Dejábamos caer pedazos de nuestra tristeza, alejándola de nuestro lado.

—Eres tú, Mark. Eres tú. —Intenté levantarme a pesar de que aún me costaba demasiado moverme bien. Ya no sólo por el embarazo, sino también por las duras secuelas del accidente.

—Sí, Lorena. —me ayudó a ponerme de pie sin dejar de acariciarme.

—Te he estado esperando mucho tiempo. —Levanté las manos y le acaricié la cara. No esperé a que respondiera, me daba igual, lo besé.

Sólo quería sentir el sabor de sus labios, de su vida, de mi vida. De la vida.

Quería notar cómo la savia volvía a tomar mi cuerpo como su parque particular. Y eso ocurrió cuando sus labios se quedaron enganchados a mi boca. Nos besábamos desesperados. No importó que mi habitación estuviera llena de gente. Sólo estábamos nosotros dos, bueno, tres.

Sin yo querer, Mark separó sus labios de los míos. Su mirada pasó de mis ojos a mi vientre. Era evidente que en algún momento teníamos que hablar de ello, hay cosas que no se pueden evitar.

Pero antes de que ninguno de los dos dijéramos nada, sentí sus caricias sobre la redondez de mi vientre. Allí estaban sus manos, aceptando lo inevitable.

Teníamos varias inverosímiles conversaciones pendientes, pensé.

—Lorena —levantó la mirada de mi vientre a mis ojos—, te he llorado tanto. —Posó su rostro allí y sus brazos rodearon mi inexistente cintura.

Le acariciaba el cabello. Nuestra imagen era casi como una epifanía

esperada. Yo estaba de pie y Mark arrodillado, con la cabeza apoyada en mi vientre.

Al oír el clic de la puerta, fui consciente de que estábamos solos, solos de verdad.

—Mark —seguía acariciando su cabello—, necesito sentarme.

—Sí, perdona. —Se incorporó inmediatamente y me ayudó a recolocarme en el sillón.

—Tengo que contarte muchas cosas.

Él se acomodó en una silla que puso enfrente de mí, para cogerme la mano.

—Sé que tenemos que hablar muchas cosas, Lorena —suspiró—. Pero no sé si quiero hacerlo. Esto ha sido una pesadilla que me ha estado robando el alma. No puedo creer que haya terminado. —Me besó la palma de la mano.

—¿Y esto? —Señalé con la mirada lo evidente.

Se encogió de hombros y sonrió:

— Imagino que debe de ser un bebé, ¿no?

—¿Aún tienes ganas de reírte, con todas estas emociones?

—Tengo ganas de gritar a los cuatro vientos que estás viva, que eres tú, que no quiero volver a separarme de ti en mi vida.

—Mi historia es complicada —solté.

—¿Y cuál no lo es? —Seguía sonriendo.

—Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó, frunciendo el cejo.

—No quería quedarme embarazada —solté de sopetón.

—Lorena, probablemente esto es lo mejor que me haya podido pasar en la vida.

—Sí, pero yo te dije que tomaba precauciones. Y despertarme del coma sola, con barriga y lagunas de memoria no ha sido muy agradable.

—Lorena, es un milagro. Lo nuestro es un milagro y lo que me sucedió la noche que te marchaste, fue otro gran milagro.

—¿Qué ocurrió? —Lo miré sabiendo que la mano de Marisa estaba detrás.

—Encontré tu nota y, no sé por qué, sentí algo extraño al llamar por teléfono al *catering*. Allí hablé con Bea, tu amiga, que me dijo algo que resonó en lo más profundo de mi alma. Sabía que tú eras la del hospital, pero ¿cómo iba a ser real? —Apretó mi mano con fuerza—. Pero me dio igual. No me importó que me

llamaran loco. Allí me comporté como si me acabase de escapar del manicomio. La realidad fue dura, muy dura, pero ¿crees en los ángeles?

Que si creía en los ángeles, me preguntaba Mark. ¿Qué le podía decir? ¿Que yo fui por un tiempo una de ellos? ¿Que había estado enamorado de una «no muerta»? ¿Una zombi? ¿Una vampira? No, según Marisa, yo era un ángel. Aunque lo cierto era que mi misión se excedió demasiado por culpa de lo guapo que era Mark.

—Lorena —me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué?

—Que si crees en los ángeles.

—Por la amarga vía de la experiencia he de decir que sí, creo.

—Pues uno se me presentó en el pasillo del hospital y me dijo que tú eras tú, aunque no te reconociera. ¿Suenas loco? Porque para mí sí si me lo cuenta otra persona. —No dije nada, pues temía que cualquier comentario mío lo cortara en su arranque de sinceridad—. Pero lo comprendí y me dijo que insistiera en que no te desconectaran esa noche. Que te hicieran un último chequeo.

—Fuiste tú. —Eso sí que no lo sabía—. Mi familia me dijo que entre todos decidieron hacer un último intento antes de dejarme marchar. Pero no me dijeron nada de ti, nada de que hubieses venido a verme. —Me puse muy triste.

—Yo no los culpo, Lorena. Si un loco entra en la habitación diciendo que es el novio de su hija y que no la desconecten, que esperen hasta el día siguiente, ¿tú harías caso?

—No lo sé —respondí sincera.

—Pues me temo que eso fue lo que ocurrió. Hablé con tu madre, mucho, y ahora me alegro de que me hiciera caso. No sabes lo que me alegro. —Se levantó de la silla para besarme, mientras sus manos sujetaban con ansia mi rostro.

—Te quiero —susurré entre sus labios.

—Te amo, Lorena.

—Pero ahora quiero contarte una historia de ángeles, de esos que son de verdad...

Lo hice, me lancé al abismo.

Y me encomendé a toda la corte celestial, incluidas sus potestades, para que en ese momento Mark no saliera corriendo y sí me olvidara para siempre por

loca.

Desde el minuto uno escuchó con atención las palabras que salían de mi boca. No preguntó nada cuando mencioné «puertas que me llevaban a otra dimensión» o le conté que por poco me pillo un buen pedo bebiendo ambrosía. Le hablé de Marisa y los líos en los que me había metido en la inauguración del hotel. Tampoco dejé de contarle que la culpable de mi embarazo era la misma Marisa, a la que describí como un mensajero del «otro lado» o un «ángel superior» que se ocupaba de encargar misiones.

Sí, se lo conté todo con pelos y señales. Le dije que yo era una mujer aburrida que había dejado de lado el amor. Que nunca antes había querido a nadie como lo quería a él. Que mi miedo a dejarlo y que me olvidara me carcomía a diario. No quería que olvidáramos aquello, ni él ni yo. Sufrí como nunca antes lo había hecho.

Mark me miró intensamente, cogiendo mis manos para acercárselas a los labios. Me las besó. Se las llevó a la mejilla. No me miraba como a una loca, y eso que le había contado un capítulo completo de *Expediente X*. No, no me sentía como la agente Scully.

—Lorena, todo esto es una locura. Pero me da igual. Estás aquí. Estáis aquí. Te creo, te juro que te creo. Si me hubieras contado que eres un ángel reencarnado, me lo habría creído, porque no sabes el infierno en el que he estado viviendo sin ti.

—Te amo, Mark.

## Epílogo 1

La luz lo cegó. Levantó instintivamente una mano para protegerse los ojos.

Había cerrado los párpados un segundo, un momento en que se sentía terriblemente cansado.

Sus dos hijos estaban a su lado y su pequeño nieto le había dado un beso.

Sólo quería descansar un rato, un momento.

—Hola, Alfonso. —Una voz conocida, una melodía sonora que hacía demasiado tiempo que no escuchaba.

—¿Marisa? —preguntó sin pensar.

—Sí. —Sintió que la mano de ella cogía la suya—. Te he echado mucho de menos.

—¿Ya me he ido? —La luz aún era muy fuerte y no podía ver bien el rostro de la mujer a la que amaba más que a su propia vida.

—Ya estamos aquí, juntos de nuevo. —Poco a poco, su vista se iba acostumbrando a aquel lugar.

—¿Estarán bien los niños? —preguntó él asustado.

—Nuestros hijos están bien, lo esperaban. No será fácil, pero te quieren. Nos quieren y no se van a olvidar de nosotros.

—Esto es raro. —Ahora sí podía ver que la mujer con la que había convivido más de treinta años le sonreía—. Estás tan guapa como te recordaba. Tenía muchas ganas de volver a verte, tanto oírte en mi cabeza me estaba haciendo creer que estaba loco.

—Tú estás como siempre, atractivo a morir. —Se echó a reír por la elección de su palabra—. También tenía muchas ganas de volver a verte y dejar de hablarte así.

—No ha cambiado tu humor. —Levantó la otra mano y acarició el rostro de Marisa—. Lo he hecho bien, ¿verdad?

—Lo has hecho muy bien con nuestros hijos.

—Esa última pareja que me enviaste, ¿están bien? —Marisa sonrió.

—Sí, sabía que me ayudarías desde allí abajo.

—Te ayudaría en cualquier momento y situación.

—Lo sé, de ahí que contara contigo. —Le apretó la mano—. Aunque me costó hacerte creer que era yo la que te hablaba y no tus ganas de oírme.

—Es normal, creía que tu pérdida me estaba volviendo loco, Marisa.

—Te he esperado demasiado y esta última misión se ha demorado un poco.

—Creo que la misión es de los dos, porque somos un equipo, ¿no?

—Tuve que renunciar a más tiempo para nosotros por ellos.

—Tranquila, ya estamos juntos.

—Sí, ya lo estamos.

—¿Y ahora nos iremos?

—Creo que sí, que iremos juntos al otro lado. A ese que dicen que es el todo.

—No sé si estoy preparado. —Suspiró en un intento de tranquilizarse—. Voy a echar de menos a los niños.

—Estaremos juntos siempre, ¿lo sabes? —Alfonso volvió a tomar aire y asintió—. Los niños estarán bien. Cada vez que nos recuerden les enviaremos un poco de nosotros.

—Te quiero, Marisa, y siempre te he querido. —La besó como hacía años que soñaba que haría si volvía a verla.

—Gracias por haberme ayudado todos estos años.

—Te sentía conmigo cada vez que me hablabas.

—Nunca he dejado de estarlo.

Se cogieron de la mano con más fuerza y dejaron que sus pasos se dirigieran a la puerta que los llevaría a estar juntos para siempre.

## Epílogo 2

Nunca había pasado tanto calor en un mes de septiembre. Llevaba más de dos horas fuera de la cama, sentada en el sofá, viendo no sé qué en la televisión a las 4 de la madrugada. Estaba con contracciones, pero no quería despertar a Mark hasta que la cosa fuera más fuerte. Tenía que dormir bien para poder aguantar luego el tiempo que fuera necesario.

Se vislumbraban ya las primeras luces del alba cuando me acerqué a la cama y con cuidado lo desperté:

—Mark, despierta.

—Déjame un rato más, mañana no trabajo —se quejó él.

—Mark, levanta, que si todo va bien, mañana vas a tener que trabajar mucho.

—Que no, que mañana no... —Abrió los ojos de golpe y se sentó en la cama —. ¿Ya?

—Sí, vamos. —Yo ya lo tenía todo preparado para irnos. Me había duchado, vestido y comido algo y la maleta estaba en la puerta.

—Vamos ya —casi gritó.

—Tranquilo, date una ducha primero. Tienes tiempo.

Nunca había visto a una persona conducir de aquella manera, pero ahora estaba viviendo en mis propias carnes cómo lo hacía un hombre que estaba totalmente ido y nervioso.

No se me ocurría abrir la boca, bastante tenía con lo mío en ese momento como para ponerme seria con lo otro.

Gracias al cielo, llegamos en perfecto estado al hospital, a pesar de haber corrido el París-Dakar.

Mark se portó como un verdadero compañero, no se separó de mi lado, me

ayudó, me cuidó, tuvo compasión de mi dolor y me acarició cuando la epidural y sus maravillosos efectos hicieron de mí la mujer más feliz del planeta Tierra.

Sí, todo lo que una futura madre espera de su compañero de parto.

Todo fue tal como esperábamos y a las 13.29 de la tarde teníamos en nuestros brazos a la pequeña Mara Wedder Suárez: 3 kilos y 10 gramos y 47 centímetros de carne y llanto puros.

Dos días más tarde hacíamos el camino inverso, de regreso a nuestra casa. A nuestra bonita casa.

Yo, como comprenderéis, he dejado de pensar que haya nada imposible y, para mí, la posibilidad de que ocurra cualquier cosa es algo que ni pienso. Si ha de pasar, pasará.

Admito que aún tengo reticencias al abrir una puerta, suelo pensarlo un par de veces antes, no sea que sin yo quererlo vaya a pasar al otro lado. Lo mismo los de arriba se han puesto de acuerdo para fastidiarme un rato.

De todas formas, si lo hicieran ahora y con mi pequeña Mara en brazos, me enfadaría mucho, mucho, mucho. ¿Me habéis oído? ¿EH? Esto va para vosotros.

\* \* \*

Bien, pues eso, estamos ya en nuestra casa.

Porque le dejé bien claro a Mark que no iba a vivir en su fabuloso y famoso hotel, por muy bonito que fuera y por mucho que hubiese construido lo que fuese que tuviera en la cabeza para nosotros. Yo sólo quería tener un lugar propio donde vivir, así que por pura casualidad pudimos comprar esta casa y decorarla en un tiempo récord.

Dejé mi piso y Mark puso a la venta el suyo. Porque, aunque finalmente conocí su fabulosa casa, pensamos que estaría bien comenzar juntos en un lugar diferente.

Al parecer, la suerte se puso de nuestro lado, o eso quiero creer, y gracias a la rapidez con que Mark vendió su piso y al dinero que recibí del seguro por mi accidente, pudimos comprar esta otra.

Me han quedado secuelas, más bien cicatrices, que duelen más por fuera que por dentro. La más extraña es la de la traqueotomía; los huesos de las piernas se

soldaron muy bien, dicen que demasiado, y sólo se ven los agujeros de los hierros.

De vez en cuando me da algún pinzamiento en la columna, pero a fuerza de paciencia e insistencia con mis fisioterapeutas, he conseguido que todo eso pase a un segundo plano, soy fuerte.

Según los médicos, mi recuperación ha sido milagrosa.

¿Milagros? Yo no creo en milagros, estoy segura de ellos.

Tal vez sea extraño, pero ya os lo he dicho, no voy a poner en duda en ningún momento las cosas mágicas, extrañas, la suerte o como se la quiera llamar.

Así que aquí estamos, en esta casa. La casa.

—¿Podríamos salir a dar un paseo esta tarde y ver si Alfonso está en el parque? —Me había acordado de nuestro particular y peculiar amigo.

—Pues sí, hace buen tiempo y así caminas un poco, si te apetece claro. — Mark me dio un beso en la frente.

—Seguro que sí, si no mañana, pero tengo ganas de que conozca a la peque.

No sé si me dolió más no encontrarlo o que ninguno de sus hijos nos avisara de que Alfonso había muerto el mismo día en que nuestra hija vino al mundo.

Estaba bien, se lo veía bien. Habíamos estado sentados en el banco del parque sólo dos días antes. Teníamos el teléfono de sus hijos por si ocurría algo. Y ocurrió. Él se fue antes de tiempo.

Aquella tarde subimos a su casa para darles el pésame a sus hijos. Estaban limpiándolo todo, llenando cajas con los recuerdos de una vida de felicidad. Me sorprendió que nunca, con lo que nos conocíamos, hubiésemos subido, pero tampoco lo habíamos necesitado.

Hablé con los chicos. Me dijeron que aquella tarde, después de que nos fuésemos, se puso muy mal. Que lo ingresaron de urgencia y nunca más salió del hospital. Su hija lloraba con una foto en las manos, una instantánea que no se apartaba del cuerpo.

—Siento que nos conozcamos en estas circunstancias —me dijo—, nos hablaba mucho de vosotros.

—Yo también lo siento. —Mark me cogía con fuerza la mano—. Os adoraba.

—Por lo menos sé que estará finalmente con ella —me enseñó la foto—, con mi madre.

En ese instante el corazón se me paró y dejé de respirar; mi mente les decía a mis pulmones que tomaran aire, pero éstos no respondían. Miré a Mark y él también se quedó pálido. En aquella fotografía, de la mano, estaban un joven Alfonso y Marisa. Era ella, la Marisa que había estado guiando nuestros pasos. Para ser más exactos, los míos.

—¿Estás bien? —me preguntó su hija.

—Sí, bueno... —Tuve que inventar una mentira con rapidez—. Verlo tan joven y feliz en esa fotografía me ha impresionado. La amaba mucho, ¿verdad?

—Se amaban y por eso creo que están juntos. —De nuevo las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Te aseguro que lo están —le dije seriamente.

Salimos de aquella casa desolados y esperanzados.

Desolados, porque Alfonso no iba a conocer a nuestra pequeña, y sé que tenía muchísima ilusión por hacerlo. Y esperanzados por Marisa. Ella era Marisa.

—Lorena, sé que no hablamos mucho de lo que pasó —dijo Mark, dejando a la pequeña en el cuco—, pero ¿crees que ésa era la Marisa que...?

—No es que lo crea Mark, lo sé. Es ella. —Sonreí—. La que estuvo conmigo todo el tiempo, la que te encontraste en el hospital y, ahora estoy segura, la que puso a Alfonso en nuestro camino.

—Todo esto es muy raro. No es que dude de tu palabra, he demostrado que te creo, pero aunque me recuerda mucho a aquella mujer...

Mark, no le des más vueltas. Es ella, Alfonso está con ella. Sé que están juntos.

Volví a sonreír, acercándome con cariño al padre de mi hija. Lo abracé con todo el amor que esta vida terrenal me permitía y lo besé. Lo besé como hacía tiempo que no lo hacía. Lo amaba, y en ese beso sentí cómo su amor me llenaba el alma.

### *Meses más tarde*

—¿Quieres hacer el favor de darte prisa? —oí que decía Mark desde el salón.

—Ya voy, no me pongas nerviosa.

—Vamos a llegar tarde.

—Hijo, ni que nos fuéramos a casar —contesté desde el baño.

—Será porque tú no quieres —me dijo con sorna.

—Pues no, no quiero casarme —respondí, sabiendo que cada vez que le decía eso se enfadaba.

—Un día te voy a montar un lío en el hotel y no podrás decir que no —añadió cuando llegué al salón y vi que ya lo tenía todo preparado para irnos con la niña.

—Y ese día te dejaré para siempre. —Sonreí y lo besé.

Sabía que le estaba vacilando, porque me guiñó un ojo; me daba miedo cuando su cabecita se ponía a pensar.

Era el primer día de Escuela Infantil de Mara y teníamos que llevarla los dos, bueno, uno de los padres, pero nosotros queríamos ir juntos, para que estuviera allí unas horas acostumbrándose, con nosotros a su lado.

Dentro de unas semanas yo empezaría a trabajar en el hotel. Después del accidente y de todo lo sucedido, pensé que lo mejor era que dejara atrás mi antigua vida y comenzara de cero. Mark, como siempre un encanto, pensó que volviese a hacer lo que nos hizo conocernos, pero yo no quería que echara a la nueva chica, Martina. En cuanto nos conocimos, a pesar de que me di cuenta que le gustaba Mark, nos caímos muy bien. Así que le propuse que, dado que yo llevaba todo el tema de *catering* en mi anterior trabajo, podía encargarme de la restauración.

Él se quedó encantado con la sugerencia, porque hasta entonces tenía que hacerlo personalmente. Si yo lo ayudaba, podría hacer otras cosas y así tendríamos también más tiempo para estar juntos.

No nos habíamos separado ni un momento desde que volvimos a encontrarnos, pero a pesar de ello seguíamos teniendo necesidad de tocarnos a cada instante, de mirarnos y sonreírnos.

No, no me incomodaba trabajar con él, más bien echaba de menos tener esa conexión a la hora de decidir y ejecutar todo lo que se nos ocurría.

Los eventos funcionaban muy bien y estaba claro que una persona multiusos no iba a poder encargarse de todo por mucha ayuda que tuviera. Ahora lo haría yo, y, claro, necesitábamos que la pequeña estuviera perfectamente cuidada.

Después de correr como unos locos, allí estábamos, mirando como tontos en

qué clase estaría nuestra pequeña rechoncha. Escrito en un cartel muy grande en una clase muy pequeña, figuraba el nombre del animal que definiría a Mara y sus compañeros: «las Tortugas». Sonreí, porque a mí las tortugas siempre me han gustado.

Entramos y nos sentamos un rato hasta que Mara se hiciera la reina de su clase. No paró de gatear de un lado a otro, de hacerles carantoñas a otros niños y de coger todos los juguetes que tenía a su alcance. Cómo iba a echarla de menos cuando no estuviera conmigo.

Tocaba ya dejarla un rato a solas con los demás compañeros, cuando un padre con mucha prisa dejó a un pequeño de mirada tranquila e intercambió algunas palabras con la educadora.

No sé por qué, pero Mara se fue inmediatamente hacia él. Se sentó a su lado y sonrió como cuando su padre o yo le hacíamos monerías. El niño sonrió en respuesta y me quedé helada: tenía los ojos de Alfonso. Y los labios de mi pequeña me recordaron extraordinariamente a Marisa.

Miré a Mark, que me miró a su vez, secándose la lágrima que le estaba cayendo por la mejilla.

—Vamos, Lorena —me dijo y dejamos a los niños un rato solos.

—¿Lo has visto? —pregunté.

—Sí.

—Te dije que estarían juntos.

—Te quiero. —Me besó en los labios suavemente.

—Yo también te quiero, para siempre.

Y vi a mi pequeña Mara y al nuevo niño, mirándose y sonriendo.

## BIOGRAFÍA



Patricia Hervías es una madrileña nacida en el conocido barrio de Moncloa. Estudió Biblioteconomía y Documentación en la Universidad Carlos III de Madrid, pero ya desde ese momento intuía que su futuro se dirigiría hacia el campo de la comunicación y la publicidad.

Desde 1997 estuvo trabajando para varias empresas dedicadas a la publicidad o en departamentos de comunicación, hasta que en 2008 dio el salto mortal y lo dejó todo para trasladarse a Barcelona y comenzar a viajar por el mundo. Empezó a publicar sus aventuras en la revista *Rutas del Mundo*, pero la crisis hizo que tuviera que aparcar sus ganas viajeras para formar parte del equipo creativo de una empresa de e-commerce.

Todo ello siempre aderezado con colaboraciones en la Cadena SER, RNE4 y con artículos en revistas de historia, viajes y actualidad.

Nunca ha dejado de escribir relatos, y publicó su primera novela, *La sangre*

*del Grial*, en 2007, a la que han seguido *Te enamoraste de mí sin saber que era yo* (2015), *Que no panda el cúnico* (2016) y *Perdiendo el juicio* (2016).

Encontrarás más información de la autora y su obra en:  
<<https://www.facebook.com/PatriciaHerviasD>>, [@pattyhervias](#) y  
<<http://pattyhervias.blogspot.com.es/>>.

*Me prometiste el cielo pero yo quería volver*  
Patricia Hervías

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la cubierta: Sayu / Shutterstock  
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Patricia Hervías, 2017  
© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17998-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

